



Universidad
Internacional
de Andalucía

TÍTULO

**CAUSAS DE LA REVOLUCIÓN IRANÍ. Y POR QUÉ EL MODELO DE
DEMOCRACIA OCCIDENTAL NO ES ADECUADO PARA TODOS LOS
PAÍSES**

AUTORA

Diana Poltanova

	Esta edición electrónica ha sido realizada en 2025
Tutor	Dr. Víctor Luis Gutiérrez Castillo
Instituciones	Universidad Internacional de Andalucía; Universidad Pablo de Olavide
Curso	<i>Máster Universitario en Relaciones Internacionales (2023/24)</i>
©	Diana Poltanova
©	De esta edición: Universidad Internacional de Andalucía
Fecha documento	2024



Universidad
Internacional
de Andalucía



**Atribución-NoComercial-SinDerivadas
4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)**

Para más información:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.en>



Trabajo de Fin de Máster

MASTER EN RELACIONES INTERNACIONALES

Universidad Internacional de Andalucía y Universidad Pablo de Olavide

Curso 2023 – 2024

Autora: Diana Poltanova

Título: Causas de la revolución iraní. Y por qué el modelo de democracia occidental no es adecuado para todos los países.

Tutor: Prof. D^r. Víctor Luis Gutiérrez Castillo

Universidad de Jaén

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	3
CAPÍTULO 1. LA REVOLUCIÓN IRANÍ: CONTEXTO HISTÓRICO Y ETAPAS DE DESARROLLO.....	6
1.1. El contexto histórico de la revolución iraní.....	6
1.2. Evolución y proceso de la revolución Iraní	46
CAPÍTULO 2. EVALUACIÓN DE LA APLICABILIDAD DEL MODELO DEMOCRÁTICO OCCIDENTAL EN EL CONTEXTO DE IRÁN Y OTROS PAÍSES.....	56
2.1. El modelo de democracia occidental y su aplicación en varios países	56
2.2. Por qué el modelo de democracia occidental no es adecuado para Irán	69
CONCLUSIONES.....	80
BIBLIOGRAFÍA.....	83
ANEXO.....	85

INTRODUCCIÓN

La revolución de 1978-1979, que abolió la monarquía en Irán, fue un fenómeno notable de la posguerra, incluso en el contexto de un proceso tan importante como el hundimiento del sistema colonial del imperialismo. Y esto es natural, ya que tuvo lugar en un país que, dirigido por el régimen monárquico, había logrado, durante las dos décadas anteriores, dar pasos importantes hacia la superación del atraso económico, aumentar varias veces su potencial económico, llevar a cabo toda una serie de urgentes reformas sociales y económicas y ocupar uno de los primeros puestos entre los países en desarrollo que tenían ante sí la oportunidad de pasar a la categoría de países del capitalismo desarrollado.

El gran interés de la comunidad mundial por la revolución iraní es comprensible. No menos interés que la propia revolución despertó la política de la República Islámica de Irán, establecida tras el colapso de las monarquías, cuyo poder estaba en manos de teólogos chiíes. Este interés se debe principalmente a la profunda contradicción entre las actividades del régimen islámico y las consignas bajo las que se llevó a cabo la revolución, que ha ido creciendo cada año.

Por lo tanto, estudiar las causas de la Revolución iraní de 1979 y analizar la aplicación del modelo occidental de democracia es una tarea importante y relevante, ya que este acontecimiento afectó significativamente a la situación política de Oriente Próximo y del mundo en su conjunto. La Revolución iraní se convirtió en uno de los principales precedentes históricos que demostraron que las transformaciones democráticas no siempre pueden tener éxito en el marco de los modelos occidentales universales. El tema adquiere especial relevancia a la luz de las relaciones internacionales contemporáneas, en las que las cuestiones de democratización, estabilidad y soberanía de los Estados desempeñan un papel central.

El objetivo de este trabajo es identificar las causas clave de la Revolución iraní y analizar por qué el modelo occidental de democracia no es universal y no siempre puede adaptarse con éxito en diferentes contextos culturales e históricos. Para alcanzar este objetivo, se plantean las siguientes tareas: identificar y clasificar las principales causas políticas, sociales, económicas y religiosas de la Revolución iraní; analizar los aspectos teóricos y prácticos de la aplicación del modelo occidental de democracia en países con diferentes antecedentes históricos y culturales.

Tanto la revolución en sí como los acontecimientos que la siguieron han dado lugar a una vasta literatura. En primer lugar, se trata de libros y otras publicaciones de autores iraníes. Estos libros y otras publicaciones de autores iraníes son importantes por el material fáctico que

contienen, pero también son de gran interés porque brindan al investigador la oportunidad de hacerse una idea de lo polifacética que resultó ser en sus características sociopolíticas la lucha contra la monarquía y la vida del Irán posrevolucionario.

La historiografía burguesa occidental es también muy abundante. La historiografía estadounidense ocupa un lugar especial en ella, lo que no es sorprendente: la revolución asestó un golpe contundente a las posiciones del imperialismo estadounidense en Irán. En la literatura científica norteamericana sobre el tema en cuestión se han desarrollado diferentes direcciones. En general, hay motivos suficientes para afirmar que los autores estadounidenses ofrecen en varios casos una valoración objetiva de los acontecimientos en Irán.

Naturalmente, el fenómeno de la revolución iraní y la historia del período posmonárquico también son estudiados por iranistas soviéticos, así como por iranistas de algunos otros países de la mancomunidad socialista. Sus libros y artículos publicados examinan tanto episodios individuales de la revolución como el proceso revolucionario en su conjunto. Se ha prestado mucha atención al análisis de las actividades del régimen islámico que se estableció tras la caída de la monarquía.

En este trabajo se revisará y analizará la extensa bibliografía sobre el tema de la Revolución iraní y la aplicación de modelos democráticos. Entre los principales estudios se incluyen obras de autores como Michel Foucault, Stephen Kinzer y Erich Hoffer, así como artículos y monografías que analizan los enfoques teóricos de la transformación democrática. Se presta especial atención a las distintas interpretaciones de las causas de la revolución y a los intentos de adaptar los modelos políticos occidentales en los países de Oriente Medio.

Para alcanzar los objetivos fijados, se utilizarán métodos de análisis históricos, comparativos y sociológicos. Las fuentes de datos incluyen tanto documentos primarios (memorias de los participantes, declaraciones oficiales, documentos históricos) como fuentes secundarias (estudios académicos, artículos y monografías). Un enfoque global permitirá comprender en profundidad las causas de la Revolución iraní y revelar las limitaciones del modelo occidental de democracia en el contexto de los procesos políticos mundiales.

Este artículo explora el fenómeno de la Revolución iraní de 1978-1979: sus condiciones previas, sus causas, la historia del asalto a la institución de la monarquía y las lecciones; de la revolución, que la historia de la República Islámica de Irán brinda la oportunidad de extraer.

En la explicación más general, podemos decir que las causas de la revolución fueron la falta de voluntad de las masas en general de tolerar más el carácter autoritario del poder monárquico que había adquirido desde principios de los años 60. Concretando esta explicación, observemos que la revolución tuvo causas socioeconómicas, políticas e ideológicas, siendo

cada una de ellas un conjunto de una serie de condiciones previas que se combinan para formar una causa. A su vez, cada uno de los grupos de causas antes mencionados por sí solo no podría haber dado lugar a la revolución; sólo cuando se juntaron en el tiempo en virtud de la realidad histórico-concreta del Irán de los años 60-70 llevaron al país a una revolución popular antimonárquica y antiimperialista.

Aunque la revolución de 1978-1979 se parece a la primera revolución iraní (1905-1911), que tuvo lugar en un momento en el que el proceso de transición formativa de la sociedad iraní del feudalismo al capitalismo apenas estaba comenzando, sus condiciones previas incluían algunas fundamentalmente importantes que ni siquiera estaban presentes durante la primera revolución. En vísperas de la revolución de 1978-1979, el modo capitalista se hizo sistémico (es decir, transformó los modos precapitalistas en su beneficio) y dominante (la mayor parte del producto social comenzó a producirse en el marco de este modo). Estas cualidades del modo capitalista, interconectadas y marcadas por un gran dinamismo, constituyeron el prerrequisito socioeconómico profundo de la revolución.

La revolución también tenía una condición previa puramente económica. Fue la crisis económica provocada por el agravamiento de las desproporciones económicas nacionales (tanto en la esfera de la producción y la distribución, como en la esfera del intercambio y el consumo, tanto productivo como personal). Esta agravación fue el resultado de la utilización de la afluencia de petrodólares, que había aumentado bruscamente, sin tener en cuenta la capacidad de absorción de la economía nacional y subestimando las necesidades de las formas inferiores de organización social de las fuerzas productivas.

Entre la totalidad de las condiciones políticas previas, la principal fue el régimen de poder personal llevado al despotismo en las condiciones de las libertades constitucionales pisoteadas y la alianza político-militar con el imperialismo (principalmente estadounidense).

La multicausalidad de la revolución iraní de 1978-1979 es otra confirmación del hecho de que las revoluciones son naturales, pero cada revolución en particular no es fatalmente inevitable. La base de la regularidad reside en la conexión inseparable entre las condiciones históricas y la práctica social de la gente, que se convierte en revolucionaria sólo si la actividad humana y los cambios en las condiciones objetivas coinciden en su orientación histórica.

CAPÍTULO 1. LA REVOLUCIÓN IRANÍ: CONTEXTO HISTÓRICO Y ETAPAS DE DESARROLLO

1.1. El contexto histórico de la revolución iraní

En la época de la revolución de 1978-1979, el modo capitalista había logrado convertirse no sólo en el modo principal, sino también en el dominante de la economía del país. Sin embargo, los modos de vida tradicionales seguían ocupando posiciones significativas en la economía nacional, en primer lugar, en cuanto a la proporción de personas empleadas en ellos. Esto determinaba la situación socioeconómica de una parte considerable de la población aficionada (económicamente activa) y, por tanto, de la población del país en su conjunto. El proceso de desarrollo capitalista forzoso de Irán en los años sesenta y setenta, que inevitablemente afectó a los modos de vida tradicionales (tanto oprimiéndolos como transformándolos), hizo que las proporciones interclasistas como características cuantitativas reflejaran inadecuadamente la situación social de la sociedad, principalmente en la línea de la lucha sociopolítica, en la medida en que estaba determinada por el multiestructuralismo. La escala del modo capitalista y el nivel de su desarrollo fueron suficientes para que se produjera en el país el proceso de agravamiento de las contradicciones específicamente capitalistas.

En vísperas de la revolución, la familia del Sha ocupaba el nivel superior de la estructura de clases sociales de la sociedad iraní. Los años de rápido desarrollo económico del país propiciaron la evolución de la casa reinante, que se estaba transformando de terrateniente feudal en empresario capitalista. La hermana del Sha, Ashraf, y otros numerosos parientes suyos empezaron a invertir a gran escala en la industria, las finanzas y otros sectores de la economía, y formaban parte de los consejos de administración de muchos grandes grupos industriales y bancos. La penetración activa de la casa del sha en todas las esferas de la vida económica condujo a la creación del llamado monopolio de palacio.

En el país se formaron grupos monopolísticos y asociaciones monopolístico-estatales.

La estructura de clases sociales de la sociedad iraní presentaba las siguientes características en cuanto a su relación con los medios de producción. En 1976, con una población total de 33,7 millones de habitantes, había 8,8 millones de personas empleadas, 182.000 empresarios frente a 4,7 millones de asalariados (de los cuales 3 millones pertenecían al sector privado y 1,7 millones al sector público). Las actividades del 56% de la población autónoma estaban de un modo u otro relacionadas con la compraventa de mano de obra, aunque ni mucho menos toda la contratación era capitalista. La condicionalidad de clasificar a toda la

mano de obra contratada como capitalista a su manera se evidencia por la presencia de un añadido tan peculiar a este fenómeno socioeconómico como 1 millón de trabajadores familiares que no percibían salario. Representaban el 11% del total de los asalariados.

Otro rasgo fundamentalmente importante de la estructura de clases sociales de la sociedad iraní en vísperas de la revolución eran los llamados trabajadores independientes, es decir, personas relacionadas en gran medida con los modos de vida tradicionales y las formas más bajas de empresa capitalista. Su número superaba los 2,8 millones, lo que representaba alrededor del 32% del empleo total.

Si nos centramos en las distintas ramas de la economía, veremos que en la agricultura (empleo total: 2.991.000 personas) la proporción de asalariados era del 22%, la de trabajadores familiares del 20% y la de trabajadores independientes del 57%. De estos datos se deduce que las relaciones laborales, especialmente las capitalistas, no eran dominantes en este sector. Sin embargo, aunque predominaba el trabajo de los trabajadores autónomos, el 22% de asalariados no era un dato de poca importancia desde el punto de vista del desarrollo de las relaciones capitalistas.

En la industria manufacturera (número total de empleados: 1.672.000) la proporción de asalariados era del 54%, la de trabajadores familiares del 25% y la de trabajadores independientes del 18%. Aquí el panorama era fundamentalmente distinto: dominaba el trabajo asalariado. Sin embargo, para los fines de este estudio, la simple constatación de este hecho es insuficiente. El hecho es que en la época que nos ocupa, se había desarrollado en Irán un poderoso grupo del proletariado fabril (a escala del país) en términos de función y número (a escala del país). En 1975-76, su número superaba las 170 mil personas, y estaba empleado en unos 400 equipos modernos de las mayores fábricas y plantas de 20 ramas de la industria manufacturera. El número medio de personas empleadas en una empresa de este tipo llegaba a 425. La revolución de 1978-1979 demostró cuáles eran las potencialidades sociopolíticas del proletariado fabril, que sólo constituía alrededor del 10% de todos los que trabajaban en la industria manufacturera.

Entre 800.000 y 900.000 de los empleados en la industria manufacturera (o entre el 48 y el 54%) constituían el llamado proletariado no fabril. Alrededor del 18% eran trabajadores familiares y alrededor del 25% trabajadores independientes.

Una gran cohorte de asalariados estaba empleada en la construcción (el número total de los empleados en la industria era de 1,2 millones). Su proporción era del 90%. Es casi imposible determinar cuál era la proporción de mano de obra no capitalista. Sin embargo, si tenemos en cuenta la naturaleza de las obras que se estaban construyendo en Irán en los años 60 y 70, será

evidente que el contingente de trabajadores de la construcción estaba empleado principalmente sobre una base capitalista. Los trabajadores autónomos representaban aproximadamente el 8%.

Las personas empleadas en el sector del transporte (el número total de personas empleadas en el sector era de 431.000) representaban el 63%, mientras que los trabajadores autónomos representaban aproximadamente el 35%. El conocimiento de la realidad iraní de los años sesenta y setenta permite considerar fiables estas cifras.

La industria extractiva ocupaba un lugar modesto por el número de empleados (90 mil). Al mismo tiempo, 88 mil personas, es decir, el 98%, estaban empleadas. Estas 88 mil personas representaban sólo el 1% del total de ocupados del país. De ellos, 44 mil estaban en la industria del petróleo y el gas (0,5% del empleo total del país), donde la contratación era casi totalmente capitalista. En el resto de las industrias extractivas la proporción de contratación fue de alrededor del 99 por ciento. Si tenemos en cuenta que en los años 60-70 el país creó una metalurgia ferrosa de ciclo completo y desarrolló la minería y el procesamiento del cobre a una escala de importancia mundial, tendremos de nuevo razones para creer que la contratación capitalista fue indiscriminadamente dominante en el conjunto de la industria extractiva. Un análisis de la estructura de clases sociales de la población empleada en Irán, en particular en la industria del petróleo y el gas, en vísperas de la revolución muestra una vez más cuán relativa es la importancia de los valores absolutos y cuán aguda es la necesidad de tomarlos en el contexto de toda la economía y de toda la vida de la sociedad para evaluar correctamente las potencialidades sociopolíticas inherentes a sus elementos individuales. En este caso, basta recordar el papel desempeñado en la revolución por las huelgas de los trabajadores del petróleo, un grupo más que modesto de trabajadores asalariados.

El desarrollo del capitalismo en Irán en los años 60 y 70 condujo a la rápida expansión de los sectores financiero y bancario. El número total de empleados en finanzas y seguros ascendía a 100.000. De ellos, el 84% eran asalariados (dado el carácter moderno de esta industria, pueden clasificarse como asalariados capitalistas). Alrededor del 13% eran autónomos. Estas cifras se ajustan bien a la realidad iraní, dado que la usura y el comercio de divisas por particulares (cambistas) seguían siendo característicos de Irán en la época en cuestión.

El análisis de la estructura socioeconómica de Irán no estaría completo sin los datos sobre el comercio y los servicios, que respondían especialmente al desarrollo de las fuerzas productivas en el ámbito de la producción material.

El número de personas empleadas en el comercio superaba las 668 mil. El 26% de ellas eran asalariadas. La proporción de trabajadores familiares era del 1,7%. Los trabajadores

autónomos ocupaban el lugar dominante: el 64,6%. Así pues, en términos de cobertura de las relaciones capitalistas, el comercio se situaba incluso por detrás de la agricultura (donde este indicador, cabe recordar, era del 57%). Pero al mismo tiempo, desde el punto de vista del papel capitalista específico que el comercio desempeñaba en el proceso de reproducción ampliada del producto social (realización de la plusvalía), el sector líder era aquel en el que se basaba en el uso de mano de obra contratada.

El número de personas empleadas en el sector servicios era de 1,5 millones. El 92% de ellas eran asalariadas. Incluso si se reduce considerablemente esta cifra atribuyendo una parte de los ocupados a asalariados no capitalistas, se puede afirmar que el asalariado capitalista predominaba también en este ámbito. Esto está relacionado con el elevado ritmo de desarrollo de las fuerzas productivas modernas en la zona en cuestión. El número de trabajadores autónomos era de 99 mil, es decir, el 6,5% del total de los ocupados en la industria. De las industrias consideradas: el sector servicios ocupa el penúltimo lugar en este indicador, por delante de la industria extractiva (1%).

Las cifras anteriores nos permiten precisar el contenido político-económico del hecho mencionado al principio de esta presentación: 4745 mil personas (es decir, el 54% de la población autónoma) estaban vinculadas de un modo u otro al empleo. Ahora podemos decir que de ellos, alrededor de 3.350 mil (o más del 70%) estaban empleados sobre la base de la contratación capitalista. Esto por sí solo nos permite considerar que el modo capitalista era dominante; si tenemos en cuenta su dominio casi completo en la industria extractiva, la energía, las finanzas, sus posiciones de liderazgo en la industria manufacturera y el comercio, así como su dominio absoluto en el sector público, que se convirtió en el «dominio real», la base económica del régimen de poder personal (sin tener en cuenta la industria), hay razones para afirmar que también era dominante.

Consideremos ahora los principales rasgos de la estructura social de la ciudad en vísperas de la revolución, perpetrados prácticamente por la población urbana.

El número total de personas empleadas en las ciudades era de 4113 mil. A 142 mil patronos (la burguesía), es decir, el 3,5% de todos los empleados, se oponían 3 millones de asalariados (el 72%) y 85 mil trabajadores familiares (el 2%). De ello se deduce que el rasgo político y económico dominante de la estructura social de la ciudad era el trabajo asalariado. Pero la parte de la producción tradicional, representada por casi un millón de trabajadores independientes (22,2%), también era significativa.

Las principales industrias en las que se concentraba la burguesía urbana eran el comercio - 45 mil personas (31%), la industria manufacturera - 43 mil (30%), la construcción

- 17 mil (12%), los servicios - 15 mil (10%), el transporte - 8 mil personas (5%). En el contexto de otras industrias, la proporción de empresarios de la llamada agricultura urbana era notable - 9 mil personas (6%).

El rápido desarrollo del capitalismo durante la industrialización del país condujo al crecimiento de la burguesía burocrática y del aparato superior de las empresas estatales y privadas (unas 3,5 mil personas).

Una capa numerosa en la estructura social de la sociedad urbana iraní pasó a ser en vísperas de la revolución la intelectualidad científica, técnica y creativa (470 mil personas), los empleados de oficina y otros (unas 400 mil personas).

El clero musulmán como estamento corporativo (que contaba con varias decenas de miles de personas) ocupaba un lugar especial en la sociedad urbana en términos de sus potencialidades socio-psicológicas y (como se hizo evidente en relación con la revolución) políticas.

Dado que (en este caso, en relación con la estructura social de la sociedad) las características cuantitativas por sí solas no revelan la importancia económica (así como política) de una clase, o estrato social, o capa social en particular, es necesario señalar la siguiente circunstancia, que es importante para evaluar la estructura de clases sociales del Irán prerrevolucionario. Aunque la burguesía empresarial urbana (excluida la pequeña burguesía) comprendía unas 140.000 personas, los principales resortes del poder económico estaban en manos de unas 300 familias de representantes de la gran burguesía monopolizada. Entre ellas estaban las familias Ladjevardi, Khosrowshahi, Ghasemieh, Rezaei, Farmanfarmayan, Barkhordarov e Irvani.

Los años 60-70 se caracterizaron no sólo por la formación y el crecimiento de los monopolios, sino también por una pronunciada tendencia a la fusión del capital industrial y bancario, y la estrecha imbricación de los intereses de los representantes de este capital. Así, en 1973, el Grupo Industrial Shahriar, propiedad principalmente de la familia Rezaei, creó el Banco Shahriar con un capital desembolsado de 4.000 millones de riales. El Grupo Industrial Shahriar poseía el 45% de las acciones (1.800 millones de riales) de este banco, y el 40% de las acciones fueron adquiridas por importantes hombres de negocios como Mohammed Taghi Barkhordar, miembro de la dirección del Banco de Desarrollo Industrial y Minero y miembro del Grupo Pars Toshiba, Rahim Irwani, del Grupo Industrial Melli, y Hosein Ghasemieh, del Grupo Pars. El mismo periodo se caracterizó por la creación de uniones empresariales de la burguesía: cámaras de comercio y asociaciones industriales.

De las 2750 mil personas que representaban el trabajo asalariado en la sociedad urbana de Irán (lo que da pie a considerarlas como el proletariado en el sentido amplio de la palabra), la burguesía se enfrentaba en primer lugar al proletariado fabril, representado por 240 mil obreros empleados en grandes empresas (con un número de 50 o más empleados), cuyo núcleo estaba formado por los ya mencionados 170 mil obreros que trabajaban en las empresas. trabajadores en empresas con una media de 425 empleados; una cohorte de unos 190 mil trabajadores en empresas de 10 a 50 empleados; y una cohorte de 100 mil trabajadores en empresas de hasta 10 empleados. Más de 50.000 trabajadores estaban empleados en la industria extractiva, 470.000 en la construcción, 50.000 en el suministro de energía y agua, más de 200.000 en el transporte, más de 150.000 en el comercio, más de 1,2 millones en los servicios y 80.000 en la agricultura periurbana y las finanzas. Así pues, en el sentido amplio de la palabra, el proletariado de Irán constituía la clase más numerosa de la sociedad urbana.

Sin embargo, al igual que en otros países en vías de desarrollo, el proletariado era muy complejo y tenía múltiples capas en su estructura político-económica. Además del proletariado fabril, podemos hablar con razón de la presencia del proletariado prefabril y del preproletariado. A esta última categoría, con un cierto grado de convencionalismo, podemos incluir a quienes trabajaban en pequeñas empresas (sin referencia a la rama), con un número de empleados de hasta 10 personas. Según las estimaciones de algunos estudiosos, de los trabajadores asalariados de la sociedad urbana de Irán, 1,7 millones de personas pueden clasificarse como proletariado de tipo fabril-industrial (es decir, sin referencia a la industria, desde un punto de vista puramente político-económico).

La pequeña burguesía de las ciudades iraníes estaba dominada por capas tradicionales que no utilizaban regularmente mano de obra contratada. Comprendía alrededor de un millón de personas, entre ellas 122 mil en la agricultura suburbana, 177 mil en la industria manufacturera, 74 mil en la construcción, 335 mil en el comercio, 111 mil en el transporte, 81 mil en los servicios. La pequeña burguesía, que utilizaba sistemáticamente mano de obra contratada, ascendía a sólo 85 mil personas, de las cuales 5 mil estaban empleadas en el sector servicios, 9 mil en la agricultura, 32 mil en la industria manufacturera, 33 mil en el comercio al por menor, 6 mil en la restauración y la hostelería. Algunos representantes de este grupo de la pequeña burguesía podrían ser clasificados como un clan de la burguesía, pero no es posible hacer tal división de manera fiable.

De la población ocupada, unos 350.000 eran militares. En las ciudades había más de 190.000 parados en busca de trabajo y más de 32.000 parados estacionales, es decir, el 5,4% del total de la población urbana empleada. Los parados sólo formaban parte de las clases bajas

urbanas (en su mayoría lumpen y paupers), entre las que también se encontraban los comerciantes más pequeños, los artesanos, los trabajadores de los servicios, etc. Según los sindicatos iraníes, en 1977-78, sólo en los barrios marginales de Teherán vivían 500.000 personas, cuya situación era muy difícil. Por ejemplo, las familias de cinco a nueve personas tenían que vivir en habitaciones de nueve metros.

Según el investigador holandés Wouter van Ginniken, en 1975-76 había en las ciudades iraníes 489 mil familias pobres (el 15% del total de familias urbanas). Tomó como criterio de pobreza unos ingresos de 7550 riales al mes para una familia de cinco miembros. En otras palabras, había unos 2,5 millones de familias pobres. Sin embargo, parece (según el criterio de los expertos) que no más de 1,5 millones de personas deberían clasificarse como pobres urbanos.

Como ya se ha señalado, la sociedad aldeana iraní no difería de la sociedad urbana en cuanto al conjunto de ramas. Pero había diferencias muy significativas, y esto es natural, en el peso específico de los empleados en las mismas ramas. Con un número total de 4687 mil ocupados en la sociedad aldeana, 40 mil empleadores se oponían a 1800 mil asalariados.

Si hablamos de la aldea como una esfera de producción agrícola y ganadera que se opone al trabajo industrial, los datos anteriores ya permiten decir que la propagación de las relaciones de contratación estuvo acompañada por un sector tradicional aún fuerte. La agricultura en su conjunto (y, en este sentido, el "campo") entró en la etapa de la pequeñoburguesa, en la medida en que, en particular, los trabajadores independientes empleaban en mayor o menor grado la contratación de mano de obra, y la producción que producían se vendía en un mercado que, en principio, se había convertido en una esfera de intercambio de mercancías bajo el dominio de las relaciones capitalistas. La característica anterior se basa en el hecho de que, según la evaluación de expertos ya mencionada, alrededor de 300 mil personas fueron atraídas a la contratación capitalista en toda regla. También se tiene en cuenta el hecho de que la clase terrateniente del país, como resultado de las reformas agrarias de los años 60 y 70, se vio involucrada en gran medida en la producción capitalista.

En cuanto a la caracterización cuantitativa de la clase terrateniente, una cuestión muy difícil, los cálculos del agrario iraní soviético A. I. Demin pueden dar una idea de ella. Muestran que en 1974-75, el número de granjas con un área cultivada de 50 a 100 hectáreas era de 16,3 mil, y más de 100 hectáreas — 9,6 mil. Por lo tanto, las granjas grandes eran de aproximadamente 26 mil. El cambio de las condiciones socioeconómicas de existencia de la sociedad no podía sino afectar a la clase local, y por eso muchos de sus representantes se transformaron, en cierta medida, de terratenientes semif feudales a terratenientes capitalistas. De

este modo, se ha borrado la distinción política económica entre un terrateniente cuya especie posee la tierra desde hace cientos de años, pero que él mismo mantiene la economía de acuerdo con el modelo capitalista, y un terrateniente similar que compró su tierra hace cinco o diez años.

En el resto de los sectores, unos 13.000 empleadores se opusieron a unos 1.220.000 asalariados. Los trabajadores independientes, que eran más de 300.000, eran como la pequeña burguesía rural no agrícola. Este grupo, junto con los trabajadores independientes empleados en la agricultura (en total, unos 1.900.000), constituía el estrato más numeroso de la aldea iraní, teniendo en cuenta que el número total de asalariados en la sociedad rural (proletariado en sentido amplio) era, como ya se ha señalado, de 1.800.000. En la formación de un número tan alto de asalariados en el campo, la agricultura desempeñó un papel principal (32% del número total de asalariados en la sociedad rural). La industria manufacturera representó a más de 290 mil personas (16%). Una especie de anomalía (muy probablemente de naturaleza Estadística) fue representada por la industria de la construcción, que incluía a 580 mil trabajadores asalariados (33%). Una proporción bastante alta de servicios (11%) parece comprensible si se tiene en cuenta el rápido crecimiento de esta esfera en la economía en su conjunto.

El análisis anterior indica que el proceso de formación de clases en el país aún no se ha completado. Había importantes diferencias cuantitativas y cualitativas en la estructura de clase social de la ciudad y el campo. En la ciudad, el capitalismo abarcó a un número mucho mayor de la población trabajadora que la producción tradicional. En el pueblo, la proporción se mantuvo a favor de este último. Al mismo tiempo, un criterio tan esencial del grado de desarrollo capitalista, como el número de trabajadores asalariados por propietario, tenía diferencias significativas en la ciudad y en el campo, sin favorecer al primero:

Industria	País	Ciudad	Pueblo
Agricultura, caza, pesquería	17,4	8,0	20,6
Industria minera	59,1	26,5	180,7
Industria manufacturera	15,2	11,5	38,8
Arquitectura	56,0	27,2	357,6
Electricidad, gas y agua	57,4	51,6	93,2
Mercado mayorista	2,3	2,2	5,2
Mercado minorista	3,1	3,0	8,5

Transporte, almacenamiento y comunicaciones	18,0	14,9	38,9
Servicios financieros y seguros	13,4	13,1	23,9
Servicios	13,8	11,7	52,3
Total	16,8	10,9	38,2

Como se desprende de los datos anteriores, en todas las ramas de la economía nacional, en el campo, en promedio, por propietario, había 3,5 veces más trabajadores asalariados que en la ciudad. En ninguna de las ramas de la economía nacional en este indicador, la ciudad no superó a la aldea.

El capitalismo en la ciudad creció más en extensión, mientras que el campesino se desarrolló más profundamente y fue más "puro". La imagen del capitalismo urbano estaba manchada por el fuerte flujo de migrantes de las aldeas, que representaban la mano de obra adecuada para el crecimiento de pequeñas empresas con un número de empleados de hasta diez.

De lo anterior, se puede concluir que la estructura de clase social de Irán en los años 60-70 reflejó más o menos adecuadamente las fortalezas y debilidades del desarrollo del capitalismo en el país.

Todo lo anterior sugiere que la estructura de clase social de la sociedad iraní en vísperas de la revolución estaba marcada por la vaguedad y la vaguedad de las fronteras, especialmente en la ciudad. Sin embargo, esto es solo una imagen estática. Por lo tanto, es importante aprovechar la oportunidad para Mostrar la dinámica de la formación de esta estructura en 1966-67—1976-77.

La comparación de los datos de los censos de población para 1966-67 y 1976-77 permite en gran medida hacer esto en el material relacionado con una década muy importante en la historia del Irán pre-revolucionario. Esta década, aunque no abarca todo el período de industrialización de Irán en el período de posguerra, con razón puede llamarse su segmento central. Otra circunstancia que es pertinente recordar aquí es la posición no impugnada: el proceso de industrialización se desarrolló sobre una base capitalista y en las condiciones de un conjunto de reformas socioeconómicas que funcionaron para el desarrollo del capitalismo. Los cambios que tuvieron lugar en dicha década en la estructura socioeconómica del país, en primer lugar y por excelencia, tuvieron un contenido capitalista.

El indicador más común que caracterizó la "expansión" de la sociedad iraní en 1966/67—1976/77 fue el cambio en la población del país. Aumentó de 25,8 millones a 33,7 millones. Otro indicador, también de carácter general, fue la evolución de la población ocupada, que pasó de 6,9 millones a 8,8 millones.

El aumento del número de empleados se debió principalmente al aumento del número de trabajadores asalariados tanto en la ciudad como en el campo, con el papel principal de la ciudad. (Cuadro 1. Anexo). Así, en el conjunto del país, el número de personas empleadas aumentó en casi un 44%, en la ciudad el crecimiento fue del 63% y en el campo, solo del 20%. Con una tasa media anual de crecimiento del empleo en el conjunto del país del 2,5%, en la ciudad fue del 4,6% y en la aldea del 1%.

La proporción de trabajadores por cuenta propia aumentó del 48,1% al 53,9% en el conjunto del país, del 69,3% al 71,8% en la ciudad y del 35% al 38,3% en la aldea. No es exagerado llamar a esto el cambio más importante en la estructura de clase social de la sociedad iraní del período pre-revolucionario. En el campo, este cambio fue más significativo que en la ciudad. En este sentido, llama la atención la disminución en el número de empleadores en las aldeas (de 55 mil a 40 mil) y el aumento en el número de empleados (de 1,5 millones a 1,8 millones). Lo más probable es que detrás de esto haya una consolidación de las granjas basadas en el trabajo asalariado. Un cambio notable fue la disminución en el número de trabajadores independientes en el pueblo. Es posible que se haya producido como resultado de la transición de una parte de ellos a un empleo en el campo, y otra parte en la ciudad.

El número de trabajadores familiares ha aumentado en el país en general, tanto en la ciudad como en el campo. También ha aumentado su participación en la población activa. ¿No significa esto una disparidad socioeconómica? Por un lado, la estructura social evoluciona hacia el capitalismo y, por otro, crece el número y la proporción de trabajadores familiares, un grupo social propio de una sociedad de tipo tradicional. No, no hay contradicción, ya que los decenios de 1960 y 1970 se caracterizaron por un rápido aumento del valor de la fuerza de trabajo, por lo que los pequeños empresarios tuvieron que sustituir (o complementar) el trabajo asalariado por el de los trabajadores familiares no remunerados para reducir los costos de producción.

Como se ha señalado, el desarrollo de las relaciones de contratación no ha significado que el sector tradicional haya sido desplazado. Mantuvo su posición. Una forma peculiar de preservarlos se acaba de citar. Pero también hubo manifestaciones directas de la preservación de las posiciones de este sector. Así, mientras que en la ciudad las relaciones de compra-venta de la fuerza de trabajo eran abrumadoramente superiores a las relaciones tradicionales, en el

campo se asociaba con este último un mayor número de trabajadores, aunque la proporción de trabajadores independientes en el sector agrario disminuyó. (Cuadro 1. Anexo).

Concluyendo el análisis de la estructura social y de clase de Irán en vísperas de la revolución, comparémosla en este sentido con los países del capitalismo de desarrollo medio. Curiosamente, al final de los 70, Irán estaba por delante de Grecia y un poco por detrás de España y Portugal. Por supuesto, sería erróneo, sobre la base de la similitud solo de los indicadores digitales, acercar a Irán a los países del capitalismo subdesarrollado, y todo en la estructura socioeconómica de la sociedad, Irán estaba mucho más cerca de Grecia, España y Portugal que de la mayoría de los países en desarrollo de Asia. (Cuadro 2. Anexo).

Junto con el análisis anterior, el examen de la estructura socioeconómica lleva a conclusiones de importancia fundamental para comprender la historia económica de Irán en el momento de la victoria del modo capitalista de producción en este país, en el período anterior a la revolución de 1978-1979; la principal premisa socioeconómica de la revolución fue la agudización de las contradicciones y contradicciones específicamente capitalistas entre la producción moderna y tradicional. El material estadístico presentado en este párrafo ayuda a comprender por qué el golpe a la monarquía, infligido por las acciones del proletariado en el sector moderno y los funcionarios públicos, fue decisivo.

Para estudiar la intensificación de las desigualdades en la distribución de la renta en la ciudad, es esencial averiguar si en los años 60-70 se produjo un deterioro masivo de la situación material de los trabajadores asalariados y los pequeños propietarios de la ciudad. La respuesta a esta pregunta ayudará a evitar una explicación simplista de las causas de la revolución. Es difícil obtener la respuesta que necesitamos no sólo por el carácter extremadamente multifactorial de la formación de la situación material, sino también por el limitado material estadístico. Una consideración paralela de la dinámica de los ingresos de estos estratos de la sociedad urbana y de los precios de los productos al por menor puede ayudarnos.

La cuestión también puede plantearse en un sentido más amplio: ¿se produjo en el período prerrevolucionario un aumento de la desigualdad de la distribución de la renta en la ciudad?

Aunque los años sesenta y setenta entraron en la historia de Irán como una única etapa, en una serie de manifestaciones económicas y de otro tipo estas décadas son muy diferentes. Esto es evidente en un indicador tan sintetizado como el movimiento de los precios al por menor de los bienes y servicios de consumo.

Mientras que el índice de precios al por menor aumentó 19 puntos entre 1960/61 y 1970/71, entre 1970/71 y el año revolucionario de 1978/79 aumentó 166 puntos. La diferencia

es asombrosa y permite afirmar que en los años 60 el país estaba prácticamente libre de inflación. En los 70, sin embargo, se encontró en sus garras. Pero estos años 70 no fueron iguales en sí mismos. De 1970/71 a 1973/74 el indicador en cuestión aumentó, en 31 puntos. La causa principal fue entonces la inflación dentro de la economía capitalista mundial. De 1973/74 a 1978/79, en cambio, aumentó 135 puntos. De nuevo, la diferencia es sorprendente. Pero este período de tiempo se refiere al período de un fuerte aumento de los ingresos del petróleo como resultado de una cuadruplicación de los precios del petróleo, lo que, combinado con una demanda de inversión irrazonablemente alta durante el período del Plan Quinquenal de Desarrollo, fue en última instancia responsable de un aumento tan pronunciado de la inflación.

Los economistas e historiadores que estudian la sociedad iraní de los años setenta son muy conscientes de lo mucho que alarmó a la monarquía la subida de los precios en los tres primeros años, por lo que ésta hizo todo lo posible para evitar una mayor inflación. Uno de los medios para mitigar sus efectos fue, muy probablemente, la creación de condiciones para aumentar los ingresos de los trabajadores. Aunque, como se verá más adelante, los ingresos aumentaron, el dramatismo de la situación persistió. Lo mismo puede decirse de la etapa posterior, con la única diferencia de que aquí lo dramático se convirtió en trágico, aunque el aumento de los precios no superó al de los ingresos.

Sin embargo, hay que recordar que los trabajadores de Irán tuvieron una vida dura durante todo el periodo considerado. Baste señalar, por ejemplo, que en 1968/69, es decir, en una época en la que no se produjo un aumento inflacionista de los precios en el país, el nivel medio de los sueldos y salarios en las industrias manufactureras ni siquiera alcanzaba los 3.500 riales mensuales. En la industria textil (que empleaba hasta un tercio de los trabajadores industriales), los sueldos y salarios rondaban los 2.700 riales al mes. En el mejor de los casos, esto podía permitir a una familia de tres o cuatro miembros llegar a fin de mes a duras penas, por no hablar de una familia de cinco miembros (el tamaño medio de una familia en el país según el censo de 1966).

Hablemos ahora de los ingresos de las personas que trabajan en la pequeña industria. La tabla muestra que los salarios de los asalariados aumentaron un 15,7% entre 1964/65 y 1968/69. Al mismo tiempo, el índice general de precios de los bienes y servicios de consumo aumentó un 3,4%. Así pues, los ingresos reales de los asalariados de la pequeña industria manufacturera urbana aumentaron un 12,3% entre 1964/65 y 1968/69. A pesar del crecimiento de los ingresos reales de las personas de este grupo social, su situación era muy difícil. Con un

salario anual de 23.000-27.000 riales, era prácticamente imposible mantener a una familia de cinco miembros con un nivel de vida razonable.

De 1968/69 a 1976/77, los salarios nominales se multiplicaron por seis y los reales aproximadamente por tres.

Hay que señalar que los ingresos de los propietarios de empresas estuvieron sujetos a algunas fluctuaciones en los años 60, pero desde finales de los 60 hasta 1976-77 crecieron más rápidamente que los precios.

Es natural interesarse por los ingresos de los trabajadores y empleados de las grandes empresas (con más de 50 empleados). Los datos pertinentes muestran que entre 1967/68 y 1978/79 los salarios de los obreros se multiplicaron por 5,7 y los de los empleados por 6, mientras que los precios sólo aumentaron 2,5 veces.

Desgraciadamente, sólo se dispone de datos estadísticos sobre los salarios de los trabajadores de las medianas empresas manufactureras (de 10 a 50 empleados) para 1967/68 y 1968/69. En 1967/68, la cifra era de 42,5 veces. En 1967/68 la cifra era de 42.500 riales anuales y en 1968/69 de 51.000 riales, es decir, que los salarios aumentaron aproximadamente un 20%. En cambio, los precios sólo aumentaron un 1,8% durante ese período. Así pues, este grupo de trabajadores ganaba mucho más que los trabajadores contratados en las pequeñas empresas manufactureras (1,7 veces), y bastante menos (1,3 veces) que los trabajadores de las grandes empresas.

Consideremos la dinámica de los salarios de los trabajadores en función de su cualificación. Como muestran los datos de la tabla, los salarios de todos los grupos de trabajadores aumentaron, superando fuertemente el crecimiento de los precios, y si los salarios de los obreros aumentaron entre 5 y 7 veces, los de los técnicos sólo lo hicieron entre 3 y 4 veces.

A medida que aumentaba la cualificación, disminuía la horquilla salarial. Es posible determinar aproximadamente el valor de los ingresos diarios (según la situación de 1977/78) en las empresas medianas, las menos destacadas por las estadísticas, en 7-8 dólares para los trabajadores no cualificados y 10 dólares para los trabajadores semicualificados. En riales al mes (sobre la base de 24 días de trabajo) se obtienen 12.000 y 17.500 riales respectivamente.

En la industria minera, los aumentos salariales también han sido muy significativos. Así, en 1961/62 el salario diario de un obrero no cualificado era de 40 a 65 riales, el de un obrero cualificado y técnico de 120 a 170 riales, es decir, de 1.000 a 3.500 riales al mes; la mayoría tenía un salario mensual de unos 2.000 riales, es decir, 24.000 riales al año. En

1976/77, el salario medio anual en las empresas mineras era de 137.400 riales. Así pues, los salarios aumentaron más de 6 veces, mientras que los precios sólo aumentaron 2,2 veces.

Los salarios de los trabajadores no cualificados de la construcción también destacan por su dinamismo. En comparación con 1959/60, aumentó un 40% en 1968/69, un 67% en 1969/70 y un 74% en 1970/71. En la década de 1970, su crecimiento se hizo más rápido. En 1977/78 era el 273% del nivel de 1974/75, y en 1978/79 el 322%. En otras palabras, sus salarios se multiplicaron por 3,2 en cuatro años. Mientras tanto, durante el mismo periodo, los precios aumentaron 1,7 veces. Así, en los años 60 y 70 el crecimiento de los salarios superó constantemente al de los precios, y al final de este periodo los ingresos de los trabajadores no cualificados de la construcción alcanzaron niveles impresionantes. Por ejemplo, en 1977/78, el salario de estos trabajadores en Juzestán era de unos 12.000 riales al mes. Sin embargo, era algo inferior en otras partes del país.

Dado el papel desempeñado por los empleados en el comercio urbano durante la revolución, es particularmente interesante ver cómo les fue en el ámbito de los ingresos. Como se recordará, entre 1968/69 y 1972/73 el índice general de precios aumentó un 17%. Los ingresos de los propietarios del comercio al por menor sólo aumentaron un 1% durante el mismo período, es decir, sus ingresos reales disminuyeron. No obstante, hay que señalar que el año 1968/69 no es representativo del año 1968/69 para los minoristas en cuanto a la magnitud de sus ingresos, ya que el año siguiente se produjo una fuerte caída de los ingresos seguida de un aumento constante.

Los ingresos de los asalariados del comercio minorista aumentaron un 70% entre 1968/69 y 1972/73, y los precios, como ya se ha dicho, un 17%. Los ingresos de los asalariados del comercio al por mayor siguieron el ritmo de los precios, pero al mismo tiempo fueron considerablemente superiores a los del comercio al por menor y se situaron aproximadamente al nivel de los sueldos y salarios de los trabajadores de las empresas manufactureras con empleo centralizado (10 empleados o más).

Desgraciadamente, hay pocos datos sobre los ingresos de los intelectuales y empleados, pero se sabe que el salario medio mensual de los oficinistas era ligeramente superior a 10.000 riales, y el de los especialistas y personas de profesiones libres - 12.000 riales, que superaban los salarios de los trabajadores de las fábricas.

El salario de los profesores en Teherán variaba de 3-4 mil riales mensuales (en 1971/72) para un profesor principiante a 12,5 mil riales para un profesor con más de 20 años de experiencia. También dependía del nivel de estudios.

Los ingresos de algunos grupos de empleados aumentaron muy rápidamente. Aunque los ingresos de los trabajadores de laboratorio aumentaron más rápidamente entre 1970/71 y 1977/78 (se multiplicaron por cuatro), incluso en 1977/78 no alcanzaron el nivel de los ingresos del personal de dirección intermedio (aproximadamente se multiplicaron por dos), y mucho menos los de los jefes de departamento (aproximadamente se multiplicaron por 2,5). Al mismo tiempo, de 1970/71 a 1977/78, el índice general de precios aumentó unas 2,1 veces. En consecuencia, el crecimiento de los ingresos de los trabajadores de laboratorio y de los jefes de departamento superó el crecimiento de los precios, mientras que el del personal directivo intermedio fue ligeramente inferior. Los ingresos de estos últimos -500-800 dólares al mes- eran los de una persona rica más que los de un empleado de ingresos medios.

Cabe suponer que el principal grupo social cuyos ingresos quedaron rezagados con respecto a la subida de los precios fue el de los estratos lumpen-pauper, escasamente integrados en la estructura de reproducción social. Esta circunstancia se compensa en gran medida por el siguiente hecho bien conocido: la clase obrera y la burocracia no se unieron a la lucha revolucionaria hasta el otoño de 1978. Antes de eso, la masa principal de manifestantes, tanto en la capital como en las ciudades de provincia, estaba representada por la pequeña burguesía, los estudiantes y el lumpen, en muchos casos campesinos de ayer que habían ido a la ciudad en busca de una vida mejor.

Así, la situación material del grueso de los habitantes de las ciudades iraníes no se deterioró, sino que mejoró, a veces de forma bastante sustancial. Por lo tanto, parece erróneo deducir la participación de las amplias masas de trabajadores en la revolución del deterioro del nivel de vida. Sin embargo, sería erróneo afirmar este hecho y darlo por concluido, porque en Irán, desde finales de los años 50 hasta mediados de los 70, la desigualdad en la distribución de los ingresos entre los diferentes grupos de la población aumentó rápidamente. Así se desprende de las diferencias en el gasto familiar.

Así, la parte de los gastos del 10% de los hogares más bajos disminuyó del 1,77% al 1,37%, mientras que la parte de los gastos del 10% de los hogares más altos aumentó del 35,37% al 37,99%. Esto significa que, mientras que en 1959/60 el gasto de los hogares de la categoría superior era 20 veces superior al del grupo inferior, en 1973/74 el exceso era 29 veces superior. En total, la proporción del gasto del 60% inferior de la población descendió del 27,44% al 23,89%.

Podríamos citar muchas más pruebas de la creciente desigualdad en la distribución de la renta en la ciudad. Sin embargo, limitémonos a dos ejemplos que difieren significativamente

en su escala (uno ilustra la cuestión a nivel macro, en un ejemplo privado, el otro - a nivel macro).

El primer ejemplo se refiere a los dividendos pagados por uno de los mayores bancos iraníes de propiedad extranjera (Banco para el Desarrollo de Industrias y Minas, BDIM) a sus accionistas iraníes:

Año	Número de accionistas de BDIM	Dividendos por accionista, riads
1970/71	2330	40869
1971/72	3100	48709
1973/74	4000	80250
1975/76	6380	115336

Como los accionistas del banco sólo eran representantes de las capas explotadoras de la ciudad, los dividendos que aumentaban a un ritmo elevado no tenían nada que ver con las capas explotadas de la ciudad. Además, se puede estar seguro de que estos dividendos no eran más que un ingreso accesorio de sus perceptores, por así decirlo, una ocupación. Las capas explotadas no tenían nada de eso, ni en volumen ni en ritmo.

A nivel macroeconómico, merece atención un indicador que, por alguna razón, no se ha utilizado en los estudios. Se refiere a la relación entre los ingresos mínimos necesarios por familia, en este caso de cinco personas (el llamado umbral de pobreza), y la renta nacional per cápita. En 1971/72, la primera era de 162 dólares y la segunda de 400 dólares. En consecuencia, la proporción buscada era del 40,5%. En 1975/76, las mismas ratios se expresaron en 268 y 1.600 dólares, respectivamente. Esta proporción se redujo finalmente al 16,75%. Parecería que el «umbral de pobreza» en 1975/76 había aumentado con respecto a 1971/72. Pero en 1971/72 era 2,5 veces inferior al nivel de la renta nacional per cápita, y en 1975/76 era 6 veces inferior.

Con toda la relativa corrección del enfoque propuesto y de los cálculos realizados (ya que la renta nacional per cápita se calcula teniendo en cuenta a la población rural), la magnitud de la disminución del indicador considerado da pie para hablar de la profundización de la desigualdad en la distribución de la renta en las ciudades de Irán.

El aumento de la desigualdad en la distribución de la renta es una condición necesaria, pero no la única, para el aumento de la polarización social de la sociedad. Para esto último, es necesario el aumento de las diferencias en el consumo. El aumento de las diferencias de consumo en Irán en la década de 1970 se vio facilitado, por un lado, por la difusión de la idea

de una sociedad de consumo por parte de los círculos dirigentes y, por otro, por un fuerte aumento de la entrada de fondos provocado por la subida de los precios del petróleo. [20].

La vida lujosa del entorno del Sha, burócratas, magnates financieros, especuladores y otros representantes de los estratos explotadores, en cuyos bolsillos se depositaba la mayor parte de la lluvia dorada que caía sobre el país, aumentaba el sentimiento de inferioridad y privación de los trabajadores y suscitaba el deseo de protesta social.

Todo lo anterior permite afirmar que sería un error deducir el comportamiento de las grandes masas populares directamente de su situación material. Parece que el papel desempeñado por la toma de conciencia de su empobrecimiento relativo fue mucho más importante. Aunque este hecho en sí no pertenece a los fenómenos de carácter básico, se convirtió en una base objetiva que determinó tanto la actitud psicológica como el comportamiento político de las masas de millones de personas, uno de los requisitos previos de la revolución. El empobrecimiento relativo en sí mismo tiene todos los motivos para calificarse tanto como resultado del desarrollo económico del país como uno de los componentes del requisito previo inmediato de la revolución: la crisis económica (aunque peculiar) que se abatió sobre la sociedad iraní en vísperas de la revolución.

Peculiaridades del desarrollo económico de Irán en los años 60-70. En comparación con las décadas precedentes de la historia económica de Irán, los años 60-70 estuvieron dotados de una serie de peculiaridades. Fue durante estas dos décadas cuando el país comenzó a llevar a cabo una industrialización a gran escala destinada a superar el atraso económico en un periodo de tiempo históricamente corto.

El proceso de desarrollo integral intensivo de las fuerzas productivas estaba en marcha en Irán. Al llevarse a cabo en forma capitalista, predeterminó el crecimiento paralelo de prácticamente todas las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista. Esto predeterminó por sí mismo la formación de las condiciones previas profundas de la revolución, aunque no la determinó en modo alguno.

Por voluntad de las clases dominantes de Irán, la industrialización de este país tuvo lugar en condiciones de profunda integración de su economía en la economía capitalista mundial. Esta integración tenía una doble naturaleza. Por el lado de las exportaciones, estaba determinada por el hecho de que el petróleo era su principal producto de exportación y constituía la mayor fuente de ingresos en divisas, y por el lado de las importaciones, por la necesidad de apoyo material, técnico y tecnológico de la industrialización.

Comenzando como un proceso de sustitución de importaciones (desde la etapa más simple del proceso anterior, es decir, desde la creación de fábricas modernas en cuanto a

equipamiento, pero sólo de montaje) y haciéndose gradualmente más compleja, la industrialización creó una dependencia cada vez mayor de las importaciones no sólo de piezas y unidades necesarias para las fábricas de montaje, sino también de empresas esencialmente enteras que fabricaban productos intermedios: los planes económicos del Estado preveían la creación de instalaciones de producción destinadas a garantizar gradualmente la fabricación local de productos cada vez más importantes. La necesidad de importar productos intermedios seguía siendo acuciante.

Al perseguir la sustitución de las importaciones, la monarquía también preveía la orientación hacia la exportación de las industrias en desarrollo. Por lo tanto, garantizar el pleno crecimiento de las exportaciones no petroleras también se consideraba una de las tareas estratégicas importantes.

La estrategia de desarrollo económico preveía la preservación de una economía de tipo abierto, pero debía complementarse con la creación de una estructura sectorial de la economía capaz de garantizar la reproducción del producto social sobre una base predominantemente nacional. Al mismo tiempo, esto significaba que la dependencia asimétrica de la economía capitalista mundial tenía que ser sustituida a largo plazo por una dependencia simétrica. Durante el período considerado, se siguió la política de utilizar al máximo las exportaciones de petróleo como fuente de divisas e incluso aumentar la dependencia de las mismas con el fin de reducirla en el futuro.

La Unión Soviética desempeñó un papel notable en el proceso de industrialización de Irán en las décadas de 1960 y 1970, a pesar de la relativa insignificancia de la escala de su participación en este proceso. La URSS «contribuyó de forma verdaderamente decisiva a que Irán pudiera romper la oposición imperialista a su industrialización que se había observado en las décadas precedentes.

A pesar de toda la importancia de este factor, no podía, por supuesto, cambiar el hecho de que Irán permaneciera abierto a todas las tormentas que se desarrollaban en la extensión de la economía capitalista mundial.

Además, hay que tener en cuenta que la monarquía resolvía los problemas económicos estando en una alianza político-militar con el imperialismo, en primer lugar norteamericano. Y esta alianza tenía también un aspecto militar-económico, que agravaba la inscripción de la economía de Irán en la economía capitalista mundial (o, en otras palabras, la inscripción del bloque externo de factores económicos en la economía de Irán).

Si hablamos del grado de madurez del capitalismo iraní en vísperas de la revolución de 1978-1979, basta con señalar que para entonces el modo capitalista era, como ya se ha señalado,

tanto formador de sistemas como dominante en este país de múltiples asentamientos. Este modo producía la inmensa mayoría del producto social y empleaba a la mayoría de la población económicamente activa. El modo capitalista estaba representado de forma extremadamente amplia: desde las pequeñas industrias capitalistas hasta las grandes empresas modernas e incluso los grupos y asociaciones industriales capaces de ejercer un diktat monopolista en el mercado nacional, pasando por el gran capital bancario que se fusionaba con el capital industrial. Esta jerarquía estaba coronada por un poderoso sector capitalista de Estado, que patrocinaba inequívocamente al gran capital privado nacional e invitaba vivamente a los inversores extranjeros a crear industrias de capital mixto. Un fenómeno peculiar, por así decirlo, un hito del capitalismo local fue el monopolio del sha en forma de la Fundación Pahlavi, el «dominio real», una estructura compleja, parecida a una empresa, tanto vertical como horizontalmente. Cuán grande era la naturaleza capitalista de este «dominio» puede juzgarse por el hecho de que la gran burguesía industrial y bancaria en vísperas de la revolución no ocultaba que odiaba el monopolio del Sha, aunque recordaba que había sido alimentado y nutrido por Mohammed Reza Pahlavi.

Dado que la economía capitalista, a pesar de toda su ingobernabilidad, necesita regulación, es razonable señalar que el Estado en Irán bajo la monarquía actuó como regulador, lo que fue particularmente evidente durante la formulación y aplicación de los cinco planes de desarrollo económico y social por los que atravesó el país en 1948/49-1977/78. Por lo tanto, el capitalismo de estado también estaba presente en el pre-revolucionario. Irán. Además, el estado determinó la dirección y el alcance de las actividades del capital local fuera del país, y el capital iraní no se limitó a comprar acciones de empresas extranjeras, sino que también participó en la creación de empresas industriales (principalmente refinerías de petróleo).

Al resolver el problema de superar el atraso económico, la monarquía, en el proceso de romper la estructura colonial de la economía, no pudo dejar de tener en cuenta los tres aspectos de este problema: sectorial, territorial y socioeconómico. Como ha demostrado la historia, para Irán lo más difícil ha sido cambiar su estructura socioeconómica. En su forma más general, podemos decir lo siguiente: al romper la estructura sectorial, la monarquía no tuvo tiempo de resolver los problemas de naturaleza socioeconómica y satisfacer las necesidades sociales que surgieron durante esta ruptura. Baste mencionar, como consecuencia principalmente de la industrialización, problemas tales como la migración de campesinos a las ciudades (como resultado de las reformas de la "revolución blanca"), la urbanización, la escasez de empleos, la difícil situación de la vivienda y las deficiencias en la capacitación. A esto se sumó el choque

entre el sector moderno y el sector precapitalista de la ciudad, fuertemente agobiado por la creciente masa de lumpen y Pauper, los campesinos de ayer.

La circunstancia que agravó la situación fue el rápido crecimiento económico, durante el período de fuerte aumento de los ingresos derivados del petróleo, que se asoció con un rápido aumento de los gastos productivos, tanto del GAC como de los gastos improductivos del estado, la multiplicación de las inversiones del sector privado, el rápido enriquecimiento de las clases dominantes y el crecimiento de su demanda, tanto productiva como personal. De ahí el fenómeno: después de haber dado un gran salto en la creación de una infraestructura completamente moderna y diversificada durante 60-s — principios de 70-s, a mediados de 70-s, la monarquía no pudo eliminar los "cuellos de botella" que surgieron en la guirnalda de industrias de infraestructura. Esto causó dificultad para respirar en la economía, que rápidamente se convirtió en asfixia. Solo una demanda parcialmente satisfecha se convirtió en una rutina diaria.

Las características del desarrollo de la economía iraní de los años 60 y 70, descritas anteriormente, inevitablemente llevaron a la inflación. Y, de hecho, desde el comienzo de 70-s, Irán comenzó a tener fiebre por la inflación. Pero sus primeras ráfagas (hay que decir que inmediatamente alarmaron a la monarquía) fueron de naturaleza "externa", lo que se debió al impacto de la crisis económica mundial de principios de los 70. Aquí, la economía del país ha probado plenamente los frutos de su carácter abierto. No se puede negar a la monarquía los esfuerzos para mitigar los efectos de esta inflación "externa". Sin embargo, la inconsistencia en las acciones, el voluntarismo, la gigantomanía que envolvió a la monarquía durante el período del quinto plan (debido al aumento de los ingresos del petróleo, las asignaciones para el quinto plan de desarrollo— 1972/73—1977/78— fueron revisadas en mayo de 1975. y se duplicó con creces, de 32.500 millones a 69.500 millones de dólares.), llevaron al hecho de que, como resultado de la profundización de las contradicciones del modo de producción capitalista y las contradicciones entre las capas, el país comenzó a producir una inflación "propia" con sus satélites indispensables: especulación, corrupción, malversación.

El intento de la monarquía de detener la inflación mediante el mecanismo de las finanzas públicas, los órganos punitivos del estado, las unidades especiales de lucha contra la especulación, la lucha contra la acumulación de existencias con fines especulativos y la exageración de los precios mediante la formación de unidades integradas por estudiantes, escolares, amas de casa, en cuyo temperamento fuerte el monarca tenía muy serias esperanzas (las esposas reaccionan con mayor agudeza que los maridos a la forma en que cada día se vuelve más fácil la bolsa de comestibles) no tuvo éxito. Entre los requisitos previos de la

revolución, la inflación no ocupó el último lugar. Para el Irán de la década de 1970, la inflación puede llamarse una manifestación y expresión sintetizadas de desequilibrios, desequilibrios, contradicciones de la producción capitalista, así como contradicciones de naturaleza interaccionaria.

El atraso del desarrollo económico con respecto al crecimiento económico en las condiciones del alto nivel de ingresos derivados del petróleo (que se manifestó en un fuerte atraso de la producción agregada con respecto a la demanda agregada) fue otra premisa económica de la revolución de 1978-1979. al Combinarse, interactuar y sintetizarse, todas estas premisas llevaron a la maduración de las causas inmediatas de la revolución de 1978-1979.

Pasemos a las premisas sociopolíticas e ideológicas y las causas de la revolución. Monarquía, Constitución y libertades constitucionales Pasando a la situación sociopolítica en Irán en vísperas de la revolución, podemos decir lo siguiente: en el Irán pre-revolucionario, se violó la correspondencia entre la base y la superestructura. La base capitalista, que se desarrollaba rápidamente, necesitaba una superestructura diferente a la propuesta por Mohammed Reza Pahlavi, estableciendo un régimen de poder personal y, por lo tanto, enmendando las libertades constitucionales. Desde este punto de vista, la superestructura iraní de la segunda mitad del siglo XX.

El establecimiento de un régimen de poder personal, de hecho una dictadura personal, se llevó a cabo por dos métodos: la introducción de los cambios necesarios para el monarca en el texto de la Constitución y el incumplimiento de las disposiciones previstas en la Constitución, que se aseguró mediante el uso de un aparato de violencia y coacción. Este proceso, que se extendió por décadas y determinó la atmósfera política de la sociedad iraní, condujo a la formación de una de las premisas sociopolíticas de la revolución de 1978-1979, que, en combinación con otras premisas en el proceso de maduración de la situación revolucionaria, se convirtió en una de las formidables causas de la revolución.

Ya en mayo de 1949, la Asamblea Constituyente adoptó una nueva versión del artículo 48 de la ley Fundamental de Irán, según la cual el Shah tenía el derecho de disolver el Parlamento sin las restricciones establecidas por este artículo en la versión anterior. (El texto anterior condicionaba el derecho del Shah a disolver el Majlis "con el consentimiento de la mayoría calificada del Senado y la aprobación del gobierno".) Con la concesión de este derecho al monarca, el papel del Parlamento perdió su importancia y se encontró bajo la amenaza constante de disolución. De hecho, los artículos 15 y 38 de la ley Fundamental, que protegían a los diputados de posibles amenazas y presiones del gobierno al discutir temas en el Majlis y

tomar decisiones, perdieron vigencia. "Pero dado que se le concedió al monarca el derecho de disolver las cámaras, obtuvo así un medio legítimo de presión sobre el Parlamento".

Al mismo tiempo, se estableció por primera vez el Senado previsto en la Constitución de 1906. Esta acción tenía como objetivo establecer un control adicional sobre "la actividad legislativa del Majlis con el fin de limitar sus poderes".

En septiembre de 1967, las enmiendas constitucionales "otorgaron al Shah la prerrogativa exclusiva de nombrar a un sucesor, a quien se le asigna la regencia hasta que el Príncipe heredero alcance la edad de veinte años. De acuerdo con la disposición vigente hasta entonces, en caso de muerte del Sha, el regente era nombrado en un plazo de 10 días por el Parlamento" (Arts.38 y 41 del Suplemento de la ley Fundamental). Curiosamente, ya en marzo de 1967, el primer ministro Hoveida, justificando en el Majlis la necesidad de enmendar la Constitución sobre el tema del orden de sucesión al trono, dijo que estaban "destinados a perpetuar la tarea vital del monarca en el mundo turbulento actual".

El ya citado M. D. Milanian dio una imagen clara de la usurpación del poder legislativo y ejecutivo a principios de los años 70 por Mohammed Reza Pahlavi, la solución de los problemas de la política interior y exterior, así como de todos los asuntos de la administración del estado, la usurpación normalizada. "Como es sabido", señaló, " en la actualidad, Mohammed Reza Shah desempeña un papel crucial en todos los asuntos principales del estado. Oficialmente, se le considera la única persona autorizada para elaborar la línea de la política exterior e interna de Irán. No solo nombra y destituye al gabinete de Ministros, sino que le dicta la línea política y rechaza los proyectos de ley que elabora antes de que se presenten al Parlamento. A menudo, el Shah dirige las reuniones del gabinete. Mohammed Reza Shah ha declarado repetidamente que todo el poder del estado está concentrado en sus manos y que él personalmente, como jefe de estado, dirige todos los asuntos del estado. El 8 de abril de 1959, el periódico "Ettelaat" publicó una entrevista del Shah al corresponsal del periódico "Figaro Grussar. Cuando se le preguntó si era necesario otorgar poderes tan importantes al monarca, Mohammed Reza-Shah respondió: "No piensen que personalmente soy un partidario del absolutismo. Sin embargo... en la actualidad, el país necesita mi poder".

El Shah "garantizó" la violación de las libertades constitucionales sin introducir cambios en la Constitución. Para esto, consideró suficiente el uso del poderoso y extenso aparato de la policía secreta creada por él en 1957: SAVAK.

La exigencia de que se respeten las libertades civiles previstas en la Constitución siguió siendo, durante casi todo el período de posguerra, el lema principal de la sociedad Democrática y no se eliminó del programa de la vida política de la sociedad iraní. El desprecio de esta

Consigna por parte de la monarquía, que se manifestaba en la represión masiva contra los disidentes, independientemente del estrato social al que pertenezcan, fue otro factor que trabajó para formar las premisas de la revolución.

La situación revolucionaria tuvo varios precursores. Una de ellas fueron las cartas abiertas con las que, en el otoño de 1977, algunos artistas, militares y representantes de otros sectores comenzaron a dirigirse al Shah y al Shahin, así como a los líderes del país. Describieron la situación social insoportable a la que condujo la política de la monarquía.

Cuán desconsiderado fue el pisoteo de las libertades constitucionales por parte de la monarquía, se muestra en una carta fechada el 28 de noviembre de 1977 del publicista iraní Ali Asghar Hajj Seyed Javadi. Está escrito bajo la impresión de la salvaje masacre perpetrada contra estudiantes unos días antes. El autor de la carta plantea la tesis de la ilegalidad de las acciones de los órganos punitivos y la justifica invocando artículos específicos de la Constitución que el régimen ha pisoteado.

Pasemos a estos artículos en la secuencia en que el autor de la carta remite al lector a ellos. Según el artículo 57, las prerrogativas y poderes del Shah son solo los definidos en la propia Constitución. Dado que el objetivo históricamente más importante de la Constitución, junto con la garantía de las libertades civiles, ha sido limitar las actividades del Shah al reinado y privarlo de su derecho a gobernar, es importante determinar cómo se ha garantizado legalmente esta tarea. Al obligar a la Asamblea Constituyente en 1949 a otorgarle el derecho de disolver el Majlis y el Senado, tanto individualmente como simultáneamente, el Shah se aseguró de jure la oportunidad no solo de reinar, sino también de gobernar. Después de eso, solo le quedaba una forma u otra de aprovechar esta oportunidad en sus actividades diarias.

Entonces, ¿qué disposiciones de la Constitución determinaron los poderes del Sha? De los 23 artículos que formaban la sección "Derechos del poder monárquico de Irán" del Suplemento a la ley Fundamental, solo cuatro se refieren a ciertas restricciones de las acciones del Shah. Es el Art. 42, que dice que el Shah no tiene derecho, sin el consentimiento del Majlis y del Senado, a asumir "el gobierno de un Reino"; el artículo 45, que estipula que todos los firmantes y decretos del Shah relativos a los asuntos de estado sólo serán ejecutables si están firmados por el ministro competente, que es responsable del contenido auténtico de esos firmantes y decretos; el artículo 49, que establece que el Shah emitirá firmantes y decretos con el fin de hacer cumplir las leyes, pero en ningún caso podrá derogar o retrasar el cumplimiento de estas leyes. Sin embargo, esta sección incluye el Art. 44, declarando que la persona del Sha está libre de responsabilidad. Los Ministros son responsables de todos los asuntos (cometidos por el Shah) ante ambas cámaras (y Seyed javadi señala esta circunstancia).

No es necesario decir que si un estadista ha logrado obtener un poder real, es decir, la capacidad de imponer su voluntad a los demás, las restricciones legales de su poder se convierten en una letra muerta. En otras palabras, está sucediendo lo que sucedió en el Irán Shah de los años 60 y 70.

¿Qué otros artículos de la Constitución y, por lo tanto, los derechos constitucionales de los ciudadanos están siendo violados por Seyed Javadi?

Estos son los siguientes artículos del Suplemento de la ley Fundamental: 33, según la cual cada una de las dos cámaras (o, como escribe javadi, cualquier diputado del Majlis) tiene el derecho de investigar y verificar cualquier asunto del estado; la 26, que establece que todo el poder del estado proviene de la nación; la forma en que se ejerce este poder está determinada por las leyes básicas. No es necesario demostrar que, bajo un régimen de poder personal, especialmente cuando el partido rastahiz en su programa (1975) proclamó al jefe de estado "farmandeh" (comandante) y "rahbar" (líder, jefe) de la nación, este artículo fue violado; 27 y 28, sobre la separación de poderes-legislativo, ejecutivo y judicial-y su autonomía; 64, que los Ministros no pueden exonerar de responsabilidad invocando órdenes escritas u orales del Shah; 66. yo, señalando que la responsabilidad de los Ministros y las sanciones a las que pueden ser sometidos están determinadas por la ley; 71, que establece que el Tribunal Supremo civil (Diwan) y los tribunales civiles son las instancias oficiales para conocer de las quejas; 8, que proclama la igualdad de derechos de los ciudadanos iraníes ante la ley; 9, que declara que la vida, los bienes, la vivienda y el honor de todos los ciudadanos están garantizados y protegidos contra todo tipo de abuso, y nadie puede ser procesado sino en los casos y en la forma prescrita por las leyes del país; 10º, según el cual, salvo en los casos de captura en el lugar de la Comisión de un delito o de un delito grave, nadie podrá ser detenido sino por orden escrita del presidente del Tribunal y de conformidad con la ley (pero también en tales casos, se indicará al acusado de inmediato o a más tardar en 24 horas la culpa que se le imputa); 12º, según el cual no se podrá imponer ni ejecutar ninguna sanción salvo de conformidad con la ley; 13º, que establece la protección y la no afectación de la vivienda de toda persona y prohíbe la entrada en la vivienda, salvo en los casos y en la forma que establezca la ley; artículo 14, que prohíbe expulsar a cualquier iraní del país o impedirle residir en una parte del mismo, o obligarlo a residir en una parte determinada del mismo, salvo en los casos definidos por la ley; artículo 20, según el cual todas las publicaciones, excepto aquellas que puedan "desviarse por el mal camino y sean contrarias a la fe pura", están libres de censura; artículo 21, que establece que las sociedades y reuniones que "no causen confusión en la vida religiosa y estatal ni perturben el orden público, son libres en todo el territorio del país".

Como debe haber observado, la concesión de una serie de derechos constitucionales a los ciudadanos está estipulada en el marco de las leyes pertinentes. Eso es comprensible en sí mismo. Pero, como ha demostrado la vida sociopolítica del Irán pre-revolucionario, la monarquía, al aprobar leyes que especifican el procedimiento para el uso de los derechos constitucionales, proporcionó castigos tan severos y puso a los ciudadanos en tales condiciones que prácticamente les privó de la oportunidad de ejercer sus derechos.

El ejemplo de Seyed Javadi puede servir de ejemplo. "El párrafo 2 del código procesal y penal Enmendado es el instrumento más cruel del régimen despótico contra toda protesta y crítica de la horrible forma de actuar de la policía. En el párrafo 2 se establece que todo aquel que Incite al pueblo, por medios impresos, escritos a mano, orales o de cualquier otro tipo, a disturbios contra la seguridad interna o externa del país y que sus actos den lugar a disturbios será condenado a cadena perpetua y, en caso de que esos disturbios causen víctimas, será condenado a muerte. Si la incitación no conduce a disturbios, el instigador será castigado con una pena de 2 a 10 años. La pena para las personas involucradas en estos disturbios es de 2 a 4 años, si sus acciones no conducen a un delito penal; en este caso, los culpables recibirán una pena más severa".

Estos datos muestran cuáles fueron las libertades constitucionales en la práctica. Seyed javadi les da la siguiente característica: "en la actualidad, el pueblo iraní no tiene absolutamente ninguna capacidad legal para ejercer los derechos previstos en la Constitución. Por lo tanto, un poder que destruye estos derechos legítimos y obvios del pueblo iraní a través del uso de la fuerza, la intimidación, la tortura y el despotismo no goza de confianza ni tiene el derecho legítimo de gobernar al pueblo iraní".

En su carta, Seyed Javadi, citando los hechos de las masacres de la policía y los agentes de SAVAK contra los estudiantes, vuelve a la tesis de que el régimen viola los derechos constitucionales del pueblo iraní.

Probablemente, el lector llamó la atención sobre el hecho de que una serie de artículos que garantizaban a los ciudadanos los derechos constitucionales tenían reservas que daban a las autoridades la posibilidad, dentro de los límites determinados por leyes especiales, de transgredir a través de garantías constitucionales. Este es un fenómeno común. Pero con la extrema movilidad del criterio de la permisividad y la no permisibilidad de la subjetividad absoluta de su definición, el significado real de los derechos constitucionales podría haber sido emancipado y emancipado por el régimen.

Mientras tanto, el país anhelaba la democracia, y esta circunstancia, capaz de unir a los más diversos estratos sociales bajo la Consigna de respetar las libertades previstas en la

Constitución, hacía evidente que la futura revolución debía resolver, en particular, las tareas de la revolución democrático-burguesa.

Pasemos a la monarquía y sus partidos políticos. Entre los factores que llevaron a la formación de las premisas sociopolíticas de la revolución, la posición dictatorial del Shah con respecto a los partidos políticos, grupos políticos y asociaciones, en general, la vida partidista en la sociedad iraní, ocupó un lugar muy importante. La persecución de los partidos, la prohibición periódica de ciertos partidos, y en ciertos periodos y todos ellos, fue la norma de la vida en el Irán de posguerra. Esta política dictatorial se manifestó más plenamente en una acción de la monarquía como la proscripción en 1949. El partido popular de Irán (Tudeh) y el exterminio físico de sus miembros junto con el desarraigo de sus organizaciones y células en los años siguientes, especialmente después del golpe de estado de 1953.

El Shah consideró necesario establecer un sistema bipartidista en el país con las facciones parlamentarias correspondientes. El primer intento de este tipo se hizo en 1957, se expresó en la creación del partido "Melliyn" ("Nacionalistas") encabezado por el entonces primer ministro M. Egbal y el partido "opositor" "Mard" ("Pueblo") encabezado por el Príncipe y aristócrata A. Alyam. Ambos estaban cerca de Shah.

Al caracterizar estos partidos, A. I. Demin escribió que incluyen "aproximadamente un círculo de personas: burocracia, terratenientes liberales, empresarios y capas superiores de intelectuales. En muchos aspectos, sus programas, basados en los principios de lealtad al trono y los principios básicos del "nacionalismo positivo", eran similares. La diferencia entre el partido de "oposición" "Mardom era que" planteaba demandas para limitar la gran propiedad de la tierra, la participación de los trabajadores en los beneficios de las empresas, garantizar las libertades de acuerdo con los principios del Islam y la Constitución".

La primera experiencia con el sistema bipartidista no ha resistido la prueba del tiempo. Esto se manifestó en relación con los fracasos que sufrió el monarca al resolver dos tareas extremadamente importantes para él. La primera es la aprobación de la ley de reforma agraria. A pesar de la presencia de facciones de ambos partidos en el Majlis, debido al predominio de grandes terratenientes semif feudales, khans tribales y clérigos superiores, la ley de reforma agraria de 25 de mayo de 1960 fue tan conservadora que "los terratenientes lograron retrasar la división de las propiedades privadas". El Shah se vio obligado a aprobar esta ley, lo que de hecho significó su derrota en un asunto de suma importancia para el desarrollo económico y social del país. El segundo fracaso fue que, al tratar de asegurar a sus partidos la mayoría de los escaños en el Majlis XX durante las elecciones de agosto de 1960, los organizadores cometieron tales abusos que los resultados de la votación tuvieron que ser anulados.

La impotencia del sistema bipartidista se manifestó en lo siguiente. Para promulgar una nueva ley de reforma agraria, que llegó al poder a principios de mayo de 1961, el gobierno de Ali Amini se vio obligado a disolver el Majlis y proclamar esta ley durante el período del estado Interparlamentario. Obtuvo fuerza legal después de su aprobación por el Shah el 14 de enero de 1962. Sometido junto con una serie de otras leyes a referéndum el 26 de enero de 1963, fue aprobado por una abrumadora mayoría de los votantes.

Por lo tanto, la monarquía adoptó las medidas más decisivas que allanaron el camino para el desarrollo acelerado del capitalismo, sin tener ni el Majlis ni sus partidos, ni el partido gobernante ni el "partido de oposición de su Majestad": después del escándalo de las elecciones al Majlis de la XX legislatura, se disolvieron esencialmente, aunque, como se verá más adelante, después de algún tiempo, el partido Mardom volvió a desempeñar su papel anterior.

A principios de los años 60, un grupo de intelectuales formó el "centro Progresista". Fue creado "como un fideicomiso de pensamiento, no como un partido, lo que indica incertidumbre sobre las capacidades del sistema de partidos en Irán".

El "centro progresista", que contaba con unos 300 miembros, obtuvo 150 escaños de los 196 del Majlis XXI. Después de eso, el 15 de diciembre de 1963, en la conferencia del centro, se anunció la creación del partido "Iran novin" ("nuevo Irán"). El 7 de marzo de 1964, el líder del partido, Hassan Ali Mansour, formó un gabinete en el que todos los cargos, excepto los del ministro de defensa, asuntos exteriores y agricultura, fueron ocupados por miembros de este partido.

La llegada al poder del partido "Irán novin", que abogó por la industrialización del país y llevó a los representantes de la nueva generación de la burguesía a la arena de la actividad económica y política, fue un hito importante en la historia de Irán. El poder pasó a manos de la burocracia y de la gran burguesía.

Una parte significativa de los miembros del antiguo partido Melliyun, así como del partido Mardom, que se encontraba en un estado de animación suspendida política, se trasladaron, o más bien, a Irán novin, que también abrió el acceso a sus filas a todos los que expresaron lealtad a la monarquía y su programa de transformación. De hecho, a partir de ese momento, asegurar la mayor masa posible del partido que representa la fachada de la monarquía se convierte en una cuestión de casi máxima importancia para Mohammed reza Pahlavi; la masa de "Iran novin" comienza a ser percibida por él como el mejor testimonio de la prosperidad de la monarquía.

En 1963, el partido Mardom reanudó sus actividades. Su objetivo es participar en la implementación de las reformas socioeconómicas de la monarquía. Como otro partido de la gran burguesía, se le asignó el papel de una oposición leal tanto dentro como fuera del Majlis.

En mayo de 1971, dirigiéndose a los 5.000 delegados del Congreso del partido Mardom, Shah señaló que un partido (es decir, Iran novin) había asumido toda la responsabilidad de las acciones del poder ejecutivo, mientras que el otro (Mardom) se había convertido en el perro guardián que debía vigilar si el gobierno cumplía sus obligaciones de la manera que lo exigían los intereses superiores de la nación. El partido de la oposición tiene la obligación de identificar los fracasos del partido en el poder y criticarlos por estos fracasos a medida que se descubren, el partido en el poder tiene que presentar argumentos en su defensa y, si no tiene argumentos sólidos, tiene la obligación de cooperar con el partido de la oposición para superar esos fracasos, dijo.

La correlación de fuerzas de estos dos partidos se puede juzgar, en particular, a partir de los siguientes datos. En el Majlis XXIII (1971), el "Iran novin" tenía 229 escaños de un total de 268, y en el Senado 27 de los 30 escaños elegidos. El "mardom" tenía 37 diputados en el Majlis y 2 senadores.

Al mismo tiempo, había otros dos pequeños partidos de "oposición" permitidos por la monarquía: el partido nacionalista pequeño burgués "Iranian", formado en yantsar en 1971 (un diputado en el Majlis) y los "Paniranistas". Los programas de todos los partidos de "oposición" se basaron en el reconocimiento incondicional de la "revolución blanca".

Los siguientes datos pueden servir como testimonio de la escala de las actividades y el papel principal del "partido de su Majestad" — "Irán novin". Las provincias y las gobernaciones generales eran administradas, por regla general, por miembros de este partido. En 1972 tenía mayoría en 307 de las 329 ciudades y shahrestans de enjumen. En 1973, el número total de miembros del partido se estimó en 300 mil. "Teniendo en cuenta las organizaciones sociales adyacentes o que formaban parte del partido como miembros colectivos (el 90% de los miembros de los sindicatos obreros, una parte considerable de los miembros de los "cuerpos de la revolución", de las organizaciones de mujeres, de jóvenes y de otras organizaciones), se puede decir con ciertas reservas que "Iran novin" agrupaba en 1973 la actividad de casi un millón de personas, incluidas representantes de los más diversos estratos de la población".

La transformación de Iran novin en una organización tan masiva se debió al deseo de Mohammed reza Pahlavi de apoderarse de la conciencia del mayor número posible de sujetos, de convertirlos en sus propios partidarios y, por lo tanto, en ejecutores voluntarios de sus

designios. Está claro que, al tener capacidades casi ilimitadas, el Shah las utilizó ampliamente para lograr el objetivo establecido.

La monarquía de Mohammed Reza Pahlavi estableció tareas vitales para el partido Iran novin. Pueden formularse de la siguiente manera: la participación en la esfera de actividad e influencia del partido sindical, creado por orden y bajo la supervisión de la monarquía, de las organizaciones juveniles, femeninas, culturales y otras organizaciones sociales; la introducción del reformismo en las filas de la clase obrera, su educación a través de las organizaciones sindicales en el espíritu del reformismo y la lealtad a la monarquía; la creación de la unidad moral y política de la sociedad iraní.

En febrero de 1974, el periódico Keihan International Weekly publicó un artículo de Fariborz Mohtari en el que exponía las opiniones de los líderes de los cuatro partidos.

El Secretario general de Iran novin, Manouchehr Halali, Dijo: "la revolución Blanca ha hecho realidad los objetivos de los patriotas y amantes de la libertad iraníes; ha dado libertad de acción a la gran mayoría de los iraníes que se han convertido en fieles seguidores de sus aspiraciones". Consideró que su partido era capaz de eliminar la mayoría de los obstáculos, si no todos, para el desarrollo de Irán sin derramamiento de sangre. En su opinión, el partido creó la infraestructura para el desarrollo económico, social y político del país y su industrialización. Halali destacó que existe una estrecha cooperación entre el partido y el gobierno. "Afortunadamente", dijo, "nuestro gobierno de partido y nuestro partido político no están separados el uno del otro". Sin embargo, dijo que cree en un sistema multipartidista: "respetamos a todos los partidos políticos legítimos y damos la bienvenida a sus actividades sanas y constructivas".

El Secretario general del partido Mardom, Nasser Ameri, vio la diferencia entre su partido y el gobernante Iran novin en su compromiso abierto con la justicia social, la participación política del pueblo y el fortalecimiento de la vida del partido. Ameri creía que el partido Mardom podría actuar con más éxito que Iran novin, especialmente en la realización de aquellos objetivos: y tareas que son fundamentales para la "revolución del Sha y el pueblo". Señaló que uno de los resultados de la revolución fue facilitar la participación de los ciudadanos en la vida pública y la actividad política. El partido "Iran novin" debe su existencia a este hecho. "Pero es triste que 'Irán sea nuevo'", dijo amery, "no haya podido comprender claramente las aspiraciones de su Majestad en este asunto".

El Secretario general del partido Iranian, Fazlolla Sadr, dijo que el objetivo de su partido, en caso de que llegara al poder, era atraer a la generación más joven a participar en sus actividades. "Le damos gran importancia a la educación de los estudiantes", dijo, "ya que están

constantemente bombardeados con propaganda colonialista. Deben estar familiarizados con las aspiraciones e ideas nacionales para estar protegidos de los bombardeos contra Irán dirigidos contra ellos". Su partido adoptó la "revolución 6 de Bachmann" (26 de enero de 1963, es decir, la revolución 6 de Bachmann). el día del referéndum sobre las reformas de la "revolución blanca") no solo desde el punto de vista económico. Según su partido, es "más importante para la independencia política de Irán".

El Secretario general del partido Paniranista, Mohsen Pezeshkpur, estaba convencido de que garantizar la disciplina social y de gestión era el deber más importante de los partidos políticos. La eliminación del "feudalismo de la tierra" en Irán es una fuente de orgullo y una victoria para la nación. Pero eso solo no es suficiente. Es necesario introducir cambios fundamentales en las esferas política y de gestión.

A fines de diciembre de 1973, Mohammed Reza Pahlavi, en una entrevista con el periódico Mardom, un órgano del partido Mardom, dijo: las circunstancias en Irán son tales que Irán seguirá un sistema bipartidista, aunque al principio puede haber más partidos políticos. En la misma entrevista, dijo que un régimen parlamentario sin partidos políticos provocaría la anarquía, y un gobierno de un solo partido conduciría al comunismo o al fascismo. El régimen bipartidista será la base del gobierno en Irán, ya que en el marco de la "revolución del Sha y del pueblo, hay dos líneas principales de actividad política: cada partido busca demostrar su capacidad para interpretar y poner en práctica los principios de la "revolución" de la mejor manera posible; sobre la base de las elecciones populares, el más digno lleva al poder".

La evidencia de que el concepto expuesto permaneció en Servicio con la monarquía fue el siguiente, el IV Congreso de la oposición "Mardom", celebrado a fines de noviembre — principios de diciembre de 1974, y el IV Congreso de la gobernante "Iran novin", celebrado en enero de 1975.

En lugar de Manouchehr Halali, el Congreso 'Iran novin' eligió como Secretario general del partido a Amir Abbas Hoveida, primer ministro.

A. Hoveida instó al partido a un amplio diálogo con el pueblo iraní. A juzgar por sus palabras, tenía la intención de convertir al partido Iran novin en una especie de foro nacional y dar a muchos más iraníes la oportunidad de sentir un sentido de pertenencia a él, incluso sin un boleto del partido.

Todo lo anterior indica que la monarquía necesitaba un sistema de "partidos permitidos", creía que la sociedad iraní ya se había convertido en una sociedad de armonía nacional y que esa armonía podría ser sostenible en el futuro con un movimiento dinámico hacia adelante y ser una sociedad de equilibrio socioeconómico y sociopolítico.

Poco después del IV Congreso de Iran novín, el 5 de marzo de 1975, Mohammed Reza Pahlavi ordenó la creación de un solo partido, El "partido del renacimiento de la nación iraní", en el sonido persa "hezba rastahiz mellat Iran", brevemente "Rastahiz", que integraría los cuatro partidos existentes. Dirigiéndose a los editores y editores de periódicos, a los líderes de estos cuatro partidos, Shah describió tres principios cardinales, cuyo reconocimiento abrió la posibilidad de ser miembro de un "sistema político reestructurado". Esto es el apoyo a la Constitución del país, la lealtad al régimen monárquico y la aceptación de la "revolución 6 de Bachmann". El apoyo a la " política exterior independiente " del país se dio por sentado. El Secretario general de Rastahiz fue nombrado Secretario general del partido Iran novín, que gobernaba en ese momento, A. Hoveid, por un período de dos años.

Shah dijo que todos los iraníes deben ser políticamente activos. No debe haber "solitarios", es decir, personas que están al margen de la vida política de la sociedad. Pero no debe haber "milитantes políticos", es decir, ir en contra de los principios y propósitos del monarca.

Kazem Zarnegar, corresponsal de Keihan International Weekly, relató a los lectores sobre este discurso del Shah: "el Monarca ha calificado a los militantes que se niegan a unirse a los principios trinos como "privados del derecho a existir" y ha dicho que hay un lugar para tales personas, ya sea en prisión o en el extranjero. Aquellos de los militantes que opten por abandonar el país recibirán todo lo necesario para hacerlo, agregó". Shah instó a todos los iraníes a unirse "en torno a una bandera, una filosofía, una máquina estatal altamente organizada y defender los intereses de Irán hoy y mañana".

Inmediatamente después de la publicación de la orden del Sha, los líderes de los cuatro partidos declararon su compromiso con el partido Rastahiz. Los órganos de Prensa de estos partidos fueron cerrados. Todos los grandes administradores, hasta los Ministros, que antes de la creación de Rastakhiz no formaban parte de los partidos existentes, tenían la obligación de expresar su lealtad al nuevo partido, incluso si no se convertían en miembros.

Las elecciones al Majlis debían celebrarse bajo los auspicios del nuevo partido. Con un sistema electoral " libre y correcto", como lo expresó Shah, los aspirantes que anteriormente no pudieron lograr un mandato parlamentario debido a la superioridad política del partido mayoritario tendrán más oportunidades de competir por un escaño en el Parlamento. Esto permitirá evaluar las actividades del partido de cada uno de acuerdo con sus méritos, dijo Shah.

Entonces, solo en diciembre de 1973, una persona que justificó la inadmisibilidad (al menos para su país) del sistema de un solo partido, fácilmente comenzó a afirmar exactamente lo contrario.

Por supuesto, esto requiere una aclaración. La decisión del Shah de pasar a un sistema de partido único se debió a su deseo indomable de ver a la sociedad iraní de mediados de los años 70 no como era, sino como creía que debía ser. Shah creía que en Irán (tanto en la ciudad como en el campo) ya se había eliminado la explotación del hombre por el hombre, se había logrado la unidad de los intereses del trabajo y el capital, el país estaba cerca del bienestar general. Si hay algunas "deficiencias", entonces pueden eliminarse en el curso de un mayor movimiento hacia adelante. En otras palabras, se convenció a sí mismo de que la "revolución blanca", o, lo que sonaba más dulce para él, la "revolución del Sha y del pueblo", había logrado crear la unidad moral y política de la sociedad iraní, y que esa unidad podía servir de base para la transición hacia un sistema de partido único. Naturalmente, comprendió que la unidad que existía en su imaginación también tenía oponentes ideológicos. Pero esto no es un obstáculo, porque para combatirlos se ha creado un aparato de violencia perfectamente organizado, casi Omnipotente (como resultó, también solo en su imaginación).

El 8 de marzo de 1975 se publicó en Keihan International Weekly una declaración del Secretario general del nuevo partido, el primer ministro A. Hoveida, transmitida anteriormente por Radio. En él, el Secretario general instó a todos los partidos políticos a cerrar sus filas para construir el nuevo sistema político proclamado por el Shah. En su opinión, la propuesta del Shah debía dar vida a un nuevo movimiento nacional. La situación en la que una persona debe pertenecer a algún partido político para obtener un buen lugar se ha convertido en una cosa del pasado. "Bajo el liderazgo de shahinshah, el desarrollo político de Irán será tan rápido como su desarrollo económico en la Última década", dijo hoveida. Expresó su confianza en que la nueva estructura política demostrará su alta vitalidad, ya que "todos los iraníes tienen fe en la Monarquía, la Constitución, la Revolución, los tres principios cardinales del movimiento, que abarca a la sociedad iraní". [20].

El día del nacimiento oficial del partido "Rastakhiz" fue el 1 de mayo de 1975, cuando su creación fue aprobada por el Congreso Constituyente, en el que participaron 5 mil personas. El establecimiento del nuevo partido fue amueblado con gran pompa. Al día siguiente, en el estadio Ariamehr, se llevó a cabo una manifestación de cien mil personas dedicada a este evento.

El Sha y su séquito dieron gran importancia a presentar el "Rastahiz" como carne de la carne, sangre de la sangre del pueblo. Una expresión peculiar de esto fueron las palabras de A. Hoveida: "el Secretario General no quiere ser un gigante Todopoderoso. Si no lo ayudas-dijo, dirigiéndose a una audiencia de cien mil personas-no podrá cumplir su propósito".

Hoveida, hablando en la reunión de las cien mil personas antes mencionada, dijo: "ahora le pido a Su Majestad que permita a los representantes de las provincias, en nombre de toda la nación, presentar a shahinshah una placa de oro especialmente hecha como agradecimiento". En la placa había la siguiente inscripción: "su Majestad, Sus ideas han abierto el camino hacia la victoria; Su liderazgo es la protección segura de esta nación eterna; el ideal del partido Rastakhiz es la grandeza de la patria".

No podemos dejar de reconocer que el partido Rastachiz tuvo que actuar en un momento muy difícil, como se demostró al comienzo de este estudio, especialmente difícil económicamente, cuando el voluntarismo del monarca llevó a la economía nacional a un estado de extrema tensión. Sin embargo, su colapso no puede atribuirse a estas dificultades. En Última instancia, se definió por lo que el monarca buscaba crear un "milagro": convertir el voluntarismo, el despotismo, la demagogia política en las Fuentes vivificantes del progreso histórico.

Poco después de la creación del partido, comenzó la formación de dos facciones, las llamadas alas: el ala Constructiva (encabezada por el ministro de economía y finanzas, Hushang Ansari) y el ala Progresista (encabezada por el ministro del interior, Jamshid Amuzegar).

Shaul Bahash, columnista político de Keihan International Weekly, escribió sobre Wings: "La relación entre estas fuerzas solo se sabrá después de algún tiempo. Pero con cierto grado de certeza, se puede decir que la decisión de dejar de elegir la creación de alas de carácter formal indica la presencia de una tendencia en el partido Rastachiz hacia la diversidad y el debate genuino".

Shah tenía grandes esperanzas en ambas alas como "generadores de ideas". Como ha demostrado la realidad, no cumplieron con estas esperanzas del Shah, aunque solo sea porque, con su iniciativa y actividad, reprimió ambas alas, y lo que proponía uno u otro miembro de alto rango del partido no excedía los estándares y las actitudes que él mismo había definido. Cuando expresaron su alarma por la situación interna cada vez más complicada, el Shah no escuchó sus voces. Luego llegó el momento en que él mismo se dio cuenta de que la monarquía estaba cayendo en el abismo, pero ya era tarde.

Ya en 1977 se oía el murmullo de los miembros del partido en el terreno, en las células y en las organizaciones primarias. El 1º de enero de 1977, en Keihan International Weekly, el Secretario general adjunto de Rastahiz, Dariusz Homayoun, leyó las siguientes palabras: "Una de las razones más frecuentes del descontento sobre el terreno es la escasa respuesta a sus solicitudes... En la actualidad, las organizaciones del partido deben centrarse principalmente

en responder a las demandas y propuestas de los miembros del partido". Parecería una pequeña cosa: el murmullo de los miembros del partido, insatisfechos con el hecho de que no se les escucha. Mientras tanto, como lo demostraron los eventos posteriores, esta "pequeña cosa" fue el comienzo de la gran desgracia del monarca.

Mientras tanto, la mala gestión de los fondos, la corrupción y el malversación de fondos se extendían cada vez más, la inflación continuaba desenfrenada y, naturalmente, aumentaba el descontento de los que más sufrían. El partido no podía permanecer indiferente. Y ella respondió a su manera. Así, el Secretario general de Rastakhiz declaró a mediados de marzo de 1977 que "la eliminación de la corrupción es la tarea número uno tanto para el partido como para el gobierno". A principios de abril, llamó a la lucha contra el desperdicio como una tarea importante de Rastakhiz.

No hubo bienestar en Rastakhiz en el frente ideológico, a juzgar por lo que dijo dariush khomayun durante su visita a Ahvaz: "el hecho de que después de más de dos años (después de la creación del partido) todavía estemos hablando de filosofía indica que no estamos haciendo nuestro trabajo correctamente". En otras palabras, en una forma inteligente, se hizo una alusión al hecho de que el partido se dedica principalmente a la retórica.

Una semana después, el mismo Dariusz homayun, como una tarea muy importante del partido, declaró la necesidad de "abrir oportunidades para la participación política a un número mucho mayor de representantes de diferentes estratos sociales de lo que está sucediendo actualmente". El Vicesecretario general del partido, cuya creación se suponía que era un testimonio de la unidad moral y política de la sociedad iraní, sólo dos años después de su creación, se vio obligado por la voluntad de las circunstancias a decir que "docenas de cientos de células del partido se reúnen regularmente en las ciudades... los miembros de estas organizaciones bombardean a los alcaldes con cartas" en las que expresan su descontento por muchos temas.

La creciente tensión tanto en el país como en las filas del partido Rastakhiz se reflejó en las páginas de su órgano, el periódico Rastakhiz. Esto se evidencia incluso solo en los titulares de artículos y notas. He aquí, por ejemplo, los titulares de los artículos publicados en la edición del 8 de junio de 1977: "la Comisión del Partido para el estudio de las dificultades con los medicamentos dictaminó sobre su solución"; "en la reunión mensual del ala Constructiva, Hushang Ansari dijo: "la ala Constructiva estudia las causas de las dificultades con la vivienda y la seguridad social"". En la edición del 12 de junio de 1977. se informó de que, sobre la base del decreto del Shah, la inspección de Shahinshah estaba facultada para llevar a cabo auditorías repentinas y periódicas de las instituciones del país. Dicha inspección, a su

vez, informó que las quejas de la población contra las instituciones estatales se comunicarían regularmente al Shah.

En la segunda mitad de 1977, el deseo de las personas, tanto de los miembros del partido Rastakhiz como de los no partidarios, de hacer sonar la alarma sobre la situación desfavorable en la sociedad, su necesidad de decir la verdad y escuchar la verdad, de ver la manifestación de la atención a sus necesidades por parte del partido Rastakhiz y del estado se intensifica aún más.

El 24 de septiembre de 1977, el ala Constructiva del partido Rastakhiz emitió una declaración a la Prensa sobre "la atmósfera Política de Irán". Shaul Bahash hizo un análisis de este documento en las páginas de Keihan International Weekly. Escribió: "la declaración hizo un intento de exponer clara y claramente el credo político del ala más Constructiva. A juzgar por él, el país se encuentra nuevamente en una encrucijada política, lo que requiere una revisión de las disposiciones políticas fundamentales. Se trata de una invitación a los iraníes a un debate "amplio e inclusivo" sobre el estado del "entorno político" en el que transcurre la vida política de los iraníes. Al mismo tiempo, se publica en un momento en que se ven signos de revitalización de las actividades del partido y sus dos facciones. El documento defiende el derecho incondicional a las libertades políticas, el derecho a la información, exige que el aparato administrativo del estado responda con sensibilidad a la opinión pública y que el gobierno realice sus actividades basándose en la ley.

El documento señala que el país en su desarrollo ha llegado a un punto en el que "las direcciones de pensamiento, que para Irán, los tiempos de estancamiento y estancamiento en el período pre-revolucionario (es decir, antes del comienzo de la "revolución blanca") nunca fueron percibidos como imperativos sociales, se encuentran hoy entre las condiciones más importantes necesarias para nuestra sociedad en rápido desarrollo.

Subrayando una vez más que se ha producido una nueva crisis en la evolución política de Irán, el documento presenta argumentos que indican que la expansión de las libertades políticas es un "desarrollo lógico" de la creciente madurez política de la sociedad iraní.

En la situación actual, cuando el sistema político del país está listo para una nueva etapa de su evolución, el ala Constructiva afirma que es esencial que las personas decidan por sí mismas, determinen por sí mismas Cuáles son sus sentimientos y deseos".

Nos parece que las características ya citadas de este documento y sus disposiciones citadas dan motivos suficientes para decir que el partido Rastakhiz, desde su creación, ha sido una formación artificial, inviable, fruto del voluntarismo más descarado. Por lo tanto, en las difíciles condiciones económicas y sociales de Irán de 1975-1978, tomó un poco de tiempo

para que se revelara la incapacidad de este partido como la fuerza dirigente y guía de la sociedad iraní, tal como lo imaginaba el Shah. Y es muy sintomático que en el otoño de 1978, cuando el Suelo se estaba alejando de sus pies, el Shah consideró necesario informar al público que su tercer libro, "Hacia una gran civilización", se estaba preparando para la publicación.

A principios de junio, 1978, el jefe del ala Constructiva, Hushang Ansari, renuncia. La razón es el exceso de trabajo con responsabilidades ministeriales; al mismo tiempo, el líder del ala Progresista, Abdol Majid Majidi, renuncia. Justificación: sobrecarga de responsabilidades como presidente de la Fundación shahini Farah; a principios de septiembre, el Secretario general del partido, Jamshid Amuzegar, renunciará al mismo tiempo como primer ministro. Junto con él, renuncia el Secretario general adjunto Mahmoud Jafarian; a finales de septiembre, el Buró político del partido Rastahiz acepta la renuncia de Jamshid Amuzegar y elige a Javad Sayed en su lugar. Al mismo tiempo, el Politburó "rechaza las predicciones pretenciosas sobre la amenaza de disolución que se cierne sobre el partido". Javad Saed declara: "los estatutos del partido no me dan a mí, al Buró político ni a ningún otro órgano del partido el derecho de disolver el partido. Ni siquiera consideraremos la disolución del partido". [22].

El 2 de octubre se anuncia la disolución del partido "Rastakhiz"; a principios de octubre de 1978, en el discurso del trono, el Shah "llama apasionadamente a la unidad y la cohesión".

Por lo tanto, el partido, creado por voluntad y de acuerdo con los puntos de vista del Sha, cayó en el olvido, antes de la caída de su creador.

El carácter artificial y violento de la limpieza por la monarquía del "espacio vital" para "sus" partidos y luego para "su" único partido, iniciado desde finales de los años 40, la desaparición de la oposición legal y el "deshierbe" periódico de la arena política no han pasado para ella sin consecuencias.

Entre los factores cuya acción condujo a la formación de las premisas de la revolución de 1978-1979 se encontraba la cuestión nacional.

En un estado étnicamente heterogéneo como es Irán, las contradicciones nacionales se manifestaron con una fuerza u otra durante todo el período de la dinastía Pahlavi en el poder. Durante el reinado de Reza Shah, se expresaron principalmente en la oposición de las tribus a la política de asentamiento y asentamiento parcial, que en Última instancia los llevaría a una sumisión total y una subordinación incondicional a la autoridad central. Bajo Mohammed reza Pahlavi, la problemática de la cuestión nacional adoptó un contenido más complejo. El traslado de las tribus al asentamiento en principio ya se ha llevado a cabo. La aplicación de las reformas socioeconómicas de los decenios de 1960 y 1970 también afectó a las zonas de asentamiento

de las minorías nacionales, contribuyendo a su desarrollo, En estas condiciones la exigencia de la autonomía cultural y nacional pasó a primer plano en la cuestión nacional.

En principio, las zonas de asentamiento de las minorías nacionales fueron consideradas por la dinastía Pahlavi como objetos de explotación económica, una especie de periferia colonial. El camuflaje ideológico de tal política sirvió como el concepto presentado por esta dinastía de una "nación iraní unida". Sobre su base, se llevó a cabo un curso sobre la asimilación forzada y la "persificación" de las minorías nacionales.

En los decenios de 1960 y 1970, no sólo la oposición de las propias minorías a esas políticas, sino también el conjunto de reformas, la política de industrialización y la nueva actitud conexas hacia la ubicación territorial de las instalaciones industriales y las infraestructuras creadas, así como la política de la monarquía de superar el atraso económico del país, mejoraron la situación de las minorías nacionales, atrayéndolas de una u otra manera en los procesos mencionados.

Si los cambios positivos en la existencia socioeconómica de las minorías nacionales relacionados con las circunstancias mencionadas anteriormente fueron el resultado involuntario de las transformaciones socioeconómicas que tuvieron lugar en el país y, en este sentido, no dependían de la voluntad del monarca, Mohammed Reza Pahlavi no hizo ninguna concesión en la cuestión, que dependía completamente del Sha: la concesión de la autonomía cultural y nacional. Esto determinó en gran medida la posición de las minorías nacionales durante la revolución de 1978-1979.

En algunos casos, la indecisión de la cuestión nacional fue utilizada por los opositores de las reformas socioeconómicas llevadas a cabo en el país, principalmente la agraria. Por ejemplo, una serie de discursos tribales anti-Shah que tuvieron lugar hasta mediados de los años 60 fueron provocados por la nobleza feudal, que trató de frustrar la reforma agraria. Tales fueron, en particular, las rebeliones de los kashkai y Boer-ahmedi en la primera mitad de 1963, reprimidas sin piedad por las fuerzas gubernamentales. La oposición encubierta a la reforma agraria en las zonas de estas y otras tribus continuó hasta el colapso del régimen del Shah.

La causa de la fermentación entre las minorías nacionales no fue solo la violación de los intereses de la élite tribal feudal. En las afueras de los países, había descontento por el hecho de que la política económica regional del gobierno tenía poco en cuenta sus necesidades, impidiendo el desarrollo de la iniciativa social, política y económica en el terreno.

En la segunda mitad del decenio de 1960, las políticas de descentralización del desarrollo industrial y la promoción de la construcción industrial en zonas económicamente viables comenzaron a tener un efecto cada vez mayor en los procesos nacionales. Estos cambios

fueron acompañados por una serie de actividades culturales y sociales que revitalizaron la vida social y política de las provincias, que las autoridades trataron de encauzar hacia el nacionalismo iraní. Aunque Teherán superó a la periferia en términos de desarrollo económico y cultural, en estos años hubo signos de disminución de su importancia como metrópoli, atrayendo "cerebro y capital" en detrimento de las provincias. Es muy significativo, en este sentido, la disminución en la tasa de crecimiento de la población de Teherán, que en 1956-1966 fue un promedio de 6% por año, y en 1972 se redujo a 4,3%. Varias ciudades provinciales comenzaron a superar a la capital en términos de crecimiento de la población; entre ellas se encontraban Ahvaz (5,4%), Isfahan (5,2%), Rezayeh (5,0%), Shiraz (4,7%), que se estaban convirtiendo rápidamente en grandes centros industriales. Se observaron tasas particularmente altas de industrialización y urbanización en Khuzestan, Isfahan, Fars, Azerbaiyán Oriental, Gorgan, en algunas ciudades costeras del Caspio y la costa del Golfo Pérsico. El proceso de migración de la población de la ciudad se intensificó, con el resultado de que la composición étnica de los habitantes de la capital y otros centros industriales se volvió extremadamente mixta.

En las zonas industriales, el desarrollo de las relaciones intersectoriales e intrasectoriales estuvo acompañado por la cohesión de clase de los elementos proletarios y de las diversas capas de la burguesía urbana. Sin embargo, la discordia nacional-religiosa y tribal, el particularismo local, frenaron la adaptación social de las personas de las tribus y aldeas entre la clase obrera. Este proceso se vio obstaculizado por el surgimiento de "compatriotas", la preservación de los vínculos con los parientes y aldeanos restantes en el lugar. El surgimiento de la autoconciencia de clase en las condiciones de la existencia conjunta de personas de diferentes grupos étnicos no les ocultó el sentido de pertenencia a su nacionalidad.

La lucha nacional de las minorías árabe y kurda fue influenciada significativamente por la situación en los países vecinos y las influencias ideológicas que se originaron desde allí, lo que inspiró serias preocupaciones a Teherán. Para reprimir estos movimientos, las autoridades, junto con la represión, utilizaron métodos de influencia social y maniobras políticas, haciendo algunas concesiones en cuestiones secundarias.

Una desviación de la doctrina tradicional de los círculos gobernantes del Irán, que negaba la existencia de minorías nacionales en el país, se manifestó, en particular, en el hecho de que la comunidad étnica fue reemplazada por la comunidad confesional y, en el mejor de los casos, solo se distinguieron los grupos de habla turca y árabe. Pero también aquí hubo incoherencia. Para los sunitas, en su gran mayoría representados por no persas: kurdos, Árabes,

turcomanos, Baluch, el derecho de la minoría confesional no fue reconocido, a diferencia de los cristianos (armenios y asirios), judíos y zoroastrianos.

Al mismo tiempo, el régimen del Shah ha demostrado cierta flexibilidad en la aplicación de la política nacional para evitar que se intensifiquen las tendencias centrífugas en las afueras del país. En las zonas habitadas por minorías se han previsto algunas flexibilidades en materia de política cultural para el efecto propagandístico. Así, en julio, 1974, la Prensa cubrió ampliamente la "semana del Kurdistán", y a principios de 1975, la "semana de Baluchistán". Sin embargo, esto no impidió que se mantuviera la tendencia general de gran potencia en la política nacional de los círculos gobernantes de Irán.

La discriminación cultural era generalizada. Por ejemplo, se prohibió la publicación de literatura en los idiomas de las minorías nacionales. En este sentido, muchos escritores se vieron obligados a publicar sus obras en el extranjero. "La supremacía persa en la cultura", señaló el Inglés Holliday, "jugó un papel notable y sirvió como confirmación del sistema de opresión nacional sobre el cual se construyó el estado Pahlavi". En Azerbaiyán Iraní, Baluchistán, Kurdistán y la estepa Turcomana, la población expresó su descontento con las actividades del "cuerpo de educación", que se dedicaba a la alfabetización exclusivamente en persa. Prácticamente no había escuelas nacionales para los pueblos pertenecientes a las minorías religiosas musulmanas antes mencionadas que impartieran enseñanza en su lengua materna. En su lugar, abrieron escuelas públicas con enseñanza en persa, donde los niños fueron educados como "verdaderos persas", en un espíritu de desprecio por los intereses de su pueblo.

El despertar de la identidad nacional de las minorías después de la cultura se ha extendido naturalmente a la esfera política, en particular mediante la creciente oposición a las medidas de asimilación de las autoridades. Sin embargo, en el momento de la explosión revolucionaria, la protesta espontánea de las minorías aún no había tomado la forma de un movimiento político organizado.

La formación de la identidad nacional de las minorías no ha suplantado su conciencia de la participación (en mayor o menor grado) en la comunidad psicológica de toda Irán, condicionada por la unidad de los destinos históricos, el estado unificado, la religión musulmana, las tradiciones y, finalmente, todo el complejo de la "cultura iraní", al que todos los pueblos de Irán han contribuido. Sin embargo, la existencia de ciertos elementos de comunidad nacional no debería haber oscurecido las características de la identidad étnica de las minorías iraníes, que tienen su propia historia y sus propias tradiciones culturales. Por lo tanto, los intentos paniranistas de reemplazar el concepto de "pueblo iraní" (o "pueblo de Irán"),

que tiene principalmente el significado de la comunidad estatal, por el concepto de "nación iraní", carecían de toda base.

Con un espíritu nacionalista, el programa de la "revolución blanca", que afectó a todos los aspectos de la vida pública de Irán, ni siquiera mencionó (como, de hecho, la Constitución aprobada en 1906) a las minorías nacionales. Sin embargo, todos sus puntos se reflejaron de una manera u otra en la situación nacional, aportando nuevos rasgos a las condiciones de existencia, la actividad económica y las relaciones sociales de los suburbios nacionales.

Las transformaciones sociales en los márgenes nacionales (excluyendo las áreas aisladas, ricas en recursos naturales y económicamente prometedoras) ocurrieron a un ritmo lento y en menor volumen que en la región Central con una población predominantemente persa. Gracias al fortalecimiento de su papel administrativo y político, que proporcionó una serie de ventajas derivadas de la política nacional del gobierno central, así como al desarrollo relativo de las industrias y la infraestructura social, la región Central concentró gradualmente la mayor parte de las actividades industriales y comerciales del Irán. Como resultado de ello, ha aumentado la disparidad entre el nivel de desarrollo de la región Central y el resto del país. Las transformaciones llevadas a cabo a menudo no redujeron, sino que incluso aumentaron, la disparidad en los niveles y el ritmo del desarrollo social del centro y las afueras, que fue una de las Fuentes importantes de las contradicciones nacionales en los años 60 y 70.

La realización de las transformaciones socioeconómicas en el marco de la "revolución blanca" contribuyó al fortalecimiento del proceso de consolidación nacional de los grupos étnicos principales y más importantes, en primer lugar los persas y los azerbaiyanos, y en parte los kurdos. Al mismo tiempo, las principales funciones de consolidación fueron realizadas por la ideología del nacionalismo iraní y su manifestación extrema: el paniranismo. La comunidad religiosa también desempeñó un papel importante, que en un sentido amplio incluía el concepto de estado musulmán chií, personificado en la monarquía del Sha y se opuso tanto al califato sunita como al colonialismo "cristiano".

El régimen de Shah utilizó las reformas de la "revolución blanca" para "apaciguar" a las minorías nacionales en relación con el agravamiento de las contradicciones socioeconómicas en el campo. Por lo tanto, obviamente, no es una coincidencia que la reforma agraria haya comenzado en los márgenes nacionales, donde las contradicciones agrarias han sido las causas de los discursos nacionales. Su implementación comenzó en la región de maraghe (Azerbaiyán Oriental), habitada principalmente por azerbaiyanos y kurdos. Aquí, la reforma, en particular, estaba destinada a eliminar de la memoria popular las transformaciones democráticas durante el período de existencia en 1945-1946. en Azerbaiyán y el Kurdistán, las

repúblicas autónomas sembraron profundos sentimientos antifeudales y antishah entre los azerbaiyanos y kurdos, lo que contribuyó al crecimiento de su identidad nacional.

Las medidas adoptadas por el estado para reorganizar radicalmente la situación socioeconómica de las regiones nacionales económicamente prometedoras contribuyeron a reforzar el control del gobierno en las provincias con una población predominantemente no persa, y también tuvieron por objeto distraerlo de la participación en manifestaciones antigubernamentales.

Durante las transformaciones, se logró un alto grado de integración con el centro de algunas regiones nacionales (por ejemplo, Azerbaiyán), lo que determinó las características de la posición de la minoría Azerbaiyana en la cuestión nacional en el período posterior a la revolución.

En los años previos a la revolución, el estricto control del gobierno en las afueras nacionales frenó el aumento de la protesta social de los pueblos no persas. Cuando comenzó la revolución, la población de las afueras nacionales, en primer lugar los habitantes de las ciudades, actuó en la misma línea de la lucha anti-Shah y antiimperialista del pueblo iraní, sin presentar sus propias demandas especiales. El hecho de que los movimientos nacionales en Irán no se desarrollaron durante, sino principalmente después de la revolución, se explica simplemente: las minorías nacionales creían que ganarían autonomía nacional después del derrocamiento de la monarquía.

Las minorías nacionales vincularon las esperanzas de su liberación nacional y social con la lucha de todo el pueblo iraní contra la monarquía. Es por eso que la mayoría de ellos participaron activamente en la revolución de 1978-1979. Sin embargo, el desarrollo de los acontecimientos en el período posrevolucionario derrocó estas esperanzas. Las minorías nacionales tuvieron que involucrarse en un grave conflicto político y militar con el régimen islámico.

1.2. Evolución y proceso de la revolución Iraní

La revolución iraní de 1979 fue un proceso complejo y de múltiples capas que involucró muchos factores sociales, políticos y económicos que llevaron al derrocamiento de la monarquía y al establecimiento de la República islámica. Un papel importante en la comprensión de los acontecimientos revolucionarios es el análisis de su desarrollo gradual, comenzando con las primeras protestas y terminando con el resultado final de la revolución.

El Inicio de las protestas se remonta a principios de la década de 1970, cuando el descontento de la población iraní comenzó a manifestarse en manifestaciones masivas y protestas. Si bien los cambios sociales significativos, como la modernización económica y la occidentalización cultural del Shah Mohammed reza Pahlavi, estaban destinados externamente a fortalecer el país, irritaron a muchos grupos sociales. Las reformas de la "revolución Blanca" emprendidas por el Shah en 1963, especialmente la transformación agraria y el empoderamiento de la mujer, encontraron una fuerte resistencia por parte del clero y parte de la población tradicional, que percibió estas medidas como una amenaza para los valores islámicos y las normas sociales arraigadas. A mediados de la década de 1970, la inestabilidad económica, exacerbada por la corrupción, el aumento de la brecha entre ricos y pobres y la supresión de las libertades políticas, llevó a un aumento del descontento masivo. Este descontento no se limitó solo a los conservadores islámicos; los nacionalistas seculares, los movimientos de izquierda y los liberales también participaron en las protestas. A fines de la década de 1970, la acumulación de descontento social, económico y político, junto con la incapacidad de satisfacer las demandas del pueblo, creó un entorno inestable listo para la revolución.

Sin embargo, las semillas de la revolución se sembraron durante la revolución constitucional iraní (1906-1911), un levantamiento significativo contra la monarquía represiva cuyo objetivo era establecer un gobierno constitucional. Este movimiento activó a varios sectores de la sociedad, incluidos intelectuales, comerciantes y clérigos, que buscaban una mayor representación política y reformas para combatir la insolvencia financiera y la explotación extranjera. El deseo de una figura política fuerte para restablecer el orden y abordar estos problemas se hizo evidente a medida que el constitucionalismo parlamentario se esforzaba por cumplir con las expectativas públicas. Esta revolución fue la primera de su tipo en el mundo islámico y se caracterizó por varias etapas, incluidas las primeras protestas públicas y la convocatoria del primer Majlis (Parlamento) en 1906. Después de un intenso debate sobre la Constitución, un golpe de estado en 1908 interrumpió este proceso, lo que llevó a un período de radicalización y lucha Armada. Esto fue seguido por una etapa de restauración del régimen constitucional, que finalmente fue impugnada por un ultimátum conjunto de las grandes potencias que terminó con la disolución del segundo Majlis en 1911.

Los intelectuales seculares orientados hacia el oeste desempeñaron un papel crucial durante este período, introduciendo conceptos políticos modernos y abogando por el gobierno constitucional. Muchas de estas personas se educaron en el extranjero y regresaron a Irán con ideas que diferían drásticamente de las opiniones tradicionales. Desempeñaron un papel clave

en la mediación entre el gobierno y los grupos revolucionarios, formando así una nueva identidad nacional que aceptaba cada vez más la modernidad, al tiempo que criticaba el status Quo.

Avancemos a fines de la década de 1970, cuando la agitación económica y el descontento político se generalizaron en Irán. El gobierno ha luchado para adaptar sus políticas a las crecientes necesidades de la población, agravadas por las altas tasas de inflación y la difícil situación económica.

Las protestas estallaron cuando la clase trabajadora se unió a ellas y se intensificaron significativamente en el verano de 1978, durante el mes sagrado musulmán de Ramadán. La ola de descontento se intensificó después de las protestas del día de Muharram, cuando más de dos millones de manifestantes salieron a las calles, reflejando la oposición generalizada al régimen del Sha.

La inestabilidad económica alimentó aún más el fervor revolucionario. El uso irracional de los recursos, la inflación y la influencia de las instituciones financieras extranjeras han llevado a dificultades masivas entre la población. Estos problemas socioeconómicos se vieron agravados por la creciente alienación política experimentada por los ciudadanos comunes, lo que llevó a un sentido de urgencia de reformas y un replanteamiento radical del panorama político de Irán.

Un evento clave que marcó un fuerte aumento del sentimiento de protesta fue la represión de las manifestaciones en enero de 1978, cuando las autoridades reprimieron brutalmente los discursos de los estudiantes en la ciudad de Qom. Este fue un punto de no retorno: las protestas comenzaron a ganar rápidamente un carácter masivo, extendiéndose a varios sectores de la sociedad y regiones del país. Al mismo tiempo, el líder espiritual del ayatolá Ruhollah Jomeini, que estaba en el exilio, comenzó a desempeñar un papel cada vez más importante en la coordinación y dirección ideológica de las protestas, pidiendo el derrocamiento del régimen del Shah y el establecimiento de una República islámica. Los eventos del 8 de septiembre de 1978, denominados "viernes Negro", cuando los militares abrieron fuego contra los manifestantes en Teherán, intensificaron el sentimiento antimonárquico y aceleraron la caída del régimen. Este trágico evento se convirtió en un símbolo de la represión del poder y finalmente socavó la confianza en el Shah, lo que provocó una ola de huelgas y manifestaciones en todo el país.

A fines de 1978, el país se encontraba en un estado de huelgas constantes, manifestaciones masivas y una parálisis total del poder del estado. El Sha se vio obligado a abandonar el país en enero de 1979, lo que marcó la victoria final de las fuerzas revolucionarias.

En febrero de ese año, los revolucionarios se apoderaron de infraestructuras clave y anunciaron el establecimiento de un nuevo gobierno liderado por Jomeini, que había regresado del exilio y había recibido un enorme apoyo popular. Por lo tanto, la revolución Iraní pasó por varias etapas clave, desde las protestas iniciales hasta el derrocamiento final del Sha y el establecimiento del régimen islámico.

Cabe señalar que varios grupos sociales, políticos y religiosos desempeñaron un papel importante en el desarrollo y el curso de la revolución Iraní de 1979, cada uno de los cuales contribuyó significativamente al derrocamiento del régimen monárquico y al establecimiento de la República islámica. Una de las fuerzas clave que determinaron la naturaleza y el éxito de la revolución fueron los líderes religiosos y las organizaciones que no solo ofrecieron una ideología alternativa, sino que también tuvieron una influencia significativa en la conciencia de las masas.

El papel de los líderes religiosos, especialmente el ayatolá Ruhollah Jomeini, resultó decisivo. Representaban un símbolo de la lucha contra el régimen de Shah Mohammed Reza Pahlavi, a quien acusaban de depender de Occidente, reprimir los valores islámicos y la injusticia económica. Jomeini utilizó activamente la retórica religiosa para movilizar a la población, argumentando que el régimen del Shah contradecía los principios básicos del Islam. Las organizaciones formadas en torno a los líderes religiosos, como las mezquitas y las asociaciones islámicas, se han convertido en plataformas para el debate social y político, reuniendo a sectores dispares de la sociedad en un solo movimiento.

Paralelamente a los líderes religiosos, los movimientos políticos de oposición, que representaban diferentes tendencias ideológicas, llevaron a cabo actividades activas. Un factor importante fue la presencia de la oposición laica, incluidos partidos y movimientos de izquierda como el frente nacional y el partido popular (Tudeh), así como varios grupos nacionalistas. Estos movimientos expresaron su descontento con la represión política, la desigualdad económica y la supresión de las libertades civiles, buscando una sociedad más justa y Democrática. Un elemento importante de sus actividades fueron los movimientos estudiantiles, que desempeñaron un papel principal en la organización de protestas y mítines, creando presión sobre el régimen.

A pesar de las diferencias ideológicas, las fuerzas de oposición religiosas y seculares encontraron puntos en común al unirse contra un enemigo común: el régimen del Shah. Cada uno de los grupos actuó como parte de su estrategia, pero su objetivo común, el derrocamiento de la monarquía, creó las condiciones para la sinergia de sus esfuerzos. Dicha alianza permitió unir a amplios sectores de la población, incluidas las masas obreras y campesinas, los

intelectuales y los empresarios, lo que se convirtió en un factor importante en el éxito de la revolución.

La revolución iraní también estuvo marcada por una serie de eventos y circunstancias únicas que la distinguieron de otras rebeliones históricas. A diferencia de muchas revoluciones, que generalmente son causadas por causas obvias, como una derrota militar o graves crisis económicas, la revolución iraní surgió inesperadamente y el régimen de Shah Mohammad Reza Pahlavi parecía estable hasta que repentinamente se enfrentó a disturbios masivos.

Prestando atención a las condiciones sociales y económicas, observamos que a fines de la década de 1970, Irán enfrentó una inflación significativa causada por la afluencia de petrodólares a la economía. Este auge económico llevó a un aumento en los alquileres y el costo de vida, lo que redujo el poder adquisitivo de los trabajadores, lo que provocó el descontento de la población. Los intentos del Shah de modernizar la economía a menudo se dirigían a las clases tradicionales de comerciantes, en particular a los bazares, que durante mucho tiempo han sido una fuerza formidable en la sociedad iraní. Sus esfuerzos por socavar su influencia económica llevaron a un descontento masivo y movilización contra el régimen.

Además, vale la pena señalar que durante este período hubo agitación política, varios grupos lucharon por el poder y la influencia. El fervor revolucionario fue alimentado en parte por una coalición diversa que incluía comerciantes, intelectuales y clérigos que encontraron un terreno común en su oposición al gobierno autocrático del Shah. La participación de los revolucionarios caucásicos transformó aún más la resistencia política en una lucha revolucionaria más organizada, destacando el carácter diverso de la oposición.

Una de las características más llamativas de la revolución iraní fue la ausencia de factores revolucionarios tradicionales, como una derrota militar o graves recesiones económicas. En cambio, la revolución evolucionó como un movimiento "imposible" que rápidamente se convirtió en "inevitable", sorprendiendo a los observadores de todo el mundo. El panorama político también se caracterizó por un discurso activo y un cierto grado de libertad de Prensa, incluso bajo un régimen semiautoritario, lo que sugiere una dinámica compleja entre el control estatal y la disidencia pública.

La revolución también estuvo marcada por un cambio en las alianzas entre varias facciones políticas, que a menudo se subdividían en categorías amplias, como "partidarios de los principios" y "reformistas". Sin embargo, algunos analistas abogan por una comprensión más detallada de estas facciones, argumentando que en realidad hay cuatro grupos diferentes en el panorama político de Irán, cada uno con sus propios planes y objetivos.

La combinación de estos elementos sentó las bases para una revolución que no solo transformará a Irán, sino que también resonará en todo el mundo, afectando la dinámica de poder y gobierno en la región.

Las consecuencias de la revolución iraní llevaron a cambios significativos en la vida política del país. Inicialmente, la revolución tenía como objetivo establecer bases democráticas, pero finalmente condujo a la consolidación del poder dentro de un régimen que mantenía el control a través de mecanismos que se asemejaban a la monarquía anterior.

El Consejo de Guardianes y el líder Supremo ahora gobiernan la mayoría de los aspectos de la política iraní, perpetuando una sensación de estancamiento político similar a la observada bajo el Shah. La esfera política actual se caracteriza por complejas contradicciones, y las protestas públicas que piden el fin de la República islámica se hacen eco de las demandas de generaciones anteriores contra el gobierno monárquico.

El papel de los movimientos sociales, en particular el movimiento por los derechos de las mujeres, es cada vez más importante en el discurso político del Irán posrevolucionario. Desde la formación de la República islámica, las mujeres se han enfrentado a reglas estrictas, incluidas las leyes sobre el uso obligatorio del hijab. Las protestas en curso han marcado a las mujeres como las principales movilizadoras, impulsadas por la pérdida sustancial de derechos que enfrentan 1979. El movimiento, plasmado en el lema "mujeres, vida, libertad", no solo destacó la lucha por la igualdad de género, sino que también sirvió como catalizador para demandas más amplias de cambio político y social.

En términos económicos, la revolución ha dado resultados mixtos. Mientras que la República islámica, a pesar del acceso inicialmente mejorado de la clase trabajadora a los servicios básicos, la pobreza sigue siendo un problema grave, agravado por la creciente brecha entre ricos y pobres. Muchos ciudadanos han expresado su decepción por la incapacidad del gobierno para utilizar los vastos recursos naturales de Irán para mejorar el nivel de vida, lo que lleva a expectativas exageradas en comparación con la realidad. La insatisfacción con las condiciones económicas alimenta la agitación social y las demandas de reformas sistémicas.

El sistema político iraní muestra tendencias anti-institucionales persistentes que complican los procesos de gobernanza y toma de decisiones. A pesar del aumento en el número de nuevas instituciones políticas, estas estructuras a menudo sirven solo para legitimar las decisiones predeterminadas del régimen, en lugar de promover un gobierno verdaderamente democrático .

Esta inestabilidad institucional, junto con la falta de claridad ideológica entre las facciones políticas, plantea preguntas sobre la dirección futura de la política iraní y la sostenibilidad de su liderazgo actual.

La revolución iraní de 1979 condujo no solo al derrocamiento del régimen de Pahlavi, sino también a cambios profundos dentro de Irán y en el panorama geopolítico de Medio Oriente. La revolución, caracterizada por una coalición de varios grupos liderados por clérigos musulmanes chiítas, en particular el Ayatolá Ruholla Jomeini, fue causada por varios factores, incluido el descontento generalizado con los programas de modernización y occidentalización del Shah, en particular las reformas iniciadas durante la revolución Blanca de 1963, que tenían como objetivo reducir la influencia de las estructuras de poder tradicionales en el país de Irán.

Después de la revolución, la nueva República islámica se enfrentó a la gran tarea de reestructurar los sistemas político, social y económico de Irán. El régimen introdujo un marco ideológico extraordinario, que se centró en el gobierno islámico, tuvo un impacto significativo en los derechos y el papel de las diferentes clases sociales, especialmente las mujeres, cuyos derechos de voto bajo el Shah fueron abolidos. Además, la revolución aumentó el faccionalismo en la sociedad iraní, ya que las Divisiones entre las diferentes facciones políticas se hicieron evidentes, lo que a menudo condujo a enfrentamientos violentos y purgas en la esfera política.

La revolución tuvo consecuencias inmediatas y de gran alcance para las relaciones de Irán con las potencias occidentales, especialmente con los Estados Unidos, con quienes Irán mantuvo una estrecha alianza durante más de tres décadas. El drástico cambio de poder no solo cambió la política de los Estados Unidos en la región, sino que también contribuyó a aumentar las tensiones entre los Estados Unidos e Irán, que culminaron en eventos como la toma de rehenes en la Embajada de los Estados Unidos en 1979.

La transformación también influyó en la dinámica regional, ya que los países con sociedades religiosas divididas se convirtieron en un campo de batalla de influencia entre Irán y sus rivales regionales, en particular Arabia Saudita [10].

El descontento histórico causado por la intervención extranjera, especialmente de los Estados Unidos y el Reino Unido a principios y mediados del siglo XX, continúa afectando la percepción de Irán de las relaciones internacionales. Los líderes iraníes argumentan que eliminar este legado es crucial para mejorar las relaciones con Occidente [14]. Por lo tanto, el legado de la revolución inculcó en el discurso político iraní una profunda comprensión del contexto histórico, lo que influyó en sus perspectivas estratégicas y en las relaciones controvertidas en curso con los Estados Unidos.

La revolución iraní de 1979 tuvo un impacto significativo en el entorno político internacional, que se refleja en la reacción de los actores mundiales clave, como los países occidentales y la Unión Soviética. Los acontecimientos en Irán tuvieron lugar en el contexto de la guerra fría, y la posición del país en este contexto fue de importancia estratégica tanto para los Estados Unidos y sus aliados como para la URSS. Antes de la revolución, Irán desempeñó el papel de un importante aliado de Occidente, especialmente los Estados Unidos, que apoyaron al régimen de Shah Mohammed reza Pahlavi como un socio clave en la región que contribuye a contener la influencia Soviética en el medio Oriente. Estados Unidos no solo proporcionó asistencia económica y militar significativa al régimen del Shah, sino que también vio a Irán como un bastión contra la expansión Comunista.

Los acontecimientos revolucionarios en Irán causaron preocupación en los círculos occidentales. El derrocamiento del Sha y la llegada al poder del régimen islámico antioccidental liderado por el ayatolá Jomeini interrumpieron los planes de los Estados Unidos y sus aliados en la región. La administración estadounidense inicialmente intentó evitar la revolución, pero más tarde sus esfuerzos se centraron en minimizar las consecuencias y proteger sus intereses en la región. Sin embargo, la captura de la Embajada estadounidense en Teherán y la posterior crisis diplomática llevaron a un deterioro significativo de las relaciones entre Estados Unidos e Irán, lo que agravó la situación ya de por sí inestable.

Por otro lado, la Unión Soviética vio la revolución como una oportunidad para debilitar la influencia occidental en la región, pero el enfoque de la URSS para los cambios revolucionarios en Irán fue ambivalente. Por un lado, la Unión Soviética estaba interesada en reducir la presencia estadounidense en Irán y apoyó cualquier retórica antioccidental proveniente del nuevo liderazgo iraní. Por otro lado, las diferencias ideológicas entre el movimiento revolucionario islámico y la doctrina marxista-leninista causaron temores entre los líderes soviéticos. Para la URSS, la perspectiva de extender el radicalismo islámico a sus regiones musulmanas también era una amenaza. Por lo tanto, Moscú se mantuvo cauteloso en su enfoque del nuevo régimen iraní, buscando evitar la confrontación, pero al mismo tiempo fortalecer su influencia en la región a través del apoyo de una serie de movimientos Pro-comunistas.

La revolución iraní también tuvo un impacto significativo en la política regional y global. A escala regional, la revolución ha cambiado el equilibrio de poder en el medio Oriente. El surgimiento de la República islámica de Irán, dirigida por los ayatolás, desafió a las monarquías vecinas del Golfo Pérsico, que temían la propagación del sentimiento revolucionario. En particular, Arabia Saudita y otros Estados sunitas han intensificado sus

medidas represivas internas para evitar tales manifestaciones en su territorio. Además, la revolución iraní fue un catalizador para el despertar chií en otros países de la región, como Líbano e Irak, lo que exacerbó los conflictos interreligiosos.

A nivel mundial, la revolución intensificó la dinámica de la confrontación entre Oriente y Occidente, complicando la alineación geopolítica y haciendo del medio Oriente un teatro aún más importante de la política internacional. Los acontecimientos en Irán han provocado una reevaluación por parte de los países occidentales de su política en el medio Oriente y han llevado a una mayor atención a la región, especialmente a garantizar la estabilidad del suministro de petróleo. Al mismo tiempo, Irán comenzó a promover activamente las ideas de la revolución islámica más allá de sus fronteras, lo que aumentó las tensiones con varios países occidentales y Árabes. Por lo tanto, la revolución Iraní no solo cambió el panorama político interno del país, sino que también influyó en los procesos internacionales, incluido el cambio en el equilibrio de poder en el medio Oriente y la exacerbación de las contradicciones geopolíticas globales.

El capítulo sobre el desarrollo y el curso de la revolución iraní permite comprender más profundamente las causas y consecuencias de este evento histórico, así como su impacto multifacético tanto en los procesos internos Del país como en la arena política internacional. Las etapas examinadas de la revolución demuestran que su desarrollo fue el resultado de la acumulación de años de descontento por parte de varios sectores de la sociedad iraní, desde trabajadores y estudiantes hasta intelectuales y clérigos. Las protestas, que comenzaron exigiendo reformas sociales y económicas, se convirtieron en un movimiento político a gran escala que unió a varias fuerzas de oposición contra el régimen del Shah. Los puntos de inflexión clave, como el Viernes negro, las huelgas masivas y el regreso del ayatolá Jomeini a Irán, jugaron un papel crucial en la movilización de la población y la radicalización del sentimiento, lo que llevó al derrocamiento definitivo de la monarquía.

Varios grupos sociales y políticos desempeñaron un papel importante en el éxito de la revolución. Los líderes religiosos y las organizaciones, en particular el ayatolá Jomeini, se convirtieron en figuras clave que contribuyeron a la consolidación de las fuerzas antigubernamentales. Su capacidad para movilizar a amplios sectores de la sociedad, basándose en los valores y tradiciones islámicas, permitió que la revolución adquiriera un carácter no solo político, sino también religioso. Sin embargo, la contribución de los movimientos políticos de oposición, tanto laicos como de izquierda, fue igualmente significativa. Estos grupos participaron activamente en la organización de protestas y huelgas, contribuyeron a la difusión

de ideas revolucionarias y, por lo tanto, crearon las condiciones para la transformación política de Irán.

El impacto internacional en la revolución Iraní también tuvo un impacto significativo en su resultado y los eventos posteriores. La reacción de Occidente, en primer lugar de los Estados Unidos, demostró la dependencia del régimen del Shah del apoyo externo y su incapacidad para mantener el poder en medio de una creciente crisis interna. Por otro lado, la Unión Soviética, aunque acogió con beneplácito el debilitamiento de la influencia estadounidense en la región, se mostró cautelosa debido a las amenazas potenciales asociadas con la propagación del radicalismo islámico. Las consecuencias regionales de la revolución también fueron significativas: su resultado llevó a una reestructuración del equilibrio de poder en el medio Oriente, el fortalecimiento de los movimientos chiítas y la radicalización de las sociedades islámicas.

Por lo tanto, la revolución Iraní fue un proceso complejo y multicapa en el que se entrelazaron factores internos y externos. Su éxito fue posible gracias a la participación de diversos grupos sociales, religiosos y políticos, así como a los cambios en el entorno geopolítico. El derrocamiento del Shah y la creación de la República islámica de Irán no solo cambiaron el sistema político interno del país, sino que también tuvieron un impacto a largo plazo en la política regional y mundial, reformateando alianzas estratégicas clave y provocando nuevas formas de confrontación, tanto a nivel estatal como dentro de las sociedades.

CAPÍTULO 2. EVALUACIÓN DE LA APLICABILIDAD DEL MODELO DEMOCRÁTICO OCCIDENTAL EN EL CONTEXTO DE IRÁN Y OTROS PAÍSES

2.1. El modelo de democracia occidental y su aplicación en varios países

El modelo occidental de democracia es un conjunto de instituciones políticas y jurídicas, ideas y procesos destinados a garantizar el poder popular, la protección de los derechos humanos y el estado de derecho. Sus principios fundamentales se desarrollaron a lo largo de los siglos, comenzando con la antigua Grecia y Roma, continuando con la era de la Ilustración, y encontraron su expresión completa en los sistemas políticos de los países de Europa occidental y América del Norte. Los componentes básicos de la democracia occidental son las instituciones democráticas, los procesos, los derechos humanos y el estado de derecho.

Un elemento central de la democracia occidental es la existencia de instituciones democráticas que garanticen la participación de los ciudadanos en el proceso político. Las más importantes de estas instituciones son las autoridades representativas, como los parlamentos, donde los representantes elegidos por el pueblo aprueban leyes y supervisan las actividades del poder ejecutivo. El sufragio igual es la piedra angular del proceso democrático, que garantiza la participación de todos los ciudadanos en la vida política a través de las elecciones. El principio de la separación de poderes es otro elemento esencial de la democracia occidental, en la que los poderes legislativo, ejecutivo y judicial funcionan de manera independiente, lo que evita la concentración del poder en un solo órgano o persona y garantiza un sistema de controles y equilibrios.

Además, en el sistema democrático occidental se presta especial atención a la existencia de una Prensa libre y medios de comunicación independientes. Estas instituciones desempeñan un papel clave en la transparencia del proceso político, la información de los ciudadanos y la función de control público de las acciones del estado. La sociedad civil y las organizaciones no gubernamentales (ONG) también son importantes para promover la participación de los ciudadanos en la gobernanza y promover el interés público mediante diversas formas de autoorganización y activismo.

Además de las instituciones, la democracia occidental se basa en el respeto de los derechos humanos consagrados en los instrumentos jurídicos internacionales y nacionales. Un elemento importante es la inalienabilidad y universalidad de los derechos humanos, lo que supone la igualdad de derechos y libertades para todos los ciudadanos, independientemente de su origen, sexo, raza, religión o condición social. Los derechos fundamentales, como la libertad

de expresión, la libertad de reunión, la libertad de religión y el derecho a un juicio justo, se consideran esenciales para el pleno funcionamiento de una sociedad Democrática. La protección de los derechos humanos es una tarea integral del estado, y su violación puede llevar a una crisis de legitimidad del sistema político. Los instrumentos más importantes que garantizan los derechos humanos son la declaración universal de derechos humanos, el Convenio europeo de derechos humanos y las constituciones nacionales de los países occidentales.

El modelo occidental de democracia también se centra en el estado de derecho, que es la base del estado de derecho. Este principio significa que las leyes tienen un poder superior y que todos los miembros de la sociedad, incluido el gobierno, están obligados a obedecerlas. El estado de derecho garantiza la previsibilidad y la estabilidad de las normas jurídicas, lo que garantiza la aplicación justa y equitativa de las leyes a todos los ciudadanos. Un elemento importante es un poder judicial independiente, que debe garantizar la protección de los derechos de los ciudadanos y actuar como árbitro en los conflictos entre el estado y sus ciudadanos. La independencia de los tribunales es un requisito previo para el respeto de los derechos humanos y la garantía de la justicia en la sociedad.

Por lo tanto, los principios básicos de la democracia occidental se basan en la idea del poder popular, respaldado por el funcionamiento de las instituciones democráticas, la protección de los derechos humanos y el respeto del estado de derecho. Estos elementos se combinan para garantizar la estabilidad y legitimidad del sistema político, promover la participación ciudadana en la gobernanza y servir de base para el desarrollo del estado de derecho. Sin embargo, la aplicación efectiva de estos principios en diferentes países puede depender de múltiples factores, como la experiencia histórica, las tradiciones culturales y religiosas, el desarrollo económico y el nivel de madurez política de la sociedad, lo que hace que la implementación del modelo occidental de democracia en otros contextos sea un desafío complejo y multidimensional.

El modelo occidental de democracia, que a menudo se caracteriza por sus raíces en la filosofía política liberal y el gobierno representativo, enfatiza los derechos civiles, las libertades individuales y el estado de derecho.

Surgido principalmente de los ideales de la Ilustración y la práctica histórica en Europa y América del Norte, este modelo ha dado forma a la gobernanza Democrática en todo el mundo. En particular, se distingue por principios como el sufragio universal, el pluralismo y el compromiso con los derechos humanos, que se combinan para crear un marco para la participación política y la rendición de cuentas.

Sin embargo, la aplicación del modelo occidental enfrenta serios desafíos y controversias, especialmente cuando se adapta a condiciones no occidentales. Si bien algunos países han integrado con éxito estos principios democráticos, muchos otros luchan contra problemas como la corrupción, el nepotismo y la exclusión social, lo que lleva a críticas sobre la aplicabilidad universal del modelo. Los críticos argumentan que los factores culturales locales a menudo impiden la implementación efectiva de los ideales democráticos occidentales, lo que genera controversia sobre la legitimidad y la idoneidad de imponer tales Marcos a diferentes sociedades.

Además, el aumento del populismo y los regímenes autoritarios, así como las complejidades de la gobernanza digital, han creado nuevas amenazas a la integridad de la democracia occidental. A medida que aumenta el descontento público con las instituciones democráticas, surgen preguntas sobre la capacidad del modelo para evolucionar y adaptarse a los desafíos emergentes, incluida la desinformación, la manipulación de los medios y la falta de compromiso cívico. Este panorama cambiante requiere un examen crítico de cómo los principios democráticos occidentales pueden conservarse y transformarse para adaptarse mejor a las necesidades de diferentes contextos culturales y políticos en todo el mundo.

El desarrollo de la democracia en el mundo occidental ha sido profundamente influenciado por los acontecimientos históricos y el desarrollo cultural. Atenas es a menudo considerado por los estudiosos occidentales como el lugar de nacimiento de la democracia, y el término en sí se deriva de las palabras griegas *dêmos* (que significa "pueblo") y *Kratos* (que significa "poder"). Este período fundamental inspiró innumerables obras dedicadas a los principios democráticos, entre las que destacan las obras de Platón y Aristóteles.

La trayectoria del gobierno democrático estuvo marcada por hitos importantes, como la carta de derechos inglesa de 1689, que estableció la supremacía del Parlamento sobre la corona.

Este documento crucial no solo preveía reuniones regulares del Parlamento y elecciones libres, sino que también consagraba los derechos humanos básicos, incluida la prohibición de castigos crueles e inusuales.

Después de la primera guerra mundial, la democracia en Europa obtuvo una victoria temporal, manteniendo los sistemas democráticos en países como Francia e introduciéndolos en otros como Alemania, aunque brevemente. Del mismo modo, Finlandia ya había introducido el sufragio universal y la representación proporcional en 1906, sentando un precedente de gobierno democrático. Sin embargo, la agitación económica de la década de 1930 causada por

la gran depresión contribuyó al surgimiento de regímenes autoritarios en Europa y América Latina, destacando la fragilidad de las instituciones democráticas durante la crisis.

En Asia, Japón experimentó un cambio hacia la democracia durante el período Taishima en la década de 1920, pero volvió al gobierno militar antes y durante la Segunda guerra mundial. Las reformas de la posguerra llevaron a la aprobación de una nueva Constitución, dando Inicio a un sistema democrático que se desarrolló con el tiempo.

Además, el final del gobierno colonial después de la segunda guerra mundial contribuyó a la difusión de los ideales democráticos en todo el mundo, especialmente a medida que las potencias coloniales se debilitaban. En 1946, los Estados Unidos concedieron la independencia a Filipinas, que adoptó el sistema político democrático como una República presidencial.

La democracia occidental se basa principalmente en los principios del pluralismo, el estado de derecho y la protección de los derechos individuales. Destaca la importancia de una sociedad civil que se compromete a defender los derechos humanos inalienables y se adhiere a las leyes escritas y no escritas, incluidas las que están enraizadas en las tradiciones filosóficas de los antiguos griegos y los pensadores de la Ilustración. Esas leyes constituyen la base de la gobernanza Democrática y protegen los derechos humanos contra la arbitrariedad de las autoridades.

Un aspecto fundamental de la democracia occidental es el sufragio universal, que otorga a todos los ciudadanos mayores de edad el derecho a votar en las elecciones parlamentarias. Esto incluye el derecho a participar en referendos o plebiscitos, lo que permite a los ciudadanos expresar sus opiniones directamente sobre temas críticos que afectan sus vidas.

Los ciudadanos de las democracias occidentales están dotados de una amplia gama de derechos humanos que facilitan su participación en el gobierno. Estos derechos incluyen la libertad de pensamiento, expresión y reunión pacífica, así como la protección de las minorías y la oposición política. La independencia de los medios de comunicación de la censura y el control estatal es también una característica crucial que permite un discurso público informado.

Las democracias occidentales fomentan el pluralismo que permite la competencia entre diferentes intereses y objetivos políticos. Las personas y los grupos tienen derecho a formar partidos, grupos de interés y organizaciones no gubernamentales o a afiliarse a ellos para defender sus intereses. Tal competencia es necesaria para representar una amplia gama de puntos de vista y garantizar que el poder no se concentre en manos de unos pocos.

Al definir los derechos en el marco de la democracia occidental, tradicionalmente se ha dado prioridad a la autonomía individual. Sin embargo, cada vez se reconoce más que los derechos también deben empoderar a las comunidades y hacer frente a los desafíos colectivos.

Los puntos de vista no occidentales refutan la idea de que los derechos individuales deben considerarse de forma aislada, abogando por un enfoque equilibrado que promueva tanto la libertad individual como la cohesión social.

A pesar de sus principios fundamentales, la democracia occidental se enfrenta a críticas, especialmente en lo que respecta a la conformidad de sus prácticas con los valores profesados. Los ejemplos históricos de racismo, colonialismo e imperialismo ponen en tela de juicio la credibilidad de Occidente en la defensa de la democracia en todo el mundo. Además, el surgimiento de modelos de democracia no occidentales indica un reconocimiento cada vez mayor de que el gobierno democrático puede tomar muchas formas, lo que provoca discusiones sobre la legitimidad y adaptabilidad de los ideales democráticos occidentales en diferentes contextos culturales. [24].

Una de las características definitorias del modelo democrático occidental es el énfasis en la transparencia y la seguridad de los procesos de votación. Se han propuesto innovaciones como la tecnología blockchain para mejorar la integridad de las elecciones. En Gyeonggi, Corea del sur, se implementó un sistema de votación basado en blockchain que permite tokenizar los derechos de voto a través de una infraestructura de clave pública (PKI), asegurando la confidencialidad y el registro preciso de los votos. Este sistema no solo garantiza el secreto del voto, sino que también tiene como objetivo aumentar la participación de los votantes, haciendo que el proceso de votación sea más accesible y confiable.

Las democracias modernas dependen cada vez más de sistemas digitales seguros para facilitar las funciones parlamentarias. Por ejemplo, la creación de infraestructuras digitales interconectadas en las cámaras legislativas permite a los miembros del Parlamento (MP) registrar la presencia, acceder a documentos, votar electrónicamente y transmitir reuniones en vivo. Tales sistemas promueven la transparencia y la participación ciudadana, lo que en última instancia fortalece la gobernanza Democrática.

La digitalización de la información parlamentaria, como protocolos y documentos legislativos, es otra característica importante. Al hacer que esta información sea fácilmente accesible para los miembros del Parlamento y los ciudadanos a través de portales convenientes, las democracias pueden promover decisiones informadas y fomentar la confianza pública en los procesos gubernamentales.

El modelo occidental de democracia también prioriza el activismo cívico y la participación. Reconoce la importancia de diversas instituciones, como los medios de comunicación, los partidos políticos y los grupos de interés, que actúan como mediadores entre el gobierno y los ciudadanos. Estas instituciones ayudan a difundir información y facilitan el

discurso político al permitir que los ciudadanos tomen decisiones políticas más informadas utilizando "abreviaturas cognitivas" cuando sea necesario.

Los sistemas electorales democráticos son diferentes, entre ellos destacan la representación proporcional y el voto pluralista. En los sistemas de votación múltiple, los escaños se otorgan sobre la base de la mayoría regional, mientras que en los sistemas proporcionales, los escaños se asignan de acuerdo con el porcentaje de votos obtenidos en todo el país o en regiones específicas. Esta diversidad de sistemas electorales refleja la capacidad del modelo occidental para adaptarse a diferentes entornos y desafíos políticos. [26].

A pesar de sus ventajas, el modelo occidental enfrenta serios desafíos, incluida la disminución de la participación electoral y las preocupaciones sobre la integridad de los medios como Institución Democrática. Problemas como la concentración de los medios de comunicación y la desinformación pueden distorsionar la percepción pública y socavar los procesos democráticos. Los críticos argumentan que las conexiones de los medios corporativos con personas influyentes pueden limitar el espectro de opiniones presentadas al público, lo que subraya la necesidad de reformas continuas para proteger los valores democráticos.

El modelo occidental de democracia, basado en los principios del poder popular, los derechos humanos y el estado de derecho, se considera una forma universal de organización política en el pensamiento político occidental. Sin embargo, su aplicación exitosa no siempre es posible en países con condiciones culturales, históricas y socioeconómicas diferentes. En varios Estados, la aplicación del modelo occidental se enfrenta a graves dificultades o resulta imposible debido a las profundas diferencias en las tradiciones políticas, el nivel de desarrollo económico y las características socioculturales. El análisis de estas razones ayuda a comprender por qué no todos los países pueden adaptar las normas e instituciones democráticas occidentales.

Una de las razones clave de la incompatibilidad del modelo de democracia occidental con varios países son las características culturales e históricas. La historia del desarrollo político de las democracias occidentales está estrechamente relacionada con el largo proceso de evolución de las instituciones democráticas, desde la antigüedad, a través de las revoluciones europeas y la Ilustración, hasta la formación de los Estados jurídicos modernos. Estos procesos fueron acompañados por cambios en la conciencia pública, la secularización, la formación de instituciones civiles y la conciencia legal. En países con tradiciones culturales y antecedentes históricos diferentes, especialmente aquellos dominados por identidades religiosas y étnicas, el modelo occidental de democracia a menudo se enfrenta a la resistencia o la incomprensión.

En países con fuertes tradiciones de poder religioso o donde los valores culturales se basan en estructuras comunitarias, patriarcales o autoritarias, las normas democráticas pueden parecer extrañas. Por ejemplo, en los Estados islámicos, donde la Sharia y los líderes religiosos desempeñan un papel importante en la vida política, los principios del estado secular característico de la democracia occidental a menudo se consideran una amenaza para la identidad cultural y religiosa. En Irán, después de la revolución de 1979, los principios religiosos de la Sharia y el poder del clero entraron en conflicto directo con las normas democráticas occidentales, lo que hizo imposible su adaptación. Una situación similar se observa en otros países del medio Oriente, donde la importancia de los valores religiosos y tradicionales es mayor que el apoyo a las instituciones democráticas liberales.

Las condiciones socioeconómicas también juegan un papel importante en la explicación de por qué el modelo occidental de democracia no siempre se arraiga en diferentes países. El alto nivel de desarrollo económico, la igualdad social y la sociedad civil desarrollada que caracterizan a las democracias occidentales contribuyen a la sostenibilidad de las instituciones democráticas. Por el contrario, en los países con bajos niveles de desarrollo económico, donde predomina la pobreza, los altos niveles de corrupción y la debilidad del estado de derecho, los procesos democráticos a menudo se enfrentan a graves desafíos. En esos países, la inestabilidad política, la desigualdad social y la dependencia económica crean condiciones en las que la democracia puede verse fácilmente socavada por fuerzas externas e internas.

Las economías subdesarrolladas a menudo conducen a la formación de regímenes autoritarios que utilizan el control de los recursos para suprimir la oposición política y fortalecer su poder. En condiciones de desigualdad social aguda y bajo nivel de educación, la población puede carecer de conocimientos o recursos suficientes para participar en los procesos políticos, lo que hace que la democracia sea menos sostenible. Un ejemplo de ello es el de algunos Estados africanos, donde, desde la independencia, los intentos de instaurar la democracia a menudo han fracasado debido a la falta de las condiciones institucionales necesarias para apoyarla. La inestabilidad política, los golpes militares y la corrupción se han convertido en obstáculos para la transición Democrática.

Además, es importante tener en cuenta que el desarrollo económico y la estabilidad política están estrechamente relacionados. En los países con una alta dependencia económica del crédito externo o los recursos naturales (como el petróleo), se está formando la llamada "maldición de los recursos", cuando las élites económicas usan el control de los recursos para mantener el poder, reprimiendo los procesos democráticos. La competencia política en tales países a menudo se reduce a la lucha por el control de los recursos en lugar de la

implementación de los valores democráticos, lo que contribuye a la autoritarización del régimen. En condiciones de inestabilidad económica, la práctica muestra que la población puede estar inclinada a apoyar a líderes fuertes y gobiernos autoritarios que prometen estabilidad y seguridad, incluso a expensas de las libertades democráticas.

Por lo tanto, las razones de la discrepancia en el modelo de democracia occidental para algunos países se encuentran en un complejo conjunto de factores culturales, históricos y socioeconómicos. Para que la democracia tenga éxito, es necesario tener en cuenta las particularidades de cada sociedad, su cultura política y el nivel de desarrollo de sus instituciones. Ignorar estos factores puede hacer que las reformas democráticas se perciban como la imposición de valores ajenos y no puedan afianzarse en el sistema político del país.

El modelo occidental de democracia, a menudo sinónimo de democracia liberal, está arraigado en ciertos ideales y principios que surgieron en la civilización occidental. Este

Este modelo combina la democracia representativa con una filosofía política liberal que enfatiza los derechos civiles, políticos y de propiedad. Sin embargo, la implementación de este modelo en contextos no occidentales plantea preguntas sobre su adaptabilidad y efectividad.

Aunque algunos países han tratado de adoptar el marco democrático occidental, los resultados a menudo han sido decepcionantes. Muchos países que adoptaron formalmente el modelo occidental se enfrentaron a problemas como la corrupción, el nepotismo y la exclusión de diversos sectores de la sociedad. Los factores culturales locales, como el fraccionismo, el regionalismo, el sectarismo y la pertenencia tribal, a menudo tienen una fuerte influencia en los procesos democráticos, lo que lleva a resultados que difieren de los objetivos previstos de la democracia.

A pesar de las críticas a la democracia occidental, las democracias en desarrollo están desarrollando sus propios modelos únicos de gobierno. Estas variantes a menudo incluyen elementos de sistemas occidentales y no occidentales. El proyecto de investigación Varieties of Democracy (V-Dem) ilustra cómo los diferentes tipos de democracia (liberal, igualitaria, participativa, deliberativa y selectiva) pueden coexistir y combinarse en diferentes variantes. Esta creciente interacción internacional complica la distinción entre los ideales democráticos occidentales y no occidentales.

La democracia liberal se caracteriza por elecciones libres y justas, la separación de poderes, el estado de derecho y la protección de los derechos individuales. Incluye un sistema multipartidista en el que las libertades civiles y políticas están garantizadas a todos los ciudadanos [16].

Sin embargo, los principios fundamentales que sustentan la democracia liberal no siempre coinciden con los valores o expectativas de las sociedades no occidentales. Existe un debate constante sobre cómo deben definirse e interpretarse estos valores democráticos en diferentes contextos culturales.

A medida que avanza la globalización, las fronteras entre la democracia occidental y la no occidental continúan difuminándose. Algunos críticos han argumentado que el énfasis que prevalece en Occidente en los procesos electorales ignora las necesidades sociales más amplias [11]. Por el contrario, las democracias no occidentales a menudo son cautelosas con respecto al activismo cívico, prefiriendo el cambio liderado por la élite a los movimientos de base. Este enfoque cauteloso puede obstaculizar el desarrollo de una cultura Democrática más participativa e inclusiva.

El modelo occidental de democracia, a menudo sinónimo de democracia liberal, está arraigado en ciertos ideales y principios que surgieron en la civilización occidental. Este modelo combina la democracia representativa con una filosofía política liberal que enfatiza los derechos civiles, políticos y de propiedad. Sin embargo, la implementación de este modelo en contextos no occidentales plantea preguntas sobre su adaptabilidad y efectividad.

Aunque algunos países han tratado de adoptar las bases democráticas occidentales, los resultados a menudo han sido decepcionantes. Muchos países que adoptaron formalmente el modelo occidental se enfrentaron a problemas como la corrupción, el nepotismo y la exclusión de diversos sectores de la sociedad. Los factores culturales locales, como el fraccionismo, el regionalismo, el sectarismo y la pertenencia tribal, a menudo tienen una fuerte influencia en los procesos democráticos, lo que lleva a resultados que difieren de los objetivos previstos de la democracia.

A pesar de las críticas a la democracia occidental, las democracias en desarrollo están desarrollando sus propios modelos únicos de gobierno. Estas variantes a menudo incluyen elementos de sistemas occidentales y no occidentales. El proyecto de investigación Varieties of Democracy (V-Dem) ilustra cómo los diferentes tipos de democracia (liberal, igualitaria, participativa, deliberativa y selectiva) pueden coexistir y combinarse en diferentes variantes. Esta creciente interacción internacional complica la distinción entre los ideales democráticos occidentales y no occidentales.

La democracia liberal se caracteriza por elecciones libres y justas, la separación de poderes, el estado de derecho y la protección de los derechos individuales. Incluye un sistema multipartidista en el que las libertades civiles y políticas están garantizadas a todos los ciudadanos.

Sin embargo, los principios fundamentales que sustentan la democracia liberal no siempre coinciden con los valores o expectativas en las sociedades no occidentales. Actualmente existe un debate sobre cómo deben definirse e interpretarse estos valores democráticos en diferentes contextos culturales.

A medida que avanza la globalización, las fronteras entre la democracia occidental y la no occidental continúan difuminándose. Algunos críticos han argumentado que el énfasis que prevalece en Occidente en los procesos electorales ignora las necesidades sociales más amplias. Por el contrario, las democracias no occidentales a menudo son cautelosas con respecto al activismo cívico, prefiriendo el cambio liderado por la élite a los movimientos de base. Este enfoque cauteloso puede obstaculizar el desarrollo de una cultura Democrática más participativa e inclusiva.

El panorama actual de la democracia se enfrenta a graves desafíos en todo el mundo, que se manifiestan de diversas formas, incluido el creciente descontento con las instituciones democráticas, las amenazas de los regímenes autoritarios y la lucha por la buena gobernanza.

Cabe destacar que los ciudadanos de muchos países expresan su descontento con la democracia, a menudo asociando su descontento con las condiciones económicas y las violaciones de los derechos personales. [18].

La ruptura de las normas democráticas ilustra claramente la situación reciente en Myanmar, donde un golpe militar socavó el desarrollo democrático, aunque los esfuerzos de grupos como el Gobierno de unidad nacional demuestran la determinación de crear nuevas estructuras democráticas que aborden los problemas de larga data relacionados con los derechos de las minorías y el acceso equitativo a los recursos[23].

Las sociedades civiles activas desempeñan un papel fundamental en la protección de los valores democráticos y la rendición de cuentas. En la India, por ejemplo, las organizaciones de la sociedad civil han desempeñado un papel importante en el desafío de las acciones del gobierno que amenazan las libertades religiosas. Del mismo modo, en Nepal, las movilizaciones cívicas que abogan por la igualdad de género y la buena gobernanza se han convertido en fuerzas vitales para el cambio político. Estos movimientos reflejan una tendencia más amplia en la que una ciudadanía activa e instituciones sólidas, como el poder judicial y las comisiones electorales, actúan como baluartes contra la erosión de la democracia.

En Europa, el surgimiento de regímenes híbridos representa otro desafío para la democracia. Países como Rusia, Bielorrusia y Azerbaiyán han reforzado sus prácticas autoritarias, socavando los principios democráticos y los derechos humanos. La creciente prevalencia de regímenes híbridos que combinan estructuras democráticas con prácticas no

democráticas complica el panorama político. En 2022, el número de regímenes híbridos en los países de la región de Tránsito aumentó significativamente, lo que indica una tendencia preocupante de alejarse de la democracia consolidada y avanzar hacia el autoritarismo en varios Estados.

En los regímenes parlamentarios, los cambios en la opinión pública pueden llevar a cambios significativos en la política, que algunos pueden interpretar como inestabilidad y otros como un reflejo de la capacidad de respuesta Democrática. El ejemplo del referéndum Brexit en el Reino Unido es un ejemplo de tal dinámica, ya que ha planteado preguntas críticas sobre el equilibrio entre la democracia directa y la representación parlamentaria. Las prolongadas discusiones en torno al Brexit han puesto de relieve las tensiones en el sistema constitucional británico y la necesidad de mecanismos de negociación efectivos para conciliar intereses divergentes y mantener la estabilidad política.

Estos estudios de casos resaltan las complejidades de la implementación del modelo occidental de democracia en diferentes contextos, lo que demuestra tanto el potencial de la sostenibilidad Democrática como las amenazas persistentes que deben superarse.

El modelo occidental de democracia, a pesar de sus principios universales, no siempre tiene éxito cuando se implementa en una variedad de contextos políticos, culturales y socioeconómicos. Algunos países que han intentado democratizar sobre la base de los estándares occidentales han enfrentado serios desafíos y han retrocedido hacia el autoritarismo o una profunda crisis política. Los ejemplos de Afganistán y Libia demuestran la dificultad de introducir el modelo occidental de democracia en sociedades con otras tradiciones de gobierno político y bases sociales. El análisis comparativo de estos dos casos revela las principales razones por las que el modelo occidental no se arraigó a pesar de los considerables esfuerzos externos.

Afganistán, que se convirtió en uno de los objetivos clave de la democratización después de la intervención militar de los Estados Unidos y sus aliados en 2001, es un claro ejemplo de cómo la intervención externa y los intentos de imponer un sistema democrático pueden fallar debido a las características del país. Históricamente, Afganistán nunca ha tenido instituciones democráticas estables. El país siempre se distinguió por la división étnica y tribal, lo que impidió la creación de un estado central fuerte. A pesar de los intentos de construir un sistema democrático con la asistencia de la comunidad internacional, incluida la introducción de instituciones electas y la Constitución, esas reformas no han logrado afianzarse en la sociedad afgana. Una de las razones de esto fue la debilidad de la infraestructura pública, la corrupción masiva y la incapacidad del gobierno para controlar el territorio del país.

Además, los factores culturales desempeñaron un papel importante en la resistencia a la democratización. La sociedad afgana, donde las tradiciones del Islam y la organización tribal tienen profundas raíces, ha demostrado ser poco receptiva a la cultura política occidental. Los intentos de introducir la democracia a menudo se percibían como la imposición de valores ajenos, lo que contribuyó al fortalecimiento de grupos radicales como los talibanes, que se basaron en las normas islámicas y prometieron restaurar el orden tradicional. Es significativo que después de la retirada de las tropas internacionales en 2021, el gobierno respaldado por los países occidentales perdió rápidamente el control y el país volvió a un régimen que está lejos de los estándares democráticos. Este ejemplo pone de relieve la importancia de los factores socioculturales y la necesidad de tener en cuenta las particularidades históricas en la aplicación de la democracia.

Otro ejemplo importante es Libia, que desde el derrocamiento de Muammar Gaddafi en 2011 también ha experimentado intentos de transformación Democrática. Después de un largo período de dictadura, Occidente apoyó activamente el proceso de democratización en Libia, con la esperanza de que el país pudiera pasar a un gobierno democrático a través de elecciones y la creación de nuevas instituciones. Sin embargo, como en el caso de Afganistán, Libia no estaba preparada para una rápida democratización. Después de la caída del régimen autoritario, el país comenzó un caos político, exacerbado por los conflictos entre varios grupos armados, alianzas tribales y élites regionales, cada una de las cuales buscaba el control del estado y los recursos.

La falta de una sólida tradición Democrática y de una sociedad civil se ha convertido en un obstáculo clave para una democracia sostenible en Libia. Las élites políticas locales y la población no estaban dispuestas a cooperar en el marco de los procedimientos democráticos, y la débil estructura del estado no pudo mantener el control sobre el territorio del país. Las elecciones democráticas, que debían ser la base de un nuevo orden político, llevaron a una división aún mayor, ya que las diferentes fuerzas políticas no reconocieron la legitimidad de la otra. Como resultado, Libia se hundió en un estado de guerra civil, y en lugar de democracia, el país se vio desgarrado por conflictos internos y los intentos de crear un estado democrático fracasaron.

Un análisis comparativo del Afganistán y Libia muestra que el modelo democrático occidental se enfrenta a graves problemas en países que carecen de instituciones sólidas, no tienen tradiciones de gobernanza Democrática y donde las condiciones socioculturales y económicas no son propicias para el desarrollo de la democracia. Ambos casos demuestran que la implementación de la democracia desde el exterior rara vez tiene éxito si no está respaldada

por procesos internos, como el desarrollo de la sociedad civil, la cultura política y la estabilidad institucional. Además, en sociedades con fuertes tradiciones religiosas o tribales, las instituciones democráticas pueden percibirse como una amenaza para la identidad nacional o la estructura social, lo que contribuye a su rechazo.

Estos ejemplos también subrayan la importancia de las condiciones socioeconómicas para el éxito de la democratización. En los países con un bajo nivel de desarrollo económico, una alta dependencia de los recursos externos y unas instituciones públicas débiles, la democracia es insostenible. La inestabilidad económica, la desigualdad social y la falta de consenso nacional a menudo conducen a un aumento de las tendencias autoritarias o la desestabilización, como ha ocurrido en Afganistán y Libia.

Por lo tanto, los ejemplos del Afganistán y Libia muestran que el modelo de democracia occidental no siempre se puede adaptar con éxito en países con condiciones culturales, históricas y socioeconómicas diferentes. Estos casos subrayan la necesidad de comprender mejor los procesos internos y las particularidades de cada país antes de intentar implantar instituciones democráticas.

El modelo occidental de democracia, formado sobre la base de los principios del poder popular, los derechos humanos y el estado de derecho, es una de las formas más desarrolladas y estables de organización política. Sus componentes básicos, como las instituciones democráticas, los procesos electorales y la garantía de los derechos y libertades fundamentales, han demostrado su eficacia en países con una cultura jurídica y política avanzada. Sin embargo, el éxito de este modelo requiere condiciones favorables que no siempre existen en los diferentes países.

Una de las principales razones por las que la democracia occidental no está arraigada en varios países es la disparidad de las condiciones culturales e históricas. Las tradiciones políticas, los fundamentos religiosos y las características de la estructura social arraigadas en las sociedades han demostrado ser un obstáculo significativo para la introducción de las instituciones democráticas occidentales. En las sociedades donde las normas religiosas o tribales ocupan un lugar clave, los mecanismos democráticos pueden percibirse como extraños o amenazadores, lo que provoca resistencia y rechazo a tales cambios. Esto es especialmente evidente en los Estados islámicos, donde la Sharia u otras formas de gobierno tradicional se perciben como parte integral de la identidad nacional.

Los factores socioeconómicos también desempeñan un papel importante en la determinación de la adaptabilidad de la democracia. En los países con bajos niveles de desarrollo económico, altos niveles de corrupción y una infraestructura estatal subdesarrollada,

las instituciones democráticas a menudo siguen siendo ineficaces o inestables. La desigualdad económica y la debilidad del sistema de estado conducen a la falta de las condiciones necesarias para sostener los procesos democráticos, lo que a su vez puede conducir a la inestabilidad política o al retorno al autoritarismo.

Los ejemplos de Afganistán y Libia demuestran en la práctica lo difícil que es introducir el modelo democrático occidental en sociedades que carecen de las condiciones políticas e institucionales necesarias. En ambos casos, la intervención externa y los intentos de democratización desde el exterior no han conducido al desarrollo sostenible de los procesos democráticos. En Afganistán, después de largos intentos de establecer instituciones democráticas, el país ha vuelto a estar bajo el control de los talibanes, lo que confirma la falta de preparación de la sociedad para aceptar las normas democráticas occidentales. Libia, después del derrocamiento de un régimen autoritario, también fue incapaz de estabilizar su sistema político y se hundió en una guerra civil. Estos ejemplos subrayan la importancia de tener en cuenta las particularidades culturales e históricas en los intentos de introducir la democracia occidental.

Por lo tanto, un análisis del modelo occidental de democracia y su aplicación en diferentes países muestra que su éxito depende de una serie de factores, incluidos los antecedentes históricos y culturales, así como las condiciones socioeconómicas. La introducción de la democracia requiere no sólo reformas políticas, sino también una comprensión profunda de las características de cada sociedad en particular. Hacer caso omiso de estos factores puede llevar al fracaso de las iniciativas democráticas y a la desestabilización del sistema político.

2.2. Por qué el modelo de democracia occidental no es adecuado para Irán

El modelo occidental de democracia, formado en el contexto de la cultura política europea y norteamericana, se basa en los principios del laicismo, las libertades liberales y el pluralismo político. Sin embargo, el intento de aplicar este modelo en países con tradiciones culturales, religiosas e históricas diferentes puede acarrear consecuencias negativas. En el caso de Irán, el modelo democrático occidental resultó incompatible con las normas culturales y religiosas dominantes en el país debido a una serie de factores.

Uno de los factores clave que dificultan la adaptación de la democracia occidental en Irán es la influencia del Islam en el sistema político. Tras la Revolución Islámica de 1979, Irán se convirtió oficialmente en una República Islámica en la que la religión islámica no sólo

desempeña un papel central en la vida pública, sino que también regula las principales instituciones políticas. Según la Constitución iraní, el líder supremo del país, el Líder Supremo, tiene poderes considerables, y su autoridad se basa en el principio de «velayat-e faqih» (gobierno de un jurista-teólogo), que sugiere que el Estado debe ser gobernado por eruditos islámicos cualificados (faqih). Este principio contrasta fuertemente con la idea de democracia secular, en la que los líderes políticos son elegidos según el principio de soberanía popular y la religión está separada del poder estatal.

Las normas culturales y religiosas profundamente arraigadas en la sociedad iraní también impiden la introducción del modelo occidental de democracia. En Irán, la ley islámica, la sharia, influye notablemente en la vida social y política, incluido el sistema judicial, los derechos de la mujer, el derecho de familia y las libertades de los ciudadanos. Muchos elementos de la democracia occidental, como la igualdad de género, la libertad de expresión y la libertad religiosa, entran en conflicto con las normas islámicas tradicionales, lo que provoca resistencia social. Por ejemplo, según el informe 2023 de Freedom House, el nivel de libertades políticas y civiles en Irán es significativamente limitado, ya que el país sólo obtiene una puntuación de 14 sobre 100 en el Índice de Libertad, lo que indica un alto grado de autoritarismo, así como restricciones a la libertad de expresión y reunión. Estas limitaciones no sólo se deben a la estructura política, sino también al hecho de que una gran parte de la población apoya el sistema existente, considerando los valores liberales occidentales como una amenaza para la identidad nacional y cultural.

Los intentos de imponer un modelo democrático occidental en Irán, como los realizados durante el gobierno del Primer Ministro Mohammad Mosaddiq a principios de la década de 1950, fracasaron en gran medida debido a las contradicciones con las aspiraciones tradicionales islámicas y nacionalistas de la sociedad. Tras el derrocamiento de Mosaddiq como consecuencia de la operación angloamericana Ajax, se instauró en Irán el régimen del sha, que promovió ideas de modernización y desarrollo secular basadas en modelos occidentales. Sin embargo, estas reformas, como el programa de la Revolución Blanca, tropezaron con una fuerte resistencia por parte del clero islámico y de gran parte de la población. El resultado fue un aumento del sentimiento antimonárquico y antioccidental, que acabó desembocando en la Revolución Islámica y la formación de un Estado teocrático.

Además, el modelo democrático occidental presupone una estructura económica y social diferente de la que existe en Irán y en muchos otros países con antecedentes culturales similares. La economía iraní, que depende en gran medida de los recursos petrolíferos y de las empresas estatales, no posee el nivel de economía de mercado que suele asociarse a las

democracias occidentales. La gran dependencia de los ingresos del Estado refuerza a su vez la autoridad central y dificulta y puede desestabilizar las reformas económicas encaminadas a la liberalización. Si se compara con otros países de la región, como Arabia Saudí o Irak, se observa que los intentos de introducir principios democráticos suelen tropezar con la resistencia de influyentes grupos religiosos y políticos, lo que conduce a un gobierno autoritario o a una inestabilidad a largo plazo.

Así pues, el modelo occidental de democracia basado en valores seculares y liberales no es adecuado para Irán debido a las profundas diferencias culturales, religiosas y económicas. El sistema político islámico, arraigado en las instituciones del Estado, apoyado por gran parte de la sociedad y consagrado en la Constitución, entra en conflicto directo con los principios fundamentales de la democracia occidental. Los intentos históricos de reformar Irán según los modelos occidentales no han hecho sino intensificar las contradicciones internas, lo que subraya una vez más la importancia de tener en cuenta las especificidades de cada país a la hora de intentar introducir modelos externos de estructura política.

La aplicación del modelo occidental de democracia en Irán se enfrenta a importantes dificultades debido tanto a la experiencia histórica del país como a las peculiaridades de su estructura social. Estos factores políticos y sociales crean unas condiciones en las que el sistema democrático occidental no sólo no se percibe como algo natural, sino que suscita una resistencia considerable entre diversos segmentos de la población.

La experiencia histórica de Irán desempeña un papel fundamental en la configuración de su percepción de los modelos de gobierno occidentales. Desde el siglo XIX, Irán ha sido objeto en repetidas ocasiones de intervenciones externas, principalmente por parte de potencias occidentales como Gran Bretaña y Estados Unidos. Estas intervenciones tuvieron un impacto directo en el sistema político del país, lo que provocó asociaciones negativas con la idea de democracia occidental. Uno de los ejemplos más destacados es el derrocamiento del Primer Ministro Mohammed Mosaddiq, elegido democráticamente, en 1953, como resultado de la Operación Ajax, organizada por la CIA y la agencia de inteligencia británica MI6. Mosaddiq, que pretendía la nacionalización de la industria petrolera iraní y la independencia política, fue derrocado con el apoyo de las potencias occidentales, que temían perder el control de unos recursos de importancia estratégica. Este episodio histórico reforzó en la sociedad iraní la percepción de que los Estados occidentales sólo utilizan la democracia como herramienta para conseguir sus propios intereses geopolíticos. Como consecuencia, la idea de la democracia occidental se asocia con el colonialismo y la injerencia, lo que la hace inaceptable para una gran parte de la sociedad iraní.

La estructura social de Irán también influye significativamente en las preferencias políticas de la población y en su resistencia a los modelos occidentales de democracia. La sociedad iraní es muy heterogénea e incluye diversos grupos étnicos, religiosos y sociales, cada uno con ideas diferentes sobre el sistema político. Una de las características clave de la estructura social iraní es el fuerte papel de las jerarquías religiosas y las instituciones comunales tradicionales. El clero islámico (ulema), que ejerce una influencia considerable sobre la población, especialmente en las zonas rurales y las ciudades pequeñas, ocupa una posición de oposición a los modelos democráticos laicos promovidos por Occidente. La aceptación de la democracia occidental en una sociedad así se percibe como una amenaza para los valores islámicos tradicionales y la influencia de los líderes religiosos.

Las preferencias políticas de la población también se ven influidas por la estratificación social. La desigualdad económica que ha caracterizado históricamente a Irán hace que las distintas clases sociales perciban de manera diferente los modelos políticos occidentales. La élite económica, que se beneficia de la industria petrolera y está próxima a la élite gobernante, tiene menos interés en las reformas democráticas, ya que pueden socavar su posición privilegiada. Al mismo tiempo, una gran parte de la población pobre iraní, especialmente en las zonas rurales, apoya el sistema republicano islámico porque proporciona protección social y tiene en cuenta sus preferencias religiosas. En este contexto, los intentos de introducir las instituciones democráticas occidentales se topan con la resistencia no sólo de la élite gobernante, sino también de una parte significativa de la población, que percibe la democracia occidental como un sistema orientado a los intereses de los habitantes urbanos ricos y seculares.

Un ejemplo del importante desfase entre la democracia occidental y las necesidades reales de la sociedad iraní es el fracaso de los programas de modernización que intentaban introducir elementos de la cultura política occidental. Durante el gobierno del sha Mohammad Reza Pahlavi (1941-1979), respaldado por Occidente, se inició un programa de modernización e industrialización del país conocido como la Revolución Blanca. Estas reformas incluían la liberalización económica, el desarrollo de infraestructuras y reformas agrarias. Sin embargo, a pesar de sus objetivos aparentemente progresistas, las reformas no consiguieron atajar la creciente desigualdad social y el deterioro de la situación del campesinado. En lugar de recibir el apoyo de la población en general, el régimen del sha se enfrentó a protestas masivas que acabaron provocando su derrocamiento. Esta experiencia histórica confirma que, sin tener en cuenta la estructura social de la sociedad iraní y sus características culturales, la introducción de modelos políticos occidentales conduce a la inestabilidad política y a la agitación social.

Así pues, factores políticos y sociales como la percepción histórica de las intervenciones occidentales y la peculiar estructura social de Irán hacen que el modelo occidental de democracia sea inadaptable en el contexto iraní. El ejemplo de Irán demuestra que la democracia no puede ser un modelo universal y debe tener en cuenta las características políticas y sociales específicas de cada país.

El modelo occidental de democracia, basado en los principios de gobierno laico, pluralismo político y derechos y libertades individuales, es un sistema complejo que surgió en el contexto histórico específico de Europa y Norteamérica. Cuando se intenta implantar este modelo en países con una tradición cultural y religiosa diferente, como Irán, surgen serias dificultades. Sin embargo, esto no significa que los principios democráticos no puedan adaptarse a las condiciones locales. La experiencia histórica demuestra que existen modelos alternativos de democracia que tienen en cuenta las especificidades culturales y religiosas de determinadas sociedades, incluidos los países islámicos. En este contexto, es importante considerar las posibles formas de adaptar los principios democráticos en Irán y los ejemplos de sistemas democráticos que han tenido éxito en otros países islámicos.

Una posible forma de adaptar los principios democráticos a las condiciones locales es crear un sistema político que combine elementos de democracia con tradiciones culturales y religiosas. En el contexto iraní, esto podría significar crear un sistema político híbrido que tenga en cuenta la fuerte influencia del Islam en la sociedad y mantenga la centralidad de las instituciones religiosas. Este planteamiento sugiere que la democracia no tiene por qué ser laica, como es característico de los países occidentales, sino que puede integrar las normas religiosas en la gobernanza política. Un ejemplo de esta adaptación es el sistema político iraní tras la Revolución Islámica de 1979, donde la teocracia se combina con algunos elementos de electoralismo. A pesar del fuerte papel del Líder Supremo, el presidente y el parlamento de Irán son elegidos por el pueblo, lo que demuestra la existencia de elementos de un sistema democrático. Sin embargo, se trata de un modelo específico sujeto al principio de «velayat-e faqih», en el que la autoridad suprema recae en los teólogos islámicos. Este sistema demuestra que los elementos democráticos pueden coexistir con las estructuras teocráticas, aunque su interacción sigue siendo muy limitada y a menudo contradictoria.

Otra forma de adaptar los principios democráticos a las condiciones locales es el desarrollo de formas «comunitarias» de democracia que hacen mucho hincapié en los derechos y valores colectivos en lugar de únicamente en las libertades individuales. En los países islámicos, a menudo se hace hincapié en los intereses colectivos de las comunidades y los grupos religiosos, lo que contrasta con el concepto liberal occidental que hace hincapié en el

individualismo. En este contexto, se pueden considerar modelos de organización democrática que se construyen sobre la base del consenso entre diferentes grupos sociales y religiosos. Un enfoque de este tipo puede incluir un sistema de cuotas de escaños en el parlamento o el gobierno para los miembros de las diferentes minorías étnicas y religiosas, como ocurre en Líbano o Irak. Aunque estos países se enfrentan a numerosos retos políticos, su experiencia demuestra que es posible adaptar las instituciones democráticas a contextos religiosos y culturales específicos, creando así sistemas políticos más integradores.

Los ejemplos de sistemas democráticos de éxito en países islámicos también demuestran que la democracia puede ser eficaz en el mundo islámico si se adaptan sus principios. Uno de estos ejemplos es Indonesia, el mayor país musulmán del mundo, que ha sido capaz de construir un sistema democrático estable. Desde el derrocamiento del régimen autoritario de Suharto en 1998, Indonesia ha realizado una transición gradual hacia un régimen democrático, que combina elementos de la cultura islámica e instituciones democráticas. Indonesia respeta principios democráticos básicos como la libertad de elecciones, el pluralismo político y la protección de los derechos civiles, a pesar de la fuerte influencia del Islam en la sociedad. El éxito de Indonesia demuestra que el Islam y la democracia pueden coexistir si se crean las condiciones para su adaptación mutua.

Otro ejemplo significativo es Turquía, que, a pesar de los últimos años de turbulencias políticas, se considera desde hace tiempo un modelo de democracia de éxito en el mundo musulmán. El sistema político turco, basado en el legado laico de Atatürk, combina el régimen democrático con elementos de la tradición islámica. Durante muchas décadas, Turquía ha constituido un ejemplo de democracia de éxito en la que la población islámica podía participar en el proceso político, manteniendo al mismo tiempo los principios laicos de gobierno. Aunque Turquía ha virado hacia el autoritarismo en los últimos años, su experiencia a lo largo de la segunda mitad del siglo XX ha demostrado que es posible establecer un sistema democrático estable en un país musulmán.

También pueden verse ejemplos exitosos de adaptación de los principios democráticos en Túnez, donde se estableció un sistema democrático de gobierno tras la Primavera Árabe de 2011. Túnez fue capaz de evitar repetir el escenario de guerras civiles y golpes autoritarios que se produjo en otros países de la región y de establecer instituciones democráticas. Un factor importante del éxito de Túnez fue su capacidad para adaptar los procedimientos democráticos a las tradiciones islámicas, lo que le permitió crear un sistema político sostenible.

Así pues, el ejemplo de Irán demuestra que el modelo occidental de democracia, basado en valores liberales y un gobierno laico, no siempre es adecuado para países con fuertes

influencias religiosas y culturales. Sin embargo, esto no significa que los principios democráticos no puedan aplicarse en estos países. La experiencia de otros países islámicos demuestra que son posibles modelos exitosos de gobierno democrático si las instituciones democráticas se adaptan a las condiciones locales, teniendo en cuenta las especificidades religiosas y culturales. Irán, con su rico patrimonio cultural y sus fuertes tradiciones religiosas, también puede desarrollar su propia forma de democracia si se tienen en cuenta sus especificidades históricas, sociales y políticas.

El debate en torno a la idoneidad del modelo occidental de democracia para Irán se caracteriza por complejidades históricas, culturales y políticas que revelan profundas divergencias con las normas occidentales.

Mientras que el modelo occidental tiende a hacer hincapié en el gobierno laico, las libertades individuales y el pluralismo político, Irán está dominado por un sistema teocrático, establecido tras la Revolución Islámica de 1979, que combina el gobierno con una interpretación estricta de los principios islámicos bajo la autoridad de un Líder Supremo. Este sistema, caracterizado por un importante control estatal y una participación política limitada, refleja una desviación fundamental del marco democrático predominante en las sociedades occidentales.

Históricamente, la búsqueda de la democracia en Irán se ha enfrentado a numerosos contratiempos, entre los que destacan las secuelas del golpe de Estado de 1953 organizado por las potencias occidentales, que fomentó el sentimiento antioccidental y condujo finalmente al establecimiento de la República Islámica.

El sistema de gobierno del país, aunque tiene elementos de elecciones democráticas, limita de hecho la auténtica competencia política mediante la supervisión de instituciones como el Consejo de Guardianes, que restringe las candidaturas y las propuestas legislativas que no se ajustan a la ley islámica. Como resultado, muchos observadores sostienen que el modelo de gobierno iraní se describe más adecuadamente como autoritario, con elecciones que sirven principalmente para legitimar el régimen en lugar de representar verdaderamente los intereses de la población.

Los factores culturales también desempeñan un papel importante en la conformación de la identidad política iraní. La herencia persa distintiva de la nación fomenta un sentimiento de exclusividad y orgullo que puede entrar en conflicto con ideales democráticos externos que no se corresponden con las realidades históricas y sociales del país. Además, la interacción entre religión y política complica la adopción de los principios democráticos occidentales, ya que las autoridades religiosas suelen dar prioridad a la conformidad doctrinal sobre el diálogo

pluralista, limitando las oportunidades de debate público y disensión. Así pues, el reto de conciliar el singular contexto cultural e histórico de Irán con los principios democráticos occidentales es cada vez más urgente.

En este sentido, el problema de reconciliar el contexto cultural-histórico único de Irán con los modelos democráticos occidentales plantea cuestiones fundamentales sobre la posibilidad y la conveniencia de dicha transformación.

El debate sobre las posibles vías hacia la democracia en Irán continúa, y los partidarios de la reforma abogan por el compromiso de las bases y la capacitación política, mientras que los críticos hacen hincapié en las arraigadas estructuras de poder que se resisten al cambio. Mientras la sociedad iraní lidia con estas complejas dinámicas, la cuestión sigue siendo si puede surgir un modelo de gobierno que refleje auténticamente las aspiraciones del pueblo iraní, respetando al mismo tiempo su identidad cultural y religiosa [13].

El panorama político de Irán ha experimentado cambios significativos a lo largo de su historia, especialmente en el siglo XX. La Revolución Constitucional de 1905 supuso un punto de inflexión, al establecer una monarquía constitucional que influyó en el gobierno de Irán hasta la Revolución Iraní de 1979. Esta revolución condujo al establecimiento de una república islámica bajo el liderazgo del ayatolá Ruhollah Jomeini, cambiando fundamentalmente la identidad política y religiosa del país. La nueva constitución aprobada en diciembre de 1979 aseguró la posición de Jomeini como Líder Supremo, consolidando así el poder dentro de un marco teocrático.

En el contexto de la geopolítica mundial, la Revolución iraní fue una respuesta a décadas de injerencia e influencia occidentales, especialmente tras el golpe de Estado de 1953 apoyado por Estados Unidos que derrocó al Primer Ministro Mohammad Mossadegh. Este golpe tenía como objetivo asegurar los intereses estadounidenses y contener el comunismo durante la Guerra Fría, pero provocó una «reacción violenta» a largo plazo, alimentando el sentimiento antioccidental en Irán y preparando el terreno para la revolución. El régimen del sha, caracterizado por el autoritarismo y la occidentalización, se enfrentó a un descontento generalizado que culminó en protestas masivas y en la instauración de un gobierno que combinaba los principios islámicos con el poder estatal.

El sistema de gobierno de la República Islámica combina elementos de totalitarismo y autoritarismo mediante elecciones periódicas y un pluralismo político limitado. El Líder Supremo, actualmente Alí Jamenei, ejerce un control significativo sobre todos los poderes del Estado, incluidas las fuerzas armadas y el poder judicial, lo que limita el establecimiento de un sistema plenamente democrático. Este modelo de gobierno, construido en el contexto de los

principios islámicos, desafía al modelo occidental de democracia, que hace hincapié en el laicismo y las libertades individuales, reflejando así una trayectoria histórica contraria a las normas occidentales.

La relación entre la antigua identidad cultural de Irán y la evolución política contemporánea sigue influyendo en su gobernanza. Desde la época aqueménida hasta nuestros días, la estructura social de Irán se ha mantenido resistente a pesar de las presiones externas, afirmando su diferencia con los modelos occidentales de democracia que pueden no ajustarse a las realidades históricas y culturales del país [19].

La cultura iraní está profundamente arraigada en un complejo legado histórico que influye notablemente en sus estructuras sociales, políticas y religiosas. Una marcada identidad persa fomenta un fuerte sentimiento de orgullo y pertenencia entre los iraníes, que a menudo se refieren a sí mismos como «persas», reflejo del prestigio de su imperio histórico [6]. Esta identidad cultural contrasta con la de los países árabes vecinos y Asia Central, lo que refuerza aún más la posición única de Irán en la región.

La sociedad iraní sigue caracterizándose por la conciencia de clase y una importante estratificación social, que se ha visto exacerbada por las recientes dificultades económicas. Mientras que algunas familias son privilegiadas debido a sus conexiones políticas, otras luchan por cubrir sus necesidades básicas. La clase media está muy extendida, pero la movilidad social puede resultar difícil debido al impacto de la reputación familiar y las expectativas que la acompañan. La educación, la riqueza y los lazos tribales influyen mucho en la posición social, y la afiliación religiosa suele otorgar a las personas respeto y autoridad adicionales en la toma de decisiones.

En cuanto a los valores y creencias fundamentales, la cultura persa hace hincapié en varios conceptos clave, como la inteligencia, los logros, el respeto y la dignidad. Estos valores conforman las interacciones sociales y las expectativas de comportamiento de la sociedad. El código del honor y la vergüenza, aunque tradicionalmente estricto, es aplicado de forma selectiva por las generaciones más jóvenes, que pueden considerar aceptables ciertos comportamientos pero ocultárselos a los miembros mayores de la familia. Esta brecha generacional pone de relieve la naturaleza dinámica de las normas culturales en la sociedad iraní.

La religión desempeña un papel fundamental en la vida cultural iraní, especialmente tras la Revolución Islámica de 1979, que estableció un sistema de gobierno teocrático que influye en casi todos los aspectos de la vida social. La élite islámica gobernante se centra en mantener las interpretaciones conservadoras del Islam que regulan el comportamiento en la

sociedad. Aunque muchos iraníes violan a menudo estas leyes, hacerlo conlleva el riesgo de repercusiones legales. El entrelazamiento de la identidad religiosa y cultural es crucial, ya que el régimen ha utilizado la fe chií para reforzar una identidad nacional unificada entre una población diversa. Esto ha creado una visión del mundo que percibe a los iraníes como los verdaderos custodios del chiísmo, reforzando así su sentimiento de exclusividad dentro de la comunidad islámica más amplia.

Como resultado de este análisis, es evidente que el modelo occidental de democracia, basado en los principios del gobierno laico, las libertades liberales y los derechos individuales, en su forma tradicional no puede aplicarse con éxito en Irán. Esto se debe a una serie de factores culturales, religiosos, políticos y sociales que determinan la especificidad única de la sociedad y el Estado iraníes.

En primer lugar, los factores culturales y religiosos desempeñan un papel clave en la configuración del sistema político iraní. El Islam no sólo está profundamente arraigado en la vida social, sino que también constituye la base de la estructura política del país. El principio de “velayat-e-faqih”, que consagra el gobierno de los eruditos islámicos, y la importante influencia del clero en el poder crean estructuras políticas que se oponen fundamentalmente al modelo occidental de democracia, en el que la religión está separada del Estado. Además, las normas tradicionales y religiosas de la sociedad iraní entran en conflicto con valores democráticos liberales como la igualdad de género, la libertad de expresión y la libertad religiosa. Estos elementos de la democracia occidental provocan resistencia social porque se perciben como una amenaza a la identidad religiosa y cultural de los iraníes.

La experiencia histórica de Irán también determina las actitudes negativas hacia el modelo occidental de democracia. Las intervenciones de las potencias occidentales, especialmente el derrocamiento de Mohammad Mosaddiq en 1953, reforzaron la percepción de la democracia occidental como un instrumento de manipulación y control externos. Esto creó desconfianza hacia cualquier intento de introducir sistemas políticos occidentales y reforzó la posición del sentimiento antioccidental entre la población. La estructura social de Irán, caracterizada por importantes diferencias económicas y culturales, también desempeña un papel importante. Las élites y los grupos religiosos, que tradicionalmente ejercen influencia política, se resisten a cualquier reforma encaminada a introducir principios democráticos occidentales que puedan amenazar sus privilegios y pautas tradicionales.

Sin embargo, esto no significa que los principios democráticos no puedan hacerse realidad en Irán. La investigación realizada demuestra que es posible crear modelos adaptados de democracia que tengan en cuenta las condiciones culturales y religiosas locales. Los

ejemplos de otros países islámicos como Indonesia, Túnez y Turquía (en su primer periodo de democratización) demuestran que la democracia y el Islam pueden coexistir si se tienen en cuenta las especificidades institucionales y culturales en el proceso de creación de un sistema político. Estos países han sabido adaptar los mecanismos democráticos a un entorno en el que la cultura y la religión islámicas desempeñan un papel importante, demostrando que es posible aplicar los principios democráticos sin violar los valores tradicionales.

Así pues, Irán puede desarrollar su propia forma de democracia, pero debe basarse en tener en cuenta los factores específicos de la sociedad iraní. Un sistema político que tenga en cuenta el papel del Islam y de las instituciones religiosas, además de prestar atención a las desigualdades sociales y a las especificidades culturales, puede crear las condiciones para un gobierno democrático que sea estable y sostenible. El modelo occidental de democracia en su forma clásica no es universal y debe adaptarse para aplicarse con éxito en países con otras tradiciones culturales y religiosas.

CONCLUSIONES

La investigación realizada sobre las causas de la Revolución iraní de 1979 y la aplicabilidad del modelo occidental de democracia en países con contextos culturales e históricos diferentes ha revelado una serie de factores significativos que contribuyen a comprender la dinámica del cambio social y político en países como Irán.

La revolución iraní no sólo se debió a problemas socioeconómicos internos, sino también a procesos históricos y culturales más profundos que no pueden ignorarse al analizar las causas de los sentimientos revolucionarios. Los factores más importantes que condujeron a la revolución fueron el profundo descontento de la población general con el gobierno autocrático del Sha, la creciente desigualdad social y económica y la percepción de la influencia occidental generalizada, especialmente de Estados Unidos, como una amenaza para la independencia nacional y la identidad religiosa. Estas circunstancias exacerbaban las divisiones sociales y el antagonismo entre los distintos grupos sociales, especialmente entre la élite que apoyaba al Sha y la población en general, que se sentía excluida tanto política como económicamente. La creciente tensión en la sociedad, provocada no sólo por la política interna del Sha sino también por sus estrechos vínculos con las potencias occidentales, se convirtió en un catalizador de las protestas que finalmente desembocaron en la revolución y el derrocamiento de la monarquía.

El estudio demuestra que al analizar la revolución debe prestarse especial atención a la percepción que la sociedad iraní tenía del modelo occidental de modernización y democracia. La política del sha de occidentalizar y secularizar el país provocó una seria resistencia por parte de quienes percibían estos cambios como un ataque a los valores tradicionales y a la identidad islámica.

La introducción de normas políticas y culturales occidentales se percibió como un intento de imponer un sistema de valores ajeno a Irán, lo que intensificó la resistencia y provocó la unión de diversos grupos en defensa de su identidad cultural y religiosa. Esto pone de manifiesto que las ideas occidentales de democracia y modernización basadas en principios laicos y liberales no siempre pueden aplicarse con éxito en países con profundas tradiciones religiosas, como Irán.

En el contexto iraní, el Islam desempeña un papel clave no sólo en la vida personal y pública, sino también en la esfera política, y cualquier intento de cambiar este sistema provoca una reacción natural de rechazo.

Uno de los principales problemas detectados en el transcurso del estudio es que el modelo occidental de democracia no tiene en cuenta las especificidades de la estructura política, cultural y religiosa de los países con una fuerte identidad islámica. La República Islámica de Irán, surgida tras la revolución, es un ejemplo de sistema político fundamentalmente distinto de los modelos democráticos occidentales. El sistema político iraní se basa en los principios de la sharia y la supremacía de un líder espiritual, lo que contradice los fundamentos liberales y seculares de la democracia occidental. Este ejemplo demuestra que la introducción de normas políticas occidentales sin tener en cuenta las especificidades culturales y religiosas puede conducir no sólo a su rechazo por parte de la sociedad, sino también a un aumento de la resistencia y el conflicto. La revolución iraní fue una vívida confirmación de que la transformación democrática basada en un escenario único puede no sólo no producir los resultados esperados, sino también exacerbar las contradicciones internas y conducir al establecimiento de regímenes políticos que contradicen las nociones occidentales de democracia.

Sin embargo, es importante señalar que la experiencia de Irán no es única. Los ejemplos de otros países, como Indonesia y Túnez, demuestran que las transiciones democráticas pueden tener éxito si se adaptan a las condiciones locales. Indonesia, el mayor país musulmán, ha demostrado que el Islam y la democracia pueden coexistir si el sistema político tiene en cuenta los aspectos culturales y religiosos. Túnez también ha demostrado el éxito de la implantación de instituciones democráticas en una sociedad islámica posrevolucionaria. Estos ejemplos confirman que la transformación democrática es posible incluso en países con fuertes tradiciones religiosas, pero para su aplicación con éxito es necesario tener en cuenta las especificidades culturales, sociales e históricas de cada país.

Así, el estudio no sólo ha puesto de relieve las causas y consecuencias de la Revolución iraní, sino que también ha subrayado la importancia de considerar los factores culturales y religiosos a la hora de implantar instituciones democráticas en otros países. Un modelo universal de democracia basado en los valores liberales occidentales no puede aplicarse automáticamente en todos los países del mundo. El éxito de la democratización requiere flexibilidad y adaptación para acomodar las características únicas de cada país. De lo contrario, la imposición de normas occidentales puede conducir a la inestabilidad política y al conflicto, como ocurrió en Irán.

Además, el estudio ha puesto de manifiesto la importancia de revisar las políticas internacionales de democratización y promoción de los derechos humanos. Los países occidentales deberían tener en cuenta las especificidades culturales e históricas de los Estados

con los que interactúan, especialmente a la hora de desarrollar estrategias para promover los principios democráticos. La imposición directa de normas occidentales puede provocar resistencia y resultar contraproducente, como ocurrió con Irán. Es necesario desarrollar enfoques más flexibles y adaptables que respeten la soberanía y las especificidades culturales y religiosas de cada sociedad. En este contexto, las potencias occidentales deberían estar más atentas a las realidades locales y tratar de colaborar con los líderes políticos y religiosos locales para garantizar que las transiciones democráticas se produzcan en diálogo y armonía, en lugar de ser impuestas desde el exterior.

En última instancia, el estudio subraya que el éxito de las reformas democráticas no sólo debe ser político y económico, sino también culturalmente adaptado. Los casos de Irán, Indonesia y Túnez demuestran que los modelos universales de democracia no siempre funcionan en contextos culturales complejos, y que el éxito de las reformas requiere un profundo conocimiento y respeto de las tradiciones locales. Sólo un enfoque de este tipo puede contribuir al desarrollo sostenible de las instituciones democráticas y a la prevención de conflictos basados en diferencias culturales y religiosas.

BIBLIOGRAFÍA

1. Achen, Christopher H. and Larry M. Bartels, 2016, *Democracy for Realists: Why Elections Do Not Produce Responsive Government* (Princeton Studies in Political Behavior), Princeton: Princeton University Press.
2. Amuzgar, Jahangir (1991). *The Dynamics of the Iranian Revolution: The Pahlavis' Triumph and Tragedy: 31*. SUNY Press.
3. Aristotle, *Politics: Writings from the Complete Works*, Jonathan Barnes (ed.), Princeton: Princeton University Press, 2016.
4. Arjomand, Said Amir (1988). *Turban for the Crown: The Islamic Revolution in Iran*. Oxford University Press.
5. Bijan Khajepour. "Iran's economy after the Islamic Revolution". En: Esposito, John L y Ramazani, Rouholla K. *Iran at the Crossroads*. New York, Palgrave, 2001. 90-97.
6. Britannica, T. Editors of Encyclopaedia (2024, Agosto 11). *Ruhollah Khomeini*. *Encyclopedia Britannica*. <https://www.britannica.com/biography/Ruhollah-Khomeini>
7. Burgat, F. (2006). *El islamismo en tiempos de Al-Qaida*. Bellaterra. p. 14.
8. Doroshenko, E. A. (1998). *El clero chií en dos revoluciones: 1905-1911 y 1978-1979*. Instituto de Estudios Orientales de la Academia de Ciencias de Rusia.
9. Edward W. Said. *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 2004.
10. Fariba Adelkhar *La Revolución bajo el velo. Mujer Iraní y régimen islamista*. Barcelona, bellaterra, 1996.
11. Foucault, M. (s.f.). Iran: The spirit of a world without spirit. *Ibid*, 259.
12. Foucault, M. (s.f.). "What Are The Iranians Dreaming About?". *Ibid*. p.207
13. Gilles Kepel *La Yihad*, Barcelona, Península, 2001.
14. Janet Afary, Kevin B. Anderson. *Foucault and the Iranian Revolution: Gender and the Seductions of Islamism*. University of Chicago Press, 2005. Pp. 69-85.
15. Karsh, Effraim *Islamic Imperialism A History*, New Haven: Yale University Press, 2006, p. 200.
16. Krysta Wise, "Islamic Revolution 1979: The downfall of American Iranian relations". *Legacy: Vol. 11: Iss. 1, Article 2*. (2011). Consulta realizada en septiembre de 2024. Disponible en la página web: <http://opensiuc.lib.siu.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1008&context=legacy>

17. Kuznetsov, E. (2021). *The causes and premises of the Islamic revolution in Iran and their international aspect*. *International Aspect*, 2(2), 4-11. (En ruso).
18. Milani, A. (2007, 30 de mayo). *Prospects for democracy in Iran*. <https://www.hoover.org/research/prospects-democracy-iran>
19. Mostofi, K. , Afary, . Janet and Avery, . Peter William (2024, September 17). *Iran*. *Encyclopedia Britannica*. <https://www.britannica.com/place/Iran>
20. Naúka, Editorial principal de literatura oriental. (1989). *Revolución iraní de 1978-1979: Causas y lecciones*. Naúka. (En ruso)
21. Parkinson, John and Jane Mansbridge (eds.), 2012, *Deliberative Systems: Deliberative Democracy at the Large Scale*, Cambridge: Cambridge University Press. doi:10.1017/CBO9781139178914
22. "Revolution: Islamic Revolution in Iran ." Encyclopedia of Islam and the Muslim World. . Retrieved September 11, 2024 from Encyclopedia.com: <https://www.encyclopedia.com/religion/encyclopedias-almanacs-transcripts-and-maps/revolution-islamic-revolution-iran>
23. Shapiro, I. and Froomkin, . David (2023, July 12). *challenges to democracy*. *Encyclopedia Britannica*. <https://www.britannica.com/topic/challenges-to-democracy>
24. Taylor, M. (2022). Parliamentary Representation in Modern Britain: Past, Present, and Future. *The Historical Journal*, 65(4), 1145–1173. doi:10.1017/S0018246X2100073X
25. "Tobacco Protest, Iran ." Encyclopedia of Western Colonialism since 1450. . Retrieved August 22, 2024 from Encyclopedia.com: <https://www.encyclopedia.com/history/encyclopedias-almanacs-transcripts-and-maps/tobacco-protest-iran>
26. Youngs, R. (2015). Exploring “Non-Western Democracy”. *Journal of Democracy*, 26(4), 140-154.

ANEXO

Cuadro 1

Población ocupada de Irán en 1966/67 y 1976/77.

Año	Todos ocupados	Empleadores	Trabajadores del sector privado	Trabajadores del sector público	Trabajadores familiares	Trabajadores autónomos	Estado desconocido
Composición social, miles de personas							
País							
1966/67	6857	153	2636	662	677	2659	-5,5
1976/77	8799	182	3072	1673	1021	2810	
Tasa media de crecimiento anual, %	2,5	1,8	1,6	9,7	4,2	0,6	
Ciudad							
1966/67	2610	97	1236	573	49	624	31
1976/77	4113	142	1545	1405	86	915	20
Tasa media de crecimiento anual, %	4,6	3,9	2,3	9,4	5,8	3,9	-4,5
Pueblo							
1966/67	4248	55	1400	89	628	2035	41
1976/77	4687	40	1527	268	936	1893	21
Tasa media de crecimiento anual, %	1,0	-3,2	0,9	11,7	4	-0,7	-6,5
Estructura social, %							
País							
1966/67	100,0	2,2	38,4	9,7	9,9	38,8	1,0
1976/77	100,0	2,1	34,9	19,0	11,6	31,9	0,5
Ciudad							
1966/67	100,0	3,7	47,3	22,0	1,9	23,9	1,2
1976/77	100,0	3,5	37,6	34,2	2,0	22,2	0,5
Pueblo							
1966/67	100,0	1,3	33,0	2,0	14,7	48,0	1,0
1976/77	100,0	0,9	32,6	5,7	20,0	40,4	0,4

Estructura de la población económicamente activa de algunos países de mundo, %

País	Año	Total	Empleadores, trabajadores independientes	Empleados	Trabajadores familiares	Estado desconocido
Indonesia	1978	100,0	39,4	37,3	20,8	2,5
Irán	1976	100,0	30,5	48,5	10,4	10,6
Pakistán	1976	100,0	48,9	22,1	27,3	1,7
Filipinas	1976	100,0	33,9	39,5	21,5	5,1
Tailandia	1976	100,0	45,2	24,3	29,6	0,9
Grecia	1971	100,0	38,6	42,3	18,3	0,8
España	1978	100,0	19,2	64,7	7,6	8,5
Portugal	1981	100,0	15,8	66,8	12,9	4,5
EE.UU.	1976	100,0	7,3	81,6	0,8	10,3
Finlandia	1976	100,0	11,8	81,4	5,5	1,3
Alemania	1982	100,0	8,2	83,4	2,9	5,5